

ENTRE LLAMAS
TE VOLVÍ A
ENCONTRAR



ALEXA BLANCO

Entre llamas te volví a encontrar

Título: Entre llamas te volví a encontrar

© 2018 Alexa Blanco

Todos los derechos reservados

1ª Edición: 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

PROLOGO

¡Hola! Me llamo Margarita. ¿Bonito nombre verdad? Pues a mí no me gusta nada. Ojo, con todos mis respetos a quien lleve ese nombre, que bastante tienen ya... Pero qué le voy a hacer, es el que me tocó. Yo creo que mi padre de tanto oler las plantas de mi madre estaría un poco colocado el día que yo nací y por eso me puso ese nombre. Yo puestos se podría haber colocado del todo y haberme llamado María. Siempre ha dicho que fue por su abuela materna, pero yo nunca me lo he llegado a creer. Como tampoco llegué a conocer a mi bisabuela Marga... Pero a pesar de la putada del nombre no le guardo mucho rencor. Mi padre siempre ha sido un héroe para mí. Desde muy joven ha sido un apasionado de la medicina, y actualmente es jefe de neurocirugía en uno de los mejores hospitales de Málaga. ¿Hay algo más heroico que salvar vidas? Además de haber creado una fundación para mujeres maltratadas, a la cual dedica mucho tiempo. Es un cruce entre Iron Man y Amélie, una mente brillante y un gran corazón. Es un gran hombre, por eso digo que al elegir mi nombre el pobrecito se lució. Podría haber elegido un nombre más original, como el de mis hermanos. Por ejemplo, David, que es un año más pequeño que yo. O el de mi hermana Leire que tiene seis años menos. Y no digamos el del pequeño de la casa, que se llama Nil. Nil es mi debilidad, porque aunque crezca siempre será mi niño, ya que es diez años más pequeño que yo. Tal vez os preguntaréis por ese nombre, no suele ser muy común, nosotros vivimos y nacimos en Málaga y mi padre es malagueño de pura cepa. Sin embargo mi madre es catalana. Un verano vino aquí de vacaciones con unas amigas y ¡patapum! conoció a mi padre y ya no se fue. Allí en Cataluña se suele escuchar más ese nombre y a mi madre le encanta, por eso no tuvo dudas en que si era niño se llamaría Nil. Cuando lo presentó en el hospital sus amigos le dijeron “¿qué cómo has dicho que se llama la criatura?”.

Como he dicho antes, siempre hemos vivido muy cómodamente en Málaga. No solo mi padre es un gran médico de renombre, sino que mi madre es una gran diseñadora de interiores, con su propia empresa, y una súper mamá. Aun teniendo servicio y a nuestra Nana, ella siempre se ha ocupado de todos nosotros. Bueno, voy a dejarme de rollos un ratito, que hablo y hablo y no hay quien me detenga, y voy a comenzar a explicar mi historia.

1

MALAGA, 1994

—¡Margarita, Margarita baja ya!

—Voy mamá.

—Hace más de media hora que te estoy llamando, y tu hermano ya está listo.

Ufffff cómo no, él siempre por quedar bien, Don Perfecto.

—Que sí mami, que ya bajo.

—¡Ni mami ni leches, te quiero aquí abajo ya!

Salí corriendo de mi habitación y me dirigí directa a la cocina, donde estaba mi madre con mis hermanos.

—Ya estoy aquí mamá.

—Ya era hora —me soltó mi hermano.

—Tú cállate zanahoria pelota.

Le llamaba zanahoria porque era totalmente opuesto a mí físicamente. Yo tenía el pelo rizado y los ojos verdes, y mi hermana aunque solo tenía un par de meses se parecía mucho a mí. Pero David era muy diferente, tenía los ojos marrones y era pelirrojo, cosa que no entendía, porque en la familia no había conocido a nadie pelirrojo. Yo siempre por chincharlo le decía que nos lo encontramos en la calle y lo recogimos porque pensábamos que era un tomate maduro.

—Yo no soy ningún pelota, ¿a que no, mami? —dirigiéndole una de esas miraditas de cordero degollado.

—A que no mami, a que no mami... —me burlé girando la cabeza y haciendo muecas con la boca —Siempre estás igual. Además te pasas todo el día encerrado matando marcianitos.

—¿Y qué? Y tú te pasas todos los días haciendo el tonto con tus amiguitas.

—No te metas con mis amigos.

—Ya está bien niños, ¿es que no podemos tener un solo día de tranquilidad?

—Lo siento mama —dijimos los dos al unisonó.

—Margarita, ¿lo llevas todo?

—Sí mamá.

—Pues venga vamos, que no quiero que llegemos tarde el primer día de clase.

Nos subimos en el nuevo coche de mamá. Se trataba de un *monovolumen* familiar que le había regalado papá este verano, ya que con tanto niño su antiguo coche ya se había quedado pequeño.

—Margarita, pórtate bien, no quiero que ya el primer día me llamen diciéndome que has hecho una de las tuyas.

—No mamá, me voy a portar muy muy bien. Además, estoy deseando ver a Manu y Andrea.

—Entonces seguro que te llamarán mamá, si se junta con esos dos gamberros —como siempre mi querido hermanito pinchando.

—¡Oye zanahoria, gamberra tu prima!

—Y la tuya, que tenemos la misma —vi que comenzó a reírse el muy tonto.

—Niños he dicho que vale ya por hoy, me tenéis muy hartita ya.

—Perdona mamá pero es que David se mete con mis amigos, claro como él no tiene —y le saqué la lengua.

—David hijo, te he dicho miles de veces que no te metas ni con Manu ni con Andrea, son los mejores amigos de tu hermana.

—Vaaale mamá.

—Y tú Margarita no te metas más con tu hermano, ¿entendido?

—Sí mamá, entendido.

En ese momento llegamos a la puerta del colegio y nada más llegar me despedí de mi madre y salí corriendo del coche hacia el interior del colegio. Una vez en el aula me quedé de pie, esperando impaciente para ver entrar a mis compañeros. En cuanto vi aparecer la coleta rubia de Andrea me tiré

encima de ella y las dos caímos de culo riéndonos.

—¿Pero qué haces loca?

—Es que te echaba tanto de menos...

—Y yo a ti, pero me he hecho daño en el culo.

—Lo siento. ¿Has visto a Manu? —pregunté alargando el cuello como una jirafa para ver entre la multitud de mochilas.

—Sí, sus papás se han parado un momento para hablar con el profe de gimnasia.

En ese momento le vi entrar y tal y como había hecho con Andrea, me tiré a su cuello para abrazarlo, pero esta vez sin caernos.

—¿Y este abrazo? —me preguntó él.

—Es que te he echado tanto de menos Manuelín.

—Y yo a ti ricitos.

En ese momento entró el profesor y nos sentamos todos en nuestros sitios. Al girarme me fijé que había un niño nuevo, regordete, con unas gafas muy gruesas de pasta y los ojos tristes. Me quedé un rato mirándolo. Las manos le temblaban y no paraba de observarlo todo a su alrededor muy nervioso, como buscando alguna cara conocida que pudiera calmarlo.

Después de tres horas de clases sonó el bendito timbre para poder salir al recreo. Era el momento más deseado por todos. Nuestro patio era una explanada que me resultaba inmensa con seis años. Tenía una parte de tierra que se ponía echa un asco en esos días tan tristes en los que la lluvia no nos dejaba disfrutar de la infancia como nos hubiera gustado, ya que esos días nos teníamos que quedar dentro de clase o en el gimnasio, que no era tan divertido. También tenía una pista con canastas y porterías, en la que los mayores se dedicaban a darse pelotazos como locos en algo parecido al fútbol, pero que al final resultaba ser cuarenta niños corriendo detrás de una pelota. No era raro el día que alguno acababa llorando o con las rodillas magulladas. Al fondo había un tobogán de color rojo con una caseta encima, en la que se formaban largas colas, sobre todo los primeros días de colegio. ¡Como si no hubiera más toboganes en toda la ciudad y tuviéramos que esperar el inicio de curso para tirarnos por uno! Cuando Andrea, Manu y yo salíamos al patio nos gustaba sentarnos en el césped, debajo de un árbol, para desayunar y contarnos

nuestras cosas, especialmente cuando hacía días que no nos veíamos, por las vacaciones o los fines de semana. Era nuestro pequeño ritual de las mañanas. Nos sentábamos los tres juntos y comparábamos lo que nuestras mamás nos habían puesto para desayunar. A veces se nos unían Pilar o Sara, pero solamente durante un rato, ya que ellas preferían correr libremente por la inmensidad del patio jugando a pillar o cosas así. También teníamos que soportar las bromas de Mario, un niño con unos pelos que parecía que le habían puesto un nido de pájaros en la cabeza. ¿No tendrán peines en su casa? Nos decía que parecíamos tres viejas ahí sentadas. Tres viejas, porque con Manu también se metían los otros niños por pasar tanto tiempo con nosotras en vez de ir a hacer el bruto tirándose al suelo o jugando a superhéroes.

—Chicas estas vacaciones han sido súper chulas —dijo Manu con una sonrisa enorme en la cara y alargando entusiasmado la palabra súper.

—¿Y eso? ¿Dónde te han llevado tus padres?

—Mi tía Carmen tenía trabajo en París, una exposición de esas raras de pintorrajós, y mamá y yo nos fuimos con ella dos meses.

—Pues vaya aburrimiento.

—No, para nada, es que no solo hicimos eso.

—Venga suéltalo ya —le dijo Andrea impaciente.

—Sabéis que el cuatro de agosto fue mi cumpleaños, ¿verdad?

—Como para olvidarlo —volvió a decir Andrea y nos echamos las dos a reír.

—Pues mi papá vino quince días, cuando cogió vacaciones, y los pasamos enteritos en Euro Disney.

Andrea y yo nos quedamos mirándolo con los ojos como platos, y lo único que dijimos las dos a la vez fue:

—¡Ualaaaaaaa que chulo!

—Sí, es una pasada. Me he hecho un montón de fotos con Mickey, Donald, Pluto y todos mis personajes favoritos. Y hay un castillo... y un dragón... y me compraron un muñeco enorme que casi no me cabe en mi habitación. Y vosotras, ¿Qué habéis hecho?

—Pues yo en casa —les expliqué —De la playa a la piscina de casa,

desde que llegó la enana no hemos ido a ningún lado. Todo el día aguantando al zanahoria y viendo como Leire llora, come y hace caca. Y huele fatal —me tapé la nariz.

—No le llames zanahoria, pedazo de tonta, pobre David.

—La verdad es que Margarita tiene razón, David parece una zanahoria —se ríe —¿Qué has hecho tú Andrea?

—Pues nada, la mitad con mamá aquí en Málaga y la otra mitad, en el pueblo con papá y los abuelos.

En ese momento en los ojos de Andrea se veía tristeza y su cara cambió, sus padres se habían separado hace dos años, y no lo llevaba muy bien. Un grito a un metro de donde estábamos nos sobresaltó a los tres. Mi hermanito había hecho una incursión a nuestras espaldas y se había sentado en el suelo, justo enfrente.

—Hola hermanita, ¿Qué hacéis aquí sentados?

—Cosas de mayores, ¿por qué no te vas con los pequeñajos a jugar a esas cosas que jugáis los pequeñajos?

Se levantó con cara de enfadado y se alejó corriendo mientras me sacaba la lengua.

—¡Ya lo tengo! —otro grito, ahora de Manu. ¿Es que me querían matar del susto entre unos y otros? —Como no hemos podido celebrar mi cumpleaños juntos le diré a mis papás de hacer otra fiesta.

—Sí, es verdad, pero no chilles tonto que me has asustado.

En ese momento ya vi a Andrea volver a sonreír.

—Si os parece bien hablaré con mamá, y le pediré que como aún hace calor hacerlo en la piscina de casa. Si os dejan también os podéis quedar a dormir —propuse más con la esperanza que con la certeza de que mamá no me diría que no.

—A mí me parece genial.

—¡Que guay, ya tengo ganas!

De repente a lo lejos vi al chico nuevo. El profe nos lo había presentado en clase, se llamaba Álex. Erika, Hugo y el pelo escarola de Mario se estaban metiendo con él y empujándolo. Con mucha decisión me levanté y me dirigí

hacia ellos.

—¡Dejadlo en paz! —ordené.

—¿Y si no queremos? ¿Qué? ¿Se lo vas a decir al profe?

—Si os metéis con mi amigo os metéis conmigo. ¿Tengo que recordaros qué os pasó en las colonias del año pasado?

Con cara de pocos amigos pero sin decir nada más se marcharon.

—Muchas gracias, nunca me había defendido nadie —se le notaba aún nervioso y las palabras salían a trompicones.

—No pasa nada Alex, ahora yo seré tu heroína. Me llamo Margarita.

—Ya se está montando películas —soltó Manu riendo, pero enseguida paró, porque le solté una colleja —Por cierto Alex, este sábado celebro mi cumpleaños en casa de tu heroína, ¿vendrás?

—Muchas gracias por todo chicos, allí estaré. Si me deja mi mamá claro.

Parecía que los días pasaban muy despacio pero por fin llegó el sábado. No fue muy difícil convencer a mi madre. Le prometí portarme bien y le puse mi carita de niña buena. Le conté lo importante que era poder celebrar la fiesta con mis amigos y lo feliz que se sentiría Manu. Le hablé también de aquel chico nuevo, gordito y con cara graciosa, al que había rescatado en el patio. Llegó el día de la fiesta de cumpleaños de Manu, y la Nana Coral se esmeraba en que todo estuviera perfecto.

—¡Que ilusión Nana, esta noche será nuestra primera fiesta pijamas!

—¿Al final cuantos seréis, mi niña?

—Pues Manu, Andrea, Alex y yo.

—¿Alex?

—Sí Nana, es un chico nuevo del cole.

—Entonces, para la fiesta pijamas ¿solo seréis cuatro?

—Sí, los demás solo vendrán a merendar.

—Vale mi niña, pues vamos a retirar tu cama y a poner colchones en el suelo, y luego ayúdame a preparar todo lo de la merienda.

—Sí Nana, vamos a empezar.

Pasamos una tarde muy guay, vinieron algunos compis de clase y

estuvimos bañándonos y riendo toda la tarde. El verano anterior había salido una canción llamada *La Macarena*, con bailecito y todo, así que estuvimos bailándola muertos de risa.

“Dale a tu cuerpo alegría Macarena
Que tu cuerpo es *pa'* darle alegría y cosas buenas
Dale a tu cuerpo alegría Macarena,
Eeeee Macarena eeee”.

Habían venido todas las madres y algunos padres del cole y se entretenían hablando entre ellos y devorando la merienda paralela que mis papás habían encargado para ellos. Los padres de Manu les dieron las gracias por todo y después de pasar un buen rato discutiendo por querer hacerse cargo de los gastos, acordaron con papá que la próxima la organizarían ellos. Hubo música, comida, bebida, globos e incluso un mago. Manu se pasó un buen rato intentando abrir los regalos que los otros niños habían traído, llenándolo todo de papeles y bolsas que luego Nana se encargó de recoger con eficiencia. Estábamos todos un poco loquitos, y cuando se fue haciendo de noche tanto los niños como los mayores se fueron muy contentos y con una gran bolsa de chuches que les dimos a cada uno. Sí, también a los mayores, que eran muy golosos. Al final solo nos quedamos nosotros cuatro.

—Venga chicos todos a la habitación de Margarita y a ponerse el pijama
—ordenó nana con dulzura.

—¿Todos juntos? —dijo Manu con una sonrisa.

—Los niños os lo pondréis en el baño. Avisadme si necesitáis ayuda. Las niñas a la habitación.

La Nana Coral era muy trabajadora y nos quería mucho a todos. Para mí era como otra abuelita, no debía tener más de cincuenta pero a mí me parecía que rondaba los cien. Tenía el pelo rubio pero empezaban a asomar las canas y en los ojos se notaban las arrugas que el abundante maquillaje no había logrado esconder. Era una mujer de fuertes convicciones religiosas, de las que gustaba ir a misa todos los domingos y a la que mi hermano y yo, en algunas noches de travesura en las que nos escapábamos de la habitación en busca del chocolate que tan hábilmente se escondía en la despensa, habíamos escuchado rezar en su habitación. Por alguna razón esa habitación era un lugar prohibido,

papá y mamá no nos dejaban entrar y Nana se cuidaba mucho de que así fuera. Nosotros la imaginábamos perfectamente ordenada y llena de santos y cruces por todas partes. Había estudiado en un colegio de monjas y nunca se había casado, aunque no solíamos hablar mucho de su vida habíamos escuchado a papá y mamá comentar esas cosas.

Dos horas después estábamos todos agotados, habíamos hecho guerra de almohadas y habíamos jugado a un montón de juegos. Álex parecía muy integrado en nuestro pequeño grupo y poco a poco había ido perdiendo la timidez inicial. Finalmente nos tumbamos en los colchones del suelo y empezamos a hablar.

—Álex, ¿cómo es que has cambiado de colegio? —preguntó Andrea, poniendo la cara tan cerca de la suya que Álex tuvo el instinto de echar la cabeza hacia atrás.

—Es que mi padre trabaja para el ejército y continuamente estamos cambiando de ciudad.

—Pues que rollo.

—Un poco sí. Ya he estado en tres colegios diferentes y los pocos amigos que he tenido se han quedado allí.

—¿Por tres? —dijimos todos a la vez.

—Sí, por tres, por eso nunca tengo amigos, además siempre se meten conmigo porque soy feo y gordo.

—Pues a partir de ahora, nosotros seremos tus “mejores amigos” y acuérdate que yo soy tu heroína.

Todos se echaron a reír, porque mientras decía eso me puse de pie con el puño estirado como si fuese a salir volando a lo Supergirl.

—Y hermanos, ¿no tienes? —preguntó Manu.

Álex no contestó. Bajó la cabeza encogiéndose sobre sí mismo y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Sí, tenía dos —la voz sonó muy lejana. Se quitó las gafas y se limpió las lágrimas con el puño del pijama.

—¿Tenías? —pregunté con curiosidad.

—Tengo a mi hermano Pablo, que tiene diez años, y tenía a mi hermanito

Pedro, que era un poco más pequeño que yo. Iba a hacer cinco añitos cuando una tarde hace unos meses se fue al cielo. Yo estaba malito en la cama y Pablo y Pedro estaban jugando en el jardín de casa. Yo los veía jugar desde la ventana. Pablo estaba subido en su bicicleta, dando vueltas alrededor de Pedro, que estaba en el suelo haciendo montones de arena —el llanto empezó de nuevo pero hizo un esfuerzo por seguir hablando mientras todos lo mirábamos en silencio. —Un coche destrozó la valla y se metió en el jardín. Pablo cayó al suelo con su bicicleta pero solo se hizo unas pupas en un brazo y una pierna. Pedro desapareció. Yo no entendía lo que pasaba y me asusté muchísimo. Empecé a llamar a mis papás y después a mi hermanito. Tenía mucho miedo.

Ahora lloraba abiertamente, sus ojos eran dos cataratas de lágrimas.

—Papá me dijo que no le dolió y que desde el cielo está viéndonos. Por eso papá esta vez pidió cambio de destino, porque mami sigue muy triste.

—¿Y Pablo? —preguntó Andrea.

—Pablo ya no vive con nosotros. Después del accidente papá lo llevó a Sevilla, donde viven los abuelos.

—No llores más Álex, desde ahora yo cuidaré de ti siempre porque soy tu heroína. —me levanté para darle un beso en la mejilla y susurrarle al oído —Yo siempre seré tu amiga.

Andrea y Manu se miraron y como si hubieran hecho un pacto sin palabras se levantaron a la vez y se abrazaron a Álex. Y así abrazados estuvimos un buen rato para sellar nuestra amistad eterna.

A partir de aquella noche nuestro pequeño grupo de tres pasó a ser de cuatro. Nos convertimos en inseparables, estábamos juntos a todas horas. Los demás niños dejaron de meterse con Álex. Y si alguna vez lo veía un poco triste le recordaba que yo era su heroína. Álex seguía siendo tímido y muchas veces se le veía la tristeza en esos ojos que me recordaban a la miel, pero cada día daba un paso hacia adelante y sonreía un poco más. Álex y yo éramos casi como hermanos. Pasaba muchas tardes en mi casa, jugábamos juntos, él me ayudaba con los deberes y yo no le enseñaba nada bueno, solo trastadas, pero que a él le hacían reír mucho. Incluso acabó haciéndose amigo de David. Jugaban juntos a videojuegos, lo que hacía que yo arrugara la nariz, como siempre que algo no me gustaba.

El tiempo pasó deprisa. Los vientos del otoño dieron paso al frío invierno y luego a las flores que anunciaban la llegada de la primavera. Se acabaron las clases con la llegada del verano. Manu y Andrea se fueron de vacaciones fuera de Málaga, Álex y yo nos quedamos. Queríamos vernos a todas horas, aunque a veces eso no era posible, lo cual me provocaba una tristeza incomprensible. La enana de Leire empezaba a caminar y mis padres estaban entusiasmados cada vez que aprendía a hacer alguna nueva monería. Sin embargo, yo echaba de menos al gafotas de Álex. Él había comenzado a abrirse y a contarme cosas de sus hermanos, sobre todo de Pedro.

Todo fue muy bien durante los dos siguientes cursos. Ya parecíamos una lapa, incluso noté que Manu y Andrea sentían un pelín de envidia. Y así llegó un nuevo verano. Ese verano de 1997 no podía imaginarme el disgusto que me esperaba.

—Hola Margarita —me dijo Alex en la puerta de casa. Había venido a buscarme como solía hacer últimamente, ya que vivíamos muy cerca y su madre lo observaba casi todo el camino. Pero ese día se le veía raro y me di cuenta enseguida. Tenía los ojos hinchados y estaba pálido.

—Hola Álex, ¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Te vienes un rato al parque a jugar con la pelota?

—Vale, espera que aviso a mama.

—Te espero aquí.

Empecé a chillar. Álex no se lo esperaba y se asustó.

—¡Mamaaaaaaaaaa , mamaaaaaaaaaa!

—No grites hija —mi madre sacaba la cabeza por una ventana. Incluso Nana, que estaba con David se había asomado a ver qué pasaba.

—Me voy al parque con Álex a jugar.

—¿Y para eso tienes que gritar tanto?

—Era para no tener que estar buscándote.

—Hija tú tan bruta como siempre...

Vi cómo nana negaba con la cabeza

—Me voy mamá

—Vale, pero tened cuidado y no os alejéis mucho.

—Sí mamá vamos al parque que está aquí al lado.

Realmente el parque estaba muy cerca de casa. Solo tenía que cruzar un par de calles en una ruta de un par de minutos. Era el parque donde David y yo habíamos crecido. El de los columpios verdes ya muy descoloridos y el tobogán abollado. El mismo tobogán en el que cuatro años atrás me había caído de cabeza y papá me había tenido que hacer unas curas rápidas antes de llevarme al hospital a hacerme no sé qué pruebas. Por algo era médico.

—Margarita, tengo algo que decirte —ya llevábamos un rato jugando cuando lo soltó, aunque yo sabía que algo se callaba desde que lo vi en mi puerta.

—Venga suéltalo, que ya decía yo que estabas raro hoy.

—Es que... —miraba al suelo, mala señal.

—Me lo vas a decir ya o tengo que hacerte cosquillas para que me lo digas Cara Pan.

Yo que siempre era tan loca y tenía motes para todos le solté ese, pero a él no le molestaba, más bien todo lo contrario, le gustaba porque sabía que se lo decía con cariño y sin maldad. Sin embargo en esa ocasión las lágrimas empezaron a brotar en sus ojos.

—Me voy Margarita.

—Bueno eso ya lo sé, yo también me voy a casa dentro de un rato, pero aún es pronto.

—No Margarita, no me entiendes. Me voy de Málaga.

—No pasa nada, es normal que tus padres digan de ir de vacaciones, pero por eso no tienes que llorar, ¿cuándo vuelves?

—Nunca.

La palabra sonó como un gran estruendo en mis oídos. Como si una roca gigantesca hubiera caído sobre mí y me hubiera aplastado, dejándome sin respiración y sin poder moverme ni hablar.

—¿Cómo que nunca? ¿Estarás de broma no? —es lo único que pude decir.

—No Margarita, no estoy de broma, a papá lo destinan a Madrid y nos

tenemos que ir.

Me puse a llorar como nunca, no quería perder a mi mejor amigo. No podía creer lo que me acababa de decir.

—¿Y cuándo os vais? —dije entre lágrimas.

—Mañana, me lo dijeron mis padres anoche.

—No quiero que te vayas Álex, no quiero perderte.

—Ni yo Margarita pero me tengo que ir. Me he pasado toda la noche llorando y casi no he dormido nada pensando en cómo te lo iba a decir.

Estuvimos hablando un rato, hasta que llegó la hora de volver a casa. Fuimos todo el camino callados y llorando. Cuando llegamos a mi casa nos dimos un fuerte abrazo y un beso en la mejilla y nos quedamos mirando fijamente.

—Nunca te olvidaré Alex, siempre serás mi mejor amigo.

—Y tú, Margarita, siempre serás mi heroína.

Con esas palabras y entre sollozos se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

2

16 DE ABRIL 2016.

—No, no y no Andrea.

—Venga Maggie porfi, porfi, invítalo, es tan mono...

—¡Que he dicho que no joder! Si quieres ver monos vete al zoo pero no invito yo al friki de mi hermano.

—Venga, hazlo por mí, lo pasaremos bien —suplicaba Andrea con las manos unidas como si fuese a ponerse a rezar en cualquier momento.

—Sí, claro que lo pasaremos bien. Pero sin él. Vamos a celebrar mi ascenso y a ver si me quito un poco las telarañas, que a este paso se me cierra el *chichi*.

Esa misma semana me habían ascendido. Había pasado a ser la flamante subdirectora de una sucursal bancaria de CajaSur. Exactamente no sabía que supondría en términos económicos semejante honor pero ante todo estaba el reconocimiento al trabajo bien hecho. Después de haber finalizado la diplomatura de Empresariales había conseguido un puesto de trabajo en una pequeña sucursal. Eso pilló por sorpresa a mis padres. Especialmente mi padre se había mostrado muy crítico porque él decía que tenía que seguir estudiando, que podía aspirar a algo más. Seguramente a él le habría encantado que hubiera seguido sus pasos y me hubiera matriculado en Medicina, pero a mí la sangre y las cabezas abiertas como que no. Para eso ya me veía alguna peli gore de vez en cuando y cumplía mi cupo de vísceras. Si casi no podía soportar que me clavaran una aguja como para ponerme a estudiar eso. No, no. Me decanté por Empresariales por culpa de Manu. Él tenía decidido matricularse allí, así que unos meses antes, viendo que yo aún no lo tenía muy claro, comenzó a comerme la oreja con eso de “sería tan bonito seguir yendo juntos a clase”. Era como tener un demonio en miniatura a un lado incitándome a cometer algún pecado. Y como yo ya nací pecadora... cogí al angelito de mi padre que me susurraba desde el otro costado “Medicina, Medicina como papá” y lo guardé en el bolso para no escucharlo. ¡Así que hala, a seguir pecando! Eso me costó alguna bronca en casa hasta que

mi madre se puso de mi lado y, claro, papá tuvo que aflojar la cadena. Así que Manu y yo para Empresariales. Manu más feliz que un niño con alpargatas nuevas y mi padre con cara de orangután con diarrea. Pero es que el enfado de mi padre no se acabó ahí. Él quería que siguiera estudiando, así que cuando Manu se plantó en mi casa con dos ofertas de trabajo de CajaSur casi se las hace comer crudas sin agua ni nada. Que si no tenía necesidad de trabajar, que si la formación por aquí, que si aún podía aspirar a algo mejor, bla bla bla... La cuestión era que nos cogieron a los dos (debió ser el karma) y al final, después de echar horas como una burra y currármelo como nadie me habían ascendido a subdirectora. Y tocaba celebrarlo a lo grande, porque a lo pequeño ya lo hacíamos cada finde.

Cuando me puse a trabajar, Andrea y yo nos fuimos a vivir juntas a un pequeño apartamento del centro de Málaga, un poco alejada del manto protector de mis padres pero no tanto como para no poder acercarme a buscar una fiambrrera con comida si la ocasión la merecía. Andrea había estudiado Medicina, quizá arrastrada por las ilusiones de mi hermano David. Él sí había sucumbido al tercer grado familiar y había decidido seguir los pasos de papá. Incluso decidió especializarse en Neurocirugía como él. En cambio Andrea optó por la rama de Pediatría. Ahora llevaba un año ejerciendo como residente en el mismo hospital de papá. Por su parte David también estaba allí en prácticas, gracias a los contactos que nuestro padre tenía y que le permitían poder controlarlo de cerca.

—Pero mira que eres bruta Maggie, solo hace unos meses que lo dejaste con Leo.

—Hace más de seis meses y este cuerpo ya me pide un buen...

—Calla, calla no lo digas —me interrumpió barrando mis labios con su dedo índice.

Andrea siempre había sido más recatada que yo, y sobre todo en la forma de hablar y de decir las cosas por su nombre, yo lo que pensaba lo soltaba.

—Movimiento, iba a decir que mi cuerpo necesita movimiento.

Me eché a reír al ver la cara de mi amiga, pero es que era verdad. Desde que dejé a Leo no había estado con nadie más, bueno solo con mis juguetitos. Habíamos estado saliendo durante tres años y trabajábamos en la misma empresa, aunque en diferentes sucursales. Nos habíamos conocido durante una

de esas cenas de empresa en la que empezabas con un poco de vino y cuando acababas ya no tenías compañeros sino amigos del alma. Con él fue algo más que eso. Estaba enamorada o eso creía. Como pasa a veces todo empezó a cambiar de la noche a la mañana. Los reproches, los celos y las peleas cada día eran más frecuentes pero tampoco tengo ganas de hablar de aquel infierno. Hace ya muchos meses que cogí fuerzas para dejarlo, aunque él aún seguía llamándome y yo siempre rechazaba sus llamadas y mensajes. En alguna ocasión se había presentado ante nuestra puerta, pero Andrea lo echaba siempre de malas maneras.

—Bueno, ¿entonces llamo a David? Venga, porfi porfi.

—*Ojú*, que perra le ha entrado a ésta con mi hermano”

—Venga vale, pero que sepas que lo hago por ti.

—Te quiero Maggie.

Me dio un beso en la mejilla mientras marcaba el número de David en su móvil. Quedamos a las diez en mi restaurante favorito, un establecimiento de comida local no apto para turistas. Era el típico restaurante pequeño y acogedor, con manteles a cuadros y raciones abundantes por un precio muy ajustado. Además preparaban el caldillo de pintarroja más bueno de todo Málaga.

A las nueve aún estaba peleándome con mi armario para decidir que ponerme. Después de desmontar lo poco que tenía ordenado me había decantado por una minifalda que casi no cubría nada y un top ajustado al cuello. Opté por dejarme el pelo suelto, me encantaban mis rizos y deseaba lucirlos. Poco maquillaje, apenas algo de color y brillo en los labios. Andrea se decidió por unos pantalones pitillo y un top palabra de honor. Con su pelo corto rubio y esos ojos azules de cielo en verano estaba espectacular. Media hora después llamaron a la puerta.

—Voy yo Andrea, será la loca de Toni.

—Vale, enseguida salgo —dijo ella desde el baño.

Efectivamente era nuestro amigo y vecino Toni. Sí, como Spiderman pero con más pluma. De hecho tenía más pluma que todo un gallinero junto. Él llevaba varios años viviendo en el edificio cuando Andrea y yo llegamos. Se vio obligado a independizarse muy joven, pues su condición de homosexual no

gustó a sus padres. Su autoritario y recto padre lo echó de casa al cumplir los dieciocho, cuando reunió el valor para confesarle lo que sentía por otros chicos. Era un poco mayor que nosotras, un par de años más o menos y trabajaba en una agencia de viajes.

—¡Madrecita mía! ¡Ay que me da! Estás preciosa chocho. —soltó sin frenos nada más abrir la puerta y juntó mucho los labios para sisear la frase.

—¿Te gusta? Porque esta noche me gustaría tener algo entre las piernas.

—Pues ya somos dos, cariño. Yo tengo unas ganas de conocer a un buen mulato... —lo acentuó cerrando los ojos y moviendo la cabeza.

Nos echamos los dos a reír a carcajadas justo cuando Andrea salía del baño y se nos acercaba.

—¿De qué os reis?

—De nada de nada —dijimos los dos a la vez.

—Miedo me dais cuando estáis los dos juntos.

—Venga vamos que los chicos nos esperan en el restaurante.

Salimos los tres y fuimos muy animados hablando y riendo sin parar. El restaurante se encontraba solamente a diez minutos a pie de nuestro edificio. Al asomar por la esquina ya vimos a David y Manu esperándonos en la puerta.

—¡Hola chicas, estáis guapísimas! —saludó Manu y nos dio dos besos a cada una.

—¿Y yo qué machote? ¿Qué soy un mueble? Anda, ven aquí y dame a mí también dos besazos —reclamó Toni con su gracia habitual. Nos echamos a reír porque entre ellos siempre se pinchaban.

—Hola chicas —saludó David, que había quedado en un segundo plano entre tantos besos. Él era más seco pero Andrea y Toni se acercaron y le dieron dos besos.

—¿Qué tal si entramos ya? —pregunté.

—¿Leire y Nil no vienen? —me preguntó David en voz baja.

—No hermanito. Leire tenía que estudiar para unos exámenes y luego había quedado con su nuevo *follamigo* y Nil tenía que empezar a trabajar antes. Luego pasaremos a verle si los demás están de acuerdo.

Nil era mi hermano pequeño. Dieciocho años casi recién cumplidos. Se estaba preparando para estudiar derecho en la universidad pero los fines de semana trabajaba en un pub para sacarse unos eurillos. Tenía la misma vena rebelde de su hermana mayor.

La cena fue muy divertida. Andrea y David eran más serios, más recatados pero Toni, Manu y yo estábamos desatados. Con Toni nunca te aburrías, a mi me encantaba quedar con él, aunque me constaba que Andrea se avergonzaba a veces. Sobre todo porque no solía hablar en voz baja precisamente y era capaz de soltar cualquier cosa cuando se encontraba a gusto y relajado entre amigos. Algunos clientes se giraban a mirarnos, unos curiosos, otros molestos. Eso hacía que David agachara la cabeza en más de una ocasión. Después de la cena fuimos al pub donde trabajaba Nil y nos pedimos unos chupitos. Menos Andrea, que estaba muy contenida esa noche, y mi hermano David, los demás ya llevábamos un punto impresionante. Estuvimos allí un par de horas antes de ir dando tumbos a la discoteca habitual, donde los porteros ya nos conocían y nos colaban descaradamente ante el enfado visible de los que esperaban pacientemente en la cola de entrada.

—¡Ay chocho, esta canción me encanta, vamos a la pista! —dijo la loca de Toni agarrándome del brazo y casi arrastrándome hasta la pista de baile. Después de abrirse paso a empujones nos concentramos en darlo todo.

Estuvimos así hasta bien entrada la madrugada, cuando ya con un pedal considerable y agotados decidimos irnos a descansar. Yo lo que se dice follarse no follé esa noche, pero me lo pasé de muerte. Eso sí, la resaca iba a ser monumental. Eran las siete de la mañana cuando llegamos a casa, ya a plena luz del día. Estaba tan agotada y tenía tanto calor que me puse lo primero que vi y me dejé caer en la cama. O eso es lo que recuerdo...

3

Me sentía muy cansada. Mi madre había pedido que nos sirvieran dos refrescos bien fríos. La cabeza me daba vueltas y me dolía horrores. Recordaba haber estado bailando y bebiendo... y bebiendo más. Un chico pasó por la acera de enfrente y se quedó mirándome. Yo me embobé con él. Tenía algo, no sé qué, algo que me era familiar. Hacía mucho calor. Las piernas y los brazos me pesaban y casi no podía moverme. No conseguía desviar la mirada del chico de la otra acera que seguía sin apartar la vista. No podía pensar con claridad. Mi padre no podía parar de hablar pero no entendía bien lo que decía. Parecía muy enfadado. Estaba sudando. ¿Dónde estaba ese refresco? Me giré un momento al ver pasar al camarero pero no me hizo caso. El chico de la acera de enfrente ya no estaba, había desaparecido. Y mi madre me sonreía. ¡Dios mío que calor hacía! Mi padre se había puesto de pie y cada vez parecía más enfadado pero seguía sin entender de qué estaba hablando. Volví a girar la cabeza. El chico de antes estaba ahora al otro lado y me señalaba. Gritaba, me estaba llamando. Parecía asustado. El camarero pasó con una bandeja al lado de papá y éste al girarse le golpeó involuntariamente. Los refrescos cayeron al suelo con gran estruendo al romperse los vasos. Ahora todos gritaban mi nombre y cada vez hacía más y más calor...

—¡Maggie! ¡Maggie! ¡Abrepor favor que nos achicharramos! —escuché los golpes en la puerta, yo estaba tumbada en mi cama, sudando.

“¿Qué le pasará a la loca de Toni?” No paraba de gritar desde el otro lado de mi puerta. La cabeza me dolía horrores y tenía la boca seca. “¿Cuánto rato habré dormido?”

—Voy.

—¡Corre Maggie por favor corre!

Abrí la puerta y vi a todo el mundo corriendo de un lado para otro. Toni y yo vivíamos en el ático y la gente no paraba de correr hacia abajo y se escuchaban gritos por todo el edificio.

—¿Qué pasa Toni? Dime,¿qué coño está pasando?

—En el cuarto piso, donde vive la señora Dolores, hay fuego. Tenemos que evacuar el edificio —es en ese momento en el que me di cuenta de porqué notaba tanto calor, el momento en el que sentí el olor a quemado y una cortina de humo subiendo por el hueco de la escalera.

—Voy corriendo a avisar a Andrea —me puse a gritarle, me había puesto muy nerviosa y encima no la encontraba por ningún sitio. Miré cuarto por cuarto pero no había ni rastro de ella.

—No está, Toni —le grité mientras noté que el corazón se me aceleraba y empezaba a preocuparme seriamente por mi amiga.

—¡Pues vámonos, salgamos de aquí! Debe haberse marchado antes de que empezara todo.

—Vamos, no pares Toni —le empujé fuera del piso, cogí las llaves que teníamos en la entrada y cerré la puerta de un golpe sin reparar en que solo llevaba puesto el pijama.

Ahora ya no se veía a nadie por los pasillos, pero se seguían escuchando gritos y sirenas a lo lejos. Salimos corriendo. El calor empezaba a ser muy intenso y el humo ya había cubierto casi todo el rellano. Me empezaron a picar mucho los ojos. Me tapé la boca con el brazo mientras intentaba seguir a Toni. Me cogió de la mano mientras los dos empezamos a toser. El miedo empezaba a ganar fuerza y las piernas me temblaban. Bajamos torpemente un par de pisos, pero cada vez nos costaba más avanzar. Prácticamente no se veían los escalones y los ojos escocían. Al llegar a la altura del cuarto piso nos dimos cuenta de que no podíamos seguir bajando. Las llamas estaban devorando toda la planta. Nos quedamos paralizados los dos. Las manos se soltaron involuntariamente por el sudor.

—¡Atrás! No podemos seguir por aquí.

—¿Qué hacemos Toni? No podemos seguir bajando. Tú conoces el edificio más que yo, ¿no hay otra salida?

—No, no la hay —vi que empezaba a desmoralizarse —¡Ay madrecita, nos vamos a chamuscar y este cuerpo serrano mío no ha probado aún a ningún mulato!

—No digas tonterías por favor, tenemos que pensar en algo.

—Nos vamos a quemar, Maggie. Vamos a morir carbonizados, ¡por dios

qué muerte tan poco glamurosa!

—¿Te quieres callar loca del demonio? Aquí nadie se va a morir —eso lo dije para ver si la loca se callaba, porque era eso o liarme a ostias con él. Me estaba poniendo muy nerviosa y cada vez me costaba más respirar por el humo —¿no hay extintores en este edificio?

—Tiene que haber alguno pero no veo ninguno por aquí. De hecho no veo nada.

Una explosión repentina a unos metros de donde nos encontrábamos nos dio un susto de muerte, tropezamos y caímos los dos al suelo. Toni se tapó la cara con las manos.

—Subamos. No podemos quedarnos aquí. Busquemos en el piso de arriba —le aparté las manos de la cara y le ayudé a levantarse como pude. La cabeza me seguía doliendo pero empezaba a creer que no era de la resaca sino de la falta de oxígeno.

—¿Has cogido tus llaves?

—Sí, sígueme. Miraremos de salir a la terraza.

—¿Y qué quieres que hagamos en tu terraza? ¿Tomar el sol? Te recuerdo que estamos en medio de un incendio y que el día está muy tapado.

—¿Pero tú estás chalado o el humo te ha dejado tonto? —lo fui arrastrando escaleras arriba, aunque me planteaba darle una patada y devolverlo al cuarto piso.

—Perdona cari, pero estoy muy nervioso...

—Pues cállate y sígueme.

Intenté mantenerme firme aunque las piernas cada vez me temblaban más. Comenzamos otra vez a correr, pero esta vez escaleras arriba. Con el esfuerzo, el humo y el calor empecé a sentir que las fuerza me abandonaban. Cada vez nos costaba más avanzar y temí que el edificio pudiera empezar a derrumbarse. A saber cómo estaba hecho ese viejo bloque. Llegamos al ático. Torpemente introduje la llave en la cerradura pero no abría. Toni me apremiaba mirando atrás insistentemente, como si nos persiguiera un asesino. Me di cuenta de que había puesto una llave incorrecta. Con los ojos hinchados costaba distinguir. Finalmente conseguimos entrar. Toni cerró la puerta mientras yo me abalanzaba sobre el móvil que había dejado encima de la mesa

del salón. Toni cogió un par de paños de la cocina y los mojó en el grifo para taparnos la boca. Ambos nos dirigimos hacia la terraza para coger aire y pedir ayuda. Miré el móvil, quedaba poca batería pero tal vez pudiera llamar. Lo primero que hice fue marcar el número de Andrea. Empezó a sonar pero no lo cogió nadie. Nos asomamos a la calle. Abajo se veían varios camiones de bomberos y mucha policía que estaba acordonando la zona y ayudando a desalojar. Vimos que todavía había gente saliendo del edificio. Junto a un policía pude distinguir a la chiflada del quinto, una mujer mayor con uno de esos perros pequeñajos que ladraban a todas horas. Era muy irritante pero sentí alivio por ella al verla fuera de peligro. Toni se puso a chillar histérico.

—¡Aquí arriba, por favor! ¡Ayuda!

Yo también intenté gritar pero casi no me quedaban fuerzas y el sonido murió ahogado en mi garganta mientras me ponía a toser de nuevo.

—¡Socorro! ¡Ayúdenos, por favor! —insistió Toni.

Cuando conseguí dejar de toser volvía observar la escena que se estaba desarrollando en la calle. Conseguí finalmente distinguir la melena rubia de Andrea junto a uno de los bomberos. Agité las dos manos en el aire. De repente ambos levantaron la cabeza y vi que Andrea señalaba hacia mí. Se me saltó una lágrima al renacer la esperanza.

—Andrea está ahí abajo. Nos han visto —me abracé a Toni al tiempo que mi teléfono comenzó a sonar. Era Andrea. Puse el manos libres y contesté.

—Andrea, por favor, díles que nos ayuden. Estamos atrapados...

—No soy Andrea, señorita —me interrumpió una voz masculina. O Andrea también había bebido mucho aquella noche o no era ella —La señorita Andrea me ha dejado su teléfono para poder hablar con usted. Soy el jefe de bomberos.

—Por favor ayúdenos —suplicó Toni casi comiéndose el móvil.

—Tranquilícese.

—Sí, no te jode, como si fuera tan fácil. ¡Oiga que estamos a punto de morir carbonizados! Tengo el culo más *chamuscado* que la piedra del mechero de Bob Marley —gritó Toni. La situación no era para tomársela a risa pero aun en momentos así conseguía sacarme una sonrisa.

—Ya hemos comenzado con las labores de rescate. Mantengan la calma y

hagan todo lo que yo les diga ¿comprenden?

—Vale.

—¿Cuántas personas están con ustedes?

—Solo estamos la loca y yo —Toni me miró haciendo una mueca.

—De momento vamos a montar aquí abajo unas colchonetas por si tuvieran que saltar.

—Sí claro y que más, me voy yo a tirar de un sexto piso.

—Señorita, si no hay más remedio lo tendrá que hacer, no se preocupe, es totalmente seguro.

—¡Que no, que no! ¡Ay mamita, voy a pasar de morir *chamuscado* a morir *espatarrado* desde un sexto piso! —exclamó Toni mordiéndose las uñas.

—Miren tranquilícense. Varios compañeros ya están dentro y se dirigen hacia ustedes pero si durante los próximos minutos no han podido controlar el fuego tal vez tendrán que... —se cortó la comunicación. El móvil se había quedado sin batería.

—Joder que oportuno... Como llegué tan mal no lo puse a cargar...

Empezaba a resignarme a que no nos quedaría más remedio que saltar. Todo me daba vueltas ya. La resaca de la noche anterior, la inhalación de humo, el cansancio, los nervios y encima el mareo de pensar que tenía que saltar desde un edificio en llamas. Y Toni no debía estar mejor. Sabía que tenía vértigo y estaba segura de que prefería morir quemado a saltar. De todas maneras ya no podíamos recibir instrucciones por el móvil. Imaginé que tendrían que coger un megáfono para que pudiésemos oírlos desde tan alto. En ese momento me imaginé en un concurso de la tele en la que a la señal tendríamos cientos de espectadores esperando de nosotros un salto perfecto al centro de la diana y luego nos puntuarían del uno al diez. Me acordé de esa escena de Arma letal en la que Mel Gibson se esposaba a un suicida que estaba en lo alto de un bloque de pisos amenazando con saltar y lo arrastraba con él a una colchoneta que la policía había colocado en la calle, ante los gritos de desesperación del hombre. Seguramente yo tendría que hacer algo parecido con Toni, sino a ver quién era la guapa que le hacía saltar de allí.

—Toni —le cogí la mano con ternura —creo que no vamos a tener más

remedio que saltar si no queremos morir aquí.

—No, no, no. Esto está muy alto. ¿Y si no caemos donde tenemos que caer? Que cojan una grúa de esas y vengan por nosotros.

Escuchamos un golpe muy fuerte dentro de la casa que nos sobresaltó. Ambos creímos que se trataba de otra explosión. Seguramente el fuego ya había alcanzado nuestra planta y pronto veríamos las llamas aparecer por la habitación que daba acceso a la terraza. Me pregunté cómo iba a reaccionar yo y cómo iba a conseguir que Toni me siguiera. Y sobre todo me pregunté si realmente yo era tan valiente y segura como quería aparentar. La realidad era que todo empezaba a darme vueltas y la vista se me estaba nublando. No sería capaz de subir al muro para saltar, empecé a perder toda esperanza. Entonces los vi. Cuatro sombras que corrían hacia nosotros haciéndonos gestos. Pero mis ojos se iban cerrando y eran solo eso: sombras. Respiré un poco aliviada, los bomberos habían llegado a tiempo, seguramente el golpe que habíamos sentido era ellos derribando la puerta del piso. Uno de ellos se dirigió a mí poniendo mi brazo alrededor de su cuello mientras me cogía de la cintura. Sólo creí oír tres palabras:

—¿Margarita? ¿Eres tú?

En ese momento ya no supe que vino después, todo se volvió oscuro y me desmayé.

4

Calma. Todo estaba en silencio a mi alrededor mientras me sentía flotar entre las nubes y veía unicornios pasar corriendo. Seguramente había muerto en aquella terraza y eso era el cielo. La verdad es que no estaba tan mal. Lástima del dolor de cabeza. Cuando te mueres ¿también te duele la cabeza? Alguien me estaba cogiendo la mano. Abrí los ojos lentamente y las imágenes borrosas a mi alrededor poco a poco fueron tomando la forma de Andrea.

—Hola Andrea, ¿Dónde estoy?

—¡Ay mi niña que susto nos has dado! —me regaló una sonrisa y un beso en la frente.

—¿Qué ha pasado?

—Los bomberos consiguieron controlar el incendio y llegar hasta vosotros. Tuvieron que derribar la puerta de nuestro piso a golpes para poder entrar. Te desmayaste justo cuando llegaban.

—¿Y Toni?

—Volviendo loco a las enfermeras. Está bien, ya le han dado el alta, solo inhaló un poco de humo. Está por los pasillos histérico preguntando por ti.

—Y yo, ¿cuándo me podré ir?

—¿Conociendo a tu padre? Si por él fuera te quedarías aquí un par de semanas mientras te hace todas las pruebas posibles. No descartes incluso una prueba de embarazo —se ríe abiertamente imaginando la sorpresa que se llevarían si salía positivo.

Estaba en una habitación del hospital de mi padre. Podía reconocer el logo bordado en las sábanas y en los carteles de la pared. Me sentía relajada, seguramente por el efecto de alguna medicación. Tenía una venda en la cabeza, la cual me seguía doliendo horrores. También una vía en el brazo izquierdo.

—Me duele mucho la cabeza y tengo la boca seca. ¿Qué han dicho los médicos?

—Lo más importante es que no hay lesiones graves. Tienes algunos rasguños por todo el cuerpo, un pequeño golpe en la cabeza y te tuvieron

entubada un día entero, pero nada que no se supere con paciencia y reposo. Parece ser que tragasteis mucho humo, pero no hay afectación en los pulmones. Te hicieron una radiografía, una prueba de pulsioximetría para medir los niveles de oxígeno y también una de carboxihemoglobina para conocer los niveles de monóxido de carbono en la sangre.

—En cristiano Andrea...

—Que un par de días de reposo y a seguir dando guerra.

—¿Y mis padres? ¿Por qué no están aquí?

—Tu madre ha ido a comprarte algo de ropa porque aún no sabemos qué podremos recuperar del incendio. Tu padre está en la cafetería con tus hermanos.

Sentí una punzada de dolor en la cabeza que me obligó a cerrar los ojos. Andrea me miró preocupada.

—No es nada, solo un pequeño pinchazo —una pequeña pausa mientras imágenes borrosas pasaban por mi cabeza y proseguí —¿Dónde estabas tú cuando empezó todo? Supongo que en el piso no, porque si no me habrías despertado. ¡Suerte de Toni!

—No. Cuando llegamos de toda la noche de juerga te acompañé hasta tu cama y te ayudé como pude a ponerte el pijama. Estuve descansando un poco pero recibí una llamada de un amigo del que hacía tiempo que no sabía nada. Me invitó a un café y quedamos para ponernos un poco al día.

—Oye Andrea, ¿puedo hacerte otra pregunta?

—Claro mi niña, dime.

—Cuando llegaron los bomberos me pareció que uno me llamaba por mi nombre. ¿Se lo dijiste tú? ¿Acaso me conocía?

Ante mi asombro se puso a reír a carcajadas.

—Pues sí, uno te conocía. Incluso ha venido en un par de ocasiones para ver cómo estabas. Seguro que volverá porque estaba muy preocupado. Tendrás que darle las gracias por haberte salvado, ya decidirás cómo... —y me guiñó un ojo mientras se ponía en pie —Ahora deberías descansar un poco. Iré a avisar a tu padre de que estás despierta.

Me dio un beso en la mejilla y desapareció tras la puerta dejando de

nuevo la habitación en silencio. Enseguida cerré los ojos y me quedé dormida. No sé cuánto tiempo estuve dormida pero el silencio cedió su espacio a mucho jaleo que me devolvió a la realidad. Al abrir los ojos no pude evitar una sonrisa. Al pie de la cama estaban mis padres, mis hermanos y mis mejores amigos.

—¡Ay chocho, estás despierta! ¡Qué susto me has dado! —soltó Toni mientras se abalanzaba sobre mí. Por poco no me tiró de la cama el muy bruto.

—No exageres que solo me he desmayado.

—Sí, sí, pero yo casi me muero de verte allí *espachurrá*.

—Anda calla loca —me eché a reír por las ocurrencias de mi amigo.

—Toni, si mi hermanita lo hizo expresamente, quería que un bombero macizo la cogiera en brazos —soltó mi hermana Leire.

—Pues el próximo incendio me toca a mí, que yo también necesito unos brazos fuertes que me recojan —me riñó Toni moviendo el dedo en signo de negación. Mi padre suspiró y a mi madre se le escapó una sonrisa discreta — Ya me pasarás el teléfono de ese macizorro, Andrea me ha dicho que lo conoces.

Andrea saltó para darle un coscorrón que le sacó una exclamación de dolor. Aunque yo seguía sin entender nada cambiaron rápidamente de tema. Nos pasamos un buen rato explicando cómo lo habíamos vivido, riendo con las ocurrencias de Toni y lamentándonos por lo que nos podíamos encontrar cuando saliéramos del hospital. Así fue hasta que mi padre, como buen médico, les invitó a salir de la habitación aludiendo a mi necesidad de descanso. En mi soledad me refugié en el móvil y me puse a mirar las noticias relacionadas con el incendio que habían aparecido en los medios locales. En algunos se mencionaba que “*la heroica intervención del Real Cuerpo de Bomberos de Málaga consiguió evitar más daños personales, los cuales se resumieron en media docena de heridos leves, uno de ellos aún sigue en observación en el hospital pero fuera de peligro*”. En uno de esos medios se ilustraba la noticia con una foto tomada desde lejos en la que un bombero aparecía por la puerta del edificio con una persona en brazos. No se distinguía la cara del bombero con las máscaras y el casco pero sí que pude identificar el pijama de flores rosas que tanto me gustaba.

Cuando ya había pasado más de una hora desde que se habían ido todos, estando perdida en mis pensamientos, oí que llamaban a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció ante mí un hombre alto y fuerte. Llevaba el pelo rubio muy cortito, con un pequeño mechón en la frente y los ojos de un marrón muy clarito, como la miel. Su cara me resultaba muy familiar pero no acertaba a saber por qué.

—Hola Margarita —fue lo único que dijo antes de cerrar la puerta y acercarse a mi cama.

—Hola. Tú debes ser el bombero que me salvó ¿verdad? Mi amiga Andrea me dijo que habías pasado un par de veces a verme y que probablemente volverías. También me dijo que nos conocemos pero ahora mismo no sé de qué...

Él no dijo nada de momento. Se limitó a sonreír. Se acercó a mi cama y me cogió la mano en un gesto de cercanía que no esperaba. Mientras, mi cabeza seguía buscando ese rostro entre mi lista de amistades y conocidos sin éxito. Supongo que mi cara de sorpresa le hizo reaccionar.

—Tú me salvaste una vez. Ahora me tocaba a mí, mi heroína —y levantó mi mano para depositar un cálido beso en ella.

5

Pasé un par de días más en el hospital, hasta que mi padre se convenció totalmente de que no tenía nada y que estaba en condiciones de volver, aunque no hubiera ningún sitio al que volver. Apenas una leve contusión que ya no me dolía y una receta de reposo para unos días más. Al día siguiente del incendio nos avisaron que podíamos entrar a buscar nuestras cosas, pero que el edificio estaba en muy malas condiciones y nadie podía volver hasta que no estuviera todo reformado y en orden. Por lo que nos explicaron el incendio había afectado a cuatro plantas, entre ellas la nuestra, aunque las llamas no habían llegado a entrar en nuestro piso ni en el de Toni. Por supuesto había que reponer la puerta que los bomberos se vieron obligados a echar abajo. La estructura central del bloque se había resentido y había riesgos de desprendimiento, por lo que tuvieron que apuntalar varias viviendas. Nos enteramos de que el origen del fuego pudo ser un cortocircuito que prendió las cortinas y desde allí se extendió por todo el piso. La Sra. Dolores estaba tranquilamente en la cocina preparando uno de sus famosos pasteles de tres chocolates y viendo uno de esos aburridos programas de cotilleos cuando vio entrar el humo y sintió el olor a quemado. A los bomberos los había avisado el vecino del 4ªA, cuando la Sra. Dolores se plantó en su puerta asustada por el fuego. Mis padres habían acogido a Andrea y Toni provisionalmente ya que tenían habitaciones libres de sobra teniendo en cuenta que ni David ni Leire ni yo vivíamos ya con ellos. Sabíamos que nuestros pisos no estarían listos durante un tiempo pero a mí no me alegraba especialmente la idea de regresar a casa de mis padres. Me había acostumbrado a tener mi intimidad y a ser independiente y aquello podía interpretarse como un paso atrás. Mis padres tenían algunas propiedades que incluían un pequeño piso de dos habitaciones no muy alejado del centro de la ciudad. Era un piso de unos sesenta metros cuadrados dentro de una comunidad de bloques bajos con piscina privada y jardín. La mayoría de las viviendas se alquilaban a los turistas. Mis padres también lo tuvieron alquilado una temporada pero después se lo cedieron a David cuando éste decidió que debía independizarse. Tres meses le bastaron para quejarse de que era demasiado pequeño para él y se cambió a otro más grande, gracias al apoyo económico de papá, aunque ellos lo negaron siempre.

No me costó demasiado convencer a papá de que nos lo cediese por una temporada. Así que nos fuimos los tres a vivir allí. A la mañana siguiente, con la ayuda de Nil y Manu, trasladamos todas nuestras cosas, básicamente la ropa y pertenencias que habíamos recuperado de nuestros pisos bajo la supervisión de la policía local. No necesitábamos mucho más, ya que el piso estaba totalmente amueblado y equipado.

—¿No es estupendo? Vamos a vivir los tres juntitos —recordó Toni mientras se acomodaba.

—Pero qué dices tarado, si antes también lo hacíamos, te tirabas todo el día en nuestra casa.

—Bueno sí, eso es verdad.

—Solo te faltaba ocupar una habitación para dormir.

—Ja ja y ja, mira cómo me río pendón —se burló Toni dándose golpecitos en el pecho con la mano abierta —Oye Maggie, es genial que tus padres nos hayan dejado este pisito. No sabía que tus viejos estaban tan forrados.

Andrea y yo teníamos que compartir una habitación con dos camas idénticas, separadas por una única mesita de noche y un armario al fondo. Tuvimos que hacer juegos de manos para conseguir meter toda nuestra ropa en él. Nuestro único consuelo era saber que se trataba de algo temporal. Nuestra habitación daba pared con pared con la de Toni y lo escuchábamos cantar y soltar tacos de vez en cuando. Cuando aún estábamos peleándonos con el armario asomó la cabeza.

—¡Ay chicas, me muero! ¡Menudo verano vamos a pasar! Ya estoy pensando que nos bañaremos los tres desnudos por la noche en esa piscina tan chula.

Se me escapó una sonrisa por la ocurrencia de Toni, pero al ver la cara de Andrea y comprobar que era todo un poema tenía la certeza de que algo le iba a contestar.

—¿Pero tú estás tonto? ¿Cómo nos vamos a bañar desnudos? —y le lanzó un bolso que estaba acabando de guardar a la cabeza.

—A ver Andreita, mi *arma*, que tampoco me pones hija. Ni que fuera la primera vez que te veo desnuda. No tienes nada que no haya visto antes ya y

preferiero antes al barrigón del estanco.

Ya no pude aguantar más y estallé en carcajadas. Toni no tardó mucho en unirse.

—Toni, cariño. Andrea antes de bañarse desnuda se pone un traje de neopreno y un pasamontañas.

—No digas tonterías Maggie, yo me baño en bañador.

—Tú lo has dicho corazón, en bañador. No tienes ni un triste bikini con ese cuerpazo que tienes.

—Oh my God! ¿Qué estás diciendo? —Toni se llevó las dos manos a la cara fingiendo estar escandalizado.

—Pues lo que oyes, que del bañador no la sacas.

—Pues eso no puede ser, un día de estos vamos de *shopping*. Ese cuerpazo hay que lucirlo cielo.

—Sí claro, lo que vosotros digáis, no te fastidia...

Toni y yo no podíamos parar de reírnos acosta de Andrea, solo con verle la cara.

Acabamos de colocar nuestras cosas. Andrea y Toni se fueron a comprar algo de comida mientras yo quitaba un poco el polvo y repasaba que todo estuviera en condiciones. Algo cansada por todo el traslado me tumbé en la cama a descansar. Cerré un poco los ojos y recordé la conversación con Álex en el hospital. Tenía la sensación de que todo había formado parte de un sueño: el incendio, el rescate, él apareciendo junto a mi cama... Me había llamado Margarita, como cuando éramos unos críos. Excepto mis padres hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Margarita. Todos me llamaban Maggie, especialmente mis amigos y mis hermanos. Yo odiaba el nombre de Margarita desde el día en que él se marchó. Estaba enfadada con el mundo y pedí que todos me llamaran así.

—¿Cuánto tiempo hace que volviste a Málaga?

—Un año, ¿te molesta que esté aquí?

—¿Por qué dices eso?

—Siempre que arrugas así la nariz es porque estas enfadada o molesta. Han pasado muchos años pero aún recuerdo esas cosas.

—Pues mira, ahora que lo dices sí lo estoy. Llevas un año en Málaga y ni se te ha pasado por la cabeza venir a verme. Sabes perfectamente donde viven mis padres.

—Lo siento, perdóname. Claro que se me ha pasado por la cabeza buscarte, pero mi padre murió hace nueve meses y mi vida fue un caos al principio, entre el nuevo cargo y los traslados.

—Siento lo de tu padre. ¿De verdad no has tenido cinco minutos para avisarme de tu regreso? Claro que también era de esperar después de veinte años sin noticias tuyas. Ni siquiera una carta, una llamada, una señal de humo para saber que estabas vivo.

—Pensé hacerlo, de verdad, pero hacía muchos años que no hablábamos y éramos muy pequeños cuando me fui. Estaba colapsado con la muerte de mi padre, el traslado... No sabía si te acordarías de mí. Tal vez ya tuvieras tu vida montada, no sé, con un marido y niños...

—¿Por qué has vuelto?

—Siempre quise volver aquí. Fue aquí donde pasé los mejores años de mi vida, hice amigos, estabas tú...

—¿Lo sabían Manu y Andrea?

Silencio.

—Ellos sabían que estabas aquí y no me lo dijeron.

—Hablé con Manu hace un par de semanas. Ya no podía soportarlo más y conseguí su número gracias a un compañero. Pensé que me sería más fácil hablar con él primero. Le pregunté por ti pero le pedí que no te dijera nada porque aún no estaba preparado.

—Muy bonito por tu parte.

—Resulta que no te lo contó a ti pero sí a Andrea. Se lo dijo la noche antes del incendio. Así que Andrea me llamó a media mañana y quedamos para tomar un café. Me amenazó con matarme si no se me ocurría aparecer, ya sabes cómo es —rió ligeramente pero al ver mi cara se le borró de golpe —El caso es que me escapé un momento del trabajo y nos vimos. Imagínate nuestra sorpresa cuando me llamaron de la central y nos avisaron de que vuestro edificio estaba en llamas.

—Tú eras el amigo con el que había quedado...

Asintió.

—Creo que necesito descansar.

—Está bien Margarita.

—Maggie. Desde el día en que te fuiste dejé de ser Margarita, ahora soy Maggie.

Asintió con la cabeza y sin decir nada más se marchó. En ese momento sentí un pinchazo en el pecho y no era por el incendio. Álex, mi Álex, mi mejor amigo de la infancia habían vuelto. Ya no era un chico regordete con gafas. Era alto y con unos brazos impresionantes. Su pelo seguía siendo rubio y tenía esos ojos color miel que tanto me gustaban. Se había convertido en un hombre. ¡Y menudo pedazo de hombre virgencita!

6

—¡Ay niñas, se me ha ocurrido una idea! —soltó de golpe Toni sobresaltándome por el grito que había dado —¿Por qué no salimos el sábado para celebrar que no morimos carbonizados?

—Me parece una buena idea. Necesitamos una buena fiesta pero por favor no pegues esos gritos, pensaba que te había pasado algo.

—Tú lo que necesitas es otra cosa Maggie, aparte de una buena fiesta.

La semana pasó muy lentamente. En la oficina había corrido la noticia de mi rescate como la pólvora y los clientes más habituales se interesaron por mi estado. Algunos pedían más detalles de cómo había sido el rescate pero me excusé diciendo que había trabajo por hacer y que vagamente recordaba nada de ese día. A los pocos días ya había regresado a la rutina más absoluta. Las tardes eran diferentes. Ya estábamos acostumbradas a tener a Toni cerca pero ahora lo teníamos viviendo con nosotras. Él sabía cómo hacerte desconectar del trabajo: de aquella entrevista que no había ido del todo bien con un cliente o de aquella reunión en que los jefazos aprovechaban para sacarnos hasta la última gota de sangre. No había vuelto a tener noticias de Álex desde el hospital. Manu me dijo que le había mandado un mensaje de texto para que supiera que estaba bien, que había salido del hospital y que nos habíamos instalado los tres en otro piso. Yo me debatía entre si era mejor así, sin tener noticias, o si llamarlo y que nos pusiéramos al día de una vez. Al fin y al cabo me había salvado la vida. Claro que visto de otro modo solo hacía su trabajo... El cacao mental que tenía en la cabeza era impresionante. Necesitaba una buena juerga.

Sobre las 9 ya estábamos todos arreglados. Yo me puse un vestido palabra de honor de color rojo que se adaptaba a mi cuerpo como una segunda piel. Me hice un moño bajo con algunos rizos sueltos y maquillaje algo suave. Lo único que me pinté más fue los labios de un rojo pasión a juego con el vestido.

—Eres toda una belleza, lástima que a mí me gustan las porras y no las almejas —Toni era todo un poeta cuando quería.

—Y luego soy yo la bruta.

—¡Venga nenas, vamos a divertirnos!

Manu hacía rato que nos esperaba sentado en el sofá viendo un partido de fútbol en la tele. Un repaso rápido para dar su aprobación y todos a la calle. Cogimos el coche de Andrea, normalmente era la que menos bebía y teníamos un buen trozo para ir caminando hasta nuestro destino. Habíamos quedado con todos los demás en un bar del centro. Primero tapearíamos algo y luego iríamos al pub donde trabajaba Nil, que aquella noche libraba y se había apuntado a la salida.

—Helloooo, ¿pero qué bombonazos tenemos aquí? —volvió a decir Toni al ver al resto del grupo en la puerta del restaurante. —Y que sepas Leire que lo digo por estos muchachotes, cada día están más de toma pan y moja.

La cena fue transcurriendo entre las ocurrencias de Toni, las confidencias de mis hermanos Leire y Nil y los chistes que Manu explicaba entre tapa y tapa. Todo bien mojadito con unas cuantas jarras de cerveza, lo que fue contribuyendo a que las risas no decayeran en ningún momento. Nil era mi espía en casa de nuestros padres. Me tenía al día de todo lo que sucedía y de lo que ellos comentaban a nuestras espaldas, para bien o para mal. Me explicó lo mucho que habían cambiado las cosas desde que falleció nuestra Nana y de lo mucho que la echaban de menos. Leire nos contó que hacía un par de meses que salía con un compañero de la universidad pero que no tenía muy claro si de verdad se sentía atraída por él y estaba pensando si lo mejor era dejarlo. David iba a lo suyo. Fardaba con Manu de su nuevo móvil mientras Andrea no le quitaba ojo de encima. Y Toni, en fin, Toni era Toni. Por suerte ya estábamos todos acostumbrados a sus salidas. Álex no apareció en la conversación en ningún momento aunque yo tenía la sensación de que en cualquier instante entraría por la puerta, me daría dos besos y se sentaría animadamente a charlar con nosotros, como si nunca se hubiese marchado.

Sobre lasdoce y media nos marchamos hacia el pub. Estaba un poco lleno al ser sábado pero Nil se había encargado de reservarnos una mesa. Una vez sentados Manu, David y Nil nos preguntaron que queríamos tomar y se acercaron a la barra a buscar las bebidas. Una de las especialidades de la casa eran los gin —tonics así que todos pedimos lo mismo menos Andrea claro, ella quería un refresco.

—Virgencita del amor hermoso.

—¿Qué pasa Toni?

—En la mesa del fondo hay tres hombretones que los lamería enteritos.

Me giré sin ningún disimulo para ver a esos chicos que decía Toni. No me lo podía creer. Era verdad, estaban de infarto y para comérselos, pero uno de ellos era Álex. Como si me hubieran dado un golpe muy fuerte volví a girar la cabeza con la esperanza de que no me hubiese visto.

—Por favor disimulad un poco, que no nos vean —rogué agazapándome en mi asiento como una tortuga en su caparazón.

—Tarde —me informó Andrea —vienen para aquí.

—¡Ay Virgen de la Macarena, que vienen! Yo me desmayo.

—Deja de hacer el pánfilo, por favor Toni.

En unos segundos ya estaban junto a nuestra mesa.

—Buenas noches a todos. Hola Margarita.

Álex enseguida notó como ella arrugaba la nariz.

—Perdón, es la costumbre: Maggie.

—Bueno, bueno, bueno ¿no nos presentas? —Se adelantó a decir Toni.

—Sí, claro. Toni, él es Alex, fuimos amigos de niños. Es uno de los bomberos que nos salvó.

—Ay, que me muero, ¿fuiste tú?

Álex comenzó a reírse al oír hablar a Toni.

—Sí, fui yo, con mucha ayuda por supuesto.

—Pues eso Álex, él es Toni, un buen amigo. A Andrea y Manu ya los conoces —justo en ese momento regresaban con las bebidas y Manu le dedicó un breve saludo con la cabeza que no me pasó inadvertido. — Y ellos son mi hermana Leire y mi hermano Nil.

—De Leire me acuerdo, aunque ha cambiado mucho, por supuesto.

—Y a David ya lo conoces.

Se hizo una pausa incómoda de un minuto en el que todos nos miramos los unos a los otros sin saber bien que decir. Hasta Toni estaba callado y ya

era mucho decir. Me fijé en los dos hombres que acompañaban a Álex. Realmente me fijé tanto que a Álex no pareció hacerle mucha gracia pero por fin cayó en la cuenta de que no los había presentado.

—Sí, perdonad. Ellos son dos amigos del trabajo. Él es Javier, fue el que habló contigo el día del incendio. Y él es Darío.

Todos se saludaron, las chicas con dos besos y los chicos con un apretón de manos.

—¿Os sentáis con nosotros? —preguntó Leire —Estamos celebrando la mudanza de estos tres y que están sanos y salvos.

—Sí, venga bombones, que os debemos una por vuestra ayuda.

Ante la presión popular y a pesar de mi cara de circunstancias decidieron sentarse con nosotros. Cuando pedimos la tercera ronda yo ya iba más que alegre y me disculpé porque ya no podía más y necesitaba con urgencia ir al baño. Tuve suerte y no había nadie haciendo cola, así que hice pis y me refresqué un poco, ya que tenía bastante calor. Nada más salir noté que una mano me cogía fuertemente de la muñeca.

—Hola cariño, te he echado de menos. ¿Quiénes son esos payasos que están contigo?

—No me llames cariño Leo, yo no soy nada tuyo. Y suéltame que me haces daño.

—Sí, claro que lo eres. Sigues loquita por mí, igual que yo de ti —estaba borracho, notaba su aliento a alcohol a un palmo de mi cara. Retrocedí un par de pasos hasta que mi espalda encontró la pared. Leo extendió sus brazos a cada lado de mi cabeza y se acercó con intención de besarme.

—Quiero que me dejes en paz Leo. Tú y yo acabamos hace tiempo. Estás borracho. No quiero que vuelvas a ponerme tus manos encima —lo empujé con ambas manos pero apenas pude moverlo unos centímetros.

—Siempre te ha gustado que te toque, cariño.

—Eres un cerdo. Te he dicho miles de veces que no te vuelvas a acercar a mí.

—Sé que quieres hacerte la difícil pero en el fondo deseas estar conmigo.

—Estoy con alguien ¿te enteras?

Eso pareció que le hizo mucha gracia pues se puso a reír a carcajadas. Lejos de alejarse de mí volvió a cogerme la mano.

—Sí, claro mi vida, invéntate otra cosa. No te he visto con nadie.

—¿Me has estado siguiendo? Tal vez deberías fijarte mejor capullo.

Me deshice de su agarre y volví con los demás. Notaba la mirada de Leo clavada en mí y no pensé, ni yo misma entendí bien por qué pero nada más llegar a la mesa cogí a Alex y lo comencé a besar. Al principio se quedó inmóvil mientras lo besaba, tan sorprendido o más que el resto de los presentes. Toni se tapaba la boca con la mano y a Andrea se le cayó la copa de la mano y se estampó contra el suelo, pero nadie reaccionó. Tras la sorpresa inicial Alex decidió seguirme el juego y se pegó a mi cuerpo. Por encima de su hombro pude ver a Leo a unos metros de allí con cara de rabia y odio. Yo sabía por esa mirada suya que eso no iba a ser suficiente para que desistiera pero serviría por esa noche. Salió hecho una furia del local. Tardé en soltar a Alex porque la verdad era que el beso me estaba encantando. Tal vez porque necesitaba una muestra de amor o tal vez por el alcohol, pero lo cierto es que no lo habría soltado nunca. Pero en un segundo volví a recobrar la consciencia de lo que estaba sucediendo y me separé de él como si su cuerpo me quemara. Inmediatamente les pedí a Toni y a Andrea si podíamos irnos porque no me encontraba del todo bien y no quería encontrarme otro incendio al día siguiente.

—El incendio ya lo has provocado tú —me susurró Toni al oído mientras se dirigía a la salida.

—Perdona por el beso. No era mi intención —me despedí de Alex.

—A mí me ha parecido muy intencionado —sonrió.

—Lo siento. Prometo que te lo explicaré todo. En otro momento.

Y salí por la puerta dejando a Alex totalmente descolocado y, probablemente, con un buen calentón.

7

Esta vez no haría falta que ni Toni ni nadie me despertara a gritos. No había podido dormir nada. No paraba de darle vueltas a todo lo que había pasado en los últimos días. Estaba lo de Leo. Me había estado escribiendo mensajes y llamándome a todas horas, hasta tal punto que unas semanas atrás me vi obligada a cambiar de número. Eso no acabó con la pesadilla. Desde entonces se había presentado en mi trabajo una docena de veces y en mi casa otras tantas. Hasta le cogí miedo a llegar sola de noche por encontrarme con él. Desde que el piso se había quemado no conocía mi dirección. Hasta esa noche. Me había seguido hasta el pub. No sé cómo me había encontrado pero su mente enfermiza era capaz de cualquier cosa. Andrea me había dicho en más de una ocasión que tenía que denunciarlo pero yo sabía que eso no solucionaría el problema. Con el cambio de número y el piso creí que me había librado de él. Estaba claro que no. ¿Qué estaba esperando de mí? ¿Cuándo me dejaría en paz?

Por otra parte estaba Álex. Yo creía estar convencido de que le había besado para sacarme a Leo de encima pero ¿era eso realmente cierto? ¿Qué impresión tendría de mí? Nos pasamos veinte años sin vernos, se presenta por sorpresa en una situación delicada para salvarme y yo no le doy ni las gracias, encima le digo que se marche y tras varios días sin hablarnos le suelto un beso en los morros sin mediar palabra. ¡Madre qué lío! ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho?

—¿Qué he hecho, Toni?

Toni y yo estábamos estirados en el sofá en sentidos opuestos, de manera que mis pies estaban cerca de su cabeza y viceversa. Andrea aún dormía.

—Pues hija está bien clarito: le comiste todos los morros.

—No puede ser, no puede ser.

—Anda ya, no seas tan melodramática.

—No sé lo que me pasó Toni.

—Pues no tiene mucho misterio chica, tu huevo pide sal y ese macizo estaba dispuesto a dártela.

—Pero Toni, ¿que no lo entiendes? ¡Es Álex por Dios!

—¿Y?

—Pues que fue mi mejor amigo durante mi infancia y hemos estado veinte años sin vernos.

—¿Y eso que tiene que ver ahora? Habéis crecido y os gustáis, saltan chispas cuando estáis juntos, no pasa nada por darte un homenaje con él.

—No es eso Toni. Leo me abordó en el lavabo.

—¿Leo tu ex?

—Sigue obsesionado conmigo y no sabía qué hacer para quitármelo de encima.

—Ya. Y el hecho de que sea un hombre fuerte y guapo no tuvo nada que ver.

—No, no y no, Toni. Sí, está como un queso y tiene unos ojos preciosos pero no nos gustamos.

—Pareces tonta hija, si vieras con que carita te miraba anoche.

—Porque me debe tener cariño.

—Chata, cariño es lo que me tiene mi tía Jimena, la mirada de Álex era de deseo.

—Anda ya y no digas más tonterías Toni —le tiré un cojín a la cabeza.

—Sí sí, tonterías. Si tú lo dices... pues yo sé de uno que si lo dejan se va a comer un bombón de café con leche con un cuerpo de escándalo, pero como nos hiciste salir corriendo...

—Yo... no. ¿Conociste a alguien?

—Sí. ¡Virgencita que hombre!

—No me dejes con la intrigazorrasca, ¿qué pasó? — me incorporé quedando sentada junto a Toni.

—Pues anoche, cuando fuiste al baño, fuimos los dos a la barra a pedir otra ronda, intercambiamos unas palabras y me dio su número de teléfono — empezó a saltar por todo el comedor dando palmas entusiasmado.

—Ojo Toni, que igual es para otra cosa.

—Sí claro, me lo dio para quedar a jugar al parchís, ¡no te jode! Además,

esta mañana me ha escrito.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que está deseando volver a verme y que a ver cuando me iba bien quedar un día de estos.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo, chocho. He conocido a un mulato de infarto.

—Bueno al menos alguien de nuestro grupo triunfó anoche...

Los dos nos echamos a reír y nos acomodamos más en el sofá. Pusimos la típica peli cutre de domingo por la tarde en la tele y nos hicimos unas palomitas en el microondas. Que nadie pregunte de qué iba la peli porque en lo único que yo podía pensar era en el beso que le había dado a Álex.

8

El irritante ruido de mi despertador taladrándome los oídos me hizo darme cuenta de que ya era lunes y tocaba volver al trabajo. Maldije un buen rato al cabrón que inventó los lunes mientras mis ojos se acostumbraban a la escasa luz de la habitación. Andrea dormía plácidamente en la otra cama, así que me incorporé con cuidado de no hacer excesivo ruido. Eran las seis de la mañana. Aquella noche había caído rendida después de no haber podido dormir el día anterior. A tuestas recogí mis zapatillas y el móvil y me marché sigilosamente al baño. Al llegar al baño y mientras me lavaba los dientes revisé los mensajes que había recibido. Un par de videos tontos que me había mandado Manu, algún que otro *meme* de parte de mi hermanito Nil y varios comentarios en el grupo del trabajo. Y también un par de mensajes de un número desconocido. Temiendo que fuera Leo decidí no abrirlos. Al pensar en Leo me vino a la mente el beso con Álex. Me quedé congelada frente al espejo, cepillo en mano, sin observar mi propia imagen, pues mi cerebro estaba concentrado en ese beso. Noté que se me erizaba el pelo. Intenté sacarme ese pensamiento de la cabeza y centrarme en vestirme o llegaría tarde. Una ducha y rápida y corriendo a buscar mi dosis diaria de cafeína a la cocina. Sin un buen café por la mañana no era persona. Toni me esperaba con una taza en la mano que me ofreció nada más verme.

—Buenos días corazón, toma tu café.

—¡Cuanta amabilidad por las mañanas! Cuando te ofrecimos venir a vivir con nosotras no era para que nos preparases el desayuno cada mañana pero gracias. ¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

—No, para nada, solo estoy feliz. Anoche estuve dos horas hablando con mi mulato macizo. Suerte de la tarifa plana si no tendría que ir a verte a la oficina para pedir un crédito. ¿Existe el crédito para llamadas de enamorados?

—Creo que no pero tomaré nota para la próxima reunión de directivos — sonreí antes de tomar un sorbo del café que me había preparado Toni —Ya decía yo que tanta amabilidad no era normal en ti a estas horas.

Toni es una de esas personas que recién levantado tiene un humor de mil

demonios. Dejé la taza vacía en el fregadero y cogí la chaqueta y el bolso para marcharme. Toni me reclamó cuando estaba a punto de abrir la puerta.

—Oye Maggie, ¿hoy saldrás puntual?

—Tengo algunas cosas pendientes pero pueden esperar. ¿Por qué lo preguntas?

—Había pensado en pasar a recogerte para ir a comer.

—Vale, me parece bien. Se lo comentaré a Manu a ver si se apunta.

—Perfecto chocho, nos vemos luego entonces.

—Hasta luego loca mía.

Un beso a modo de despedida y salí del piso algo acelerada. Odiaba llegar tarde al trabajo. Manu ya estaba en la oficina cuando llegué. Un breve saludo, alguna pregunta incómoda que preferí esquivar y directa a mi despacho a rodearme de papeles. Sobre mi mesa había varios listados que me habían dejado para revisar. Me acomodé, encendí el ordenador y comencé a repasar mi agenda para organizarme. Al cabo de una hora más o menos llamaron a la puerta del despacho. Manu abrió y asomó solamente la cabeza.

—Maggie, ¿estás ocupada?

—Pasa Manu. Estaba acabando de repasar estos listados. Hasta dentro de diez minutos no he quedado con el Sr. Gutiérrez. ¿Qué necesitas?

—Acaba de llegar esto para ti.

Manu abrió la puerta completamente y entró con un bonito ramo de flores amarillas.

—¿Y esto?

—No sé, dímelo tú. ¿Qué me he perdido? ¿Algún admirador secreto? — me entregó un sobre pequeño sin nada escrito.

—No que yo sepa. Seguro que serán del imbécil de Leo. Está muy pesado. El sábado me lo “encontré” en el pub.

—¿Por eso te fuiste tan rápido? ¿Te hizo algo, Maggie?

—No, tranquilo. Ya hablaremos luego. Ahora tengo mucho trabajo.

—A sus órdenes, jefa.

Manu salió del despacho y yo me quedé mirando el sobre que me había

entregado, dudando si abrirlo. Decidí que no pasaba nada por saciar mi curiosidad y lo abrí. Había una nota doblada por la mitad y escrita a mano.

“Sigo pensando en ese beso tan dulce que me diste. ¿Podemos quedar para hablar, Margarita? Álex.”

Me puse tan nerviosa que la nota se escurrió entre mis dedos. Puse las flores sobre un mueble bajo que tenía en mi despacho, apartando una pila de carpetas. Me quedé perdida en mis pensamientos analizando las palabras escritas en aquella nota mientras miraba el bonito ramo. Me imaginé a Toni a mi lado diciéndome algo como: “¿Lo ves ahora como Álex también quiere salsa?” Me lo imaginé moviendo las caderas mientras pronunciaba la palabra “salsa”. Recordé que le había prometido a Álex una explicación de lo sucedido pero tampoco sabía realmente qué le iba a explicar. Estaba totalmente embobada hasta que el repentino sonido del teléfono, que en aquel momento me pareció excesivamente estridente, me sacó de mis cavilaciones. Lo cogí pero no dije nada.

—Ha llegado el Sr. Gutiérrez, ¿le hago pasar? —era Manu, mi cliente había llegado.

—Sí, sí, claro —contesté como un robot sin saber exactamente de qué estaba hablando.

Después de la reunión con el Sr. Gutiérrez salí a desayunar algo a una cafetería que se encontraba justo enfrente de la oficina. Pedí un donut y un zumo y repasé de nuevo los mensajes. Había recibido un nuevo mensaje de aquel número que no conocía. No sabía si estaba preparada para más sorpresas ese mismo día pero era mejor quitarse la duda de si Leo tenía ya mi nuevo número. Si era así tal vez me plantearía denunciarlo por acoso, aunque de sobras sabía que eso no serviría para nada. Abrí los mensajes. No eran de Leo. Eran de Álex. Los dos primeros los había enviado la noche del domingo. Me preguntaba cómo estaba y me explicaba que Manu le había dado mi número. Me decía que por favor no me enfadara con él pero que después de lo que había pasado necesitaba hablar conmigo. Insistía en que se había pasado el domingo dándole vueltas a la cabeza y se disculpaba por si había hecho algo que me hubiese molestado. Era curioso porque yo pensaba que la que quizás había hecho algo para molestar al otro era yo. Al fin y al cabo fui yo la que me abalancé sobre él sin previo aviso. El otro mensaje lo había recibido

solo unos minutos antes. Me preguntaba si me habían gustado las flores e insistía en que tenía que hablar conmigo.

Reflexioné durante un buen rato con el móvil en la mano. Apunté mi dedo hacia el botón de “borrar mensaje” pero me arrepentí y lo retiré para morderme las uñas. Finalmente decidí aplazar mi respuesta. Me guardé el móvil en el bolso, me acabé el zumo y regresé a la oficina.

Durante los dos días siguientes no recibí ninguna otra noticia de Álex. No llegué nunca a contestarle sus mensajes. Me sentía mal porque seguramente no se lo merecía pero también recordé que se había pasado veinte años sin querer saber nada de mí, que llevaba un año en la ciudad y no se había pasado a saludar y que había hablado con mis amigos a mis espaldas. Me balanceaba en una cuerda entre la culpa y el enfado y me podía caer para cualquiera de los dos lados. Y luego estaba el beso. Cuantos más días pasaban más echaba de menos volver a sentir esos labios.

El jueves, al volver de desayunar en la misma cafetería de todos los días escuché como un chico muy jovencito con un ramo de flores enorme preguntaba por mí.

—Estoy buscando a la señorita Margarita Fernández.

—Soy yo.

—Bien. Esto es para usted. ¿Puede firmarme aquí, por favor?

—Por supuesto.

Firmé y me metí corriendo en mi despacho con ese enorme ramo que casi no me dejaba ver en mis manos, intentando escapar de las miradas curiosas de clientes y compañeros. Por mucho que busqué esta vez no había ninguna nota. No me había dado tiempo de soltarlo cuando sonó mi móvil. Sin mirar quien llamaba y haciendo equilibrios con el ramo me lo acerqué al oído y descolgué.

—¿Diga?

—No has contestado mis mensajes Maggie. Ni siquiera me has dicho si te han gustado las flores.

—¿Álex?

—Sí soy yo. Como te he escrito varios mensajes y no me has respondido he pensado en darte la nota personalmente.

—Madre mía, pensaba que no tenía suficiente con un acosador y ahora tengo dos. —no me di cuenta en ese momento que lo había dicho en voz alta y tampoco sé por qué lo dije. Sabía que Álex no era ningún acosador y en el fondo me moría de ganas de verle.

—¿Acosador? ¿Qué acosador? ¿Dos?

—Perdón, lo he dicho sin pensar. Olvídalo.

—¿Que olvide lo de verte?

—No, no, eso no. Lo del acosador.

—¿Realmente tienes un acosador? ¿O dos?

—No sé si será buena idea, Álex.

—Nunca es buena idea quedar con un acosador. ¿Demasiadas flores?

—No es eso.

—¿Entonces por qué no? Solo somos dos amigos que han estado mucho tiempo sin verse y tienen muchas cosas de las que hablar y ponerse al corriente.

Un momento para pensar antes de decir cualquier otra barbaridad.

—Bueno está bien —cedí —quedamos mañana para tomar un café.

—No, los viernes tengo guardia, ¿podría ser el sábado y para cenar? Un café no da para todo lo que tenemos que contarnos.

—Está bien. Quedamos el sábado para cenar. Pero el sitio lo elijo yo ¿hay trato?

—Trato hecho. Y me explicas lo del acosador. O acosadores.

—No vas a olvidarlo, ¿no? El viernes te mando un *WhatsApp* con la hora y el lugar. Nos veremos allí y... Álex.

—¿Sí?

—No más flores de momento ¿vale?

—No más flores de momento. Tomo nota. De momento no —y colgó.

Yo me preguntaba qué era lo que acababa de pasar. ¿Teníamos una cita? No, claro que no. Solo dos amigos de la infancia para cenar y... Por primera vez acerqué la nariz para oler las flores y no me percaté de mi sonrisa de felicidad hasta que vi a Manu asomando por el cristal del despacho y

levantando el pulgar mientras se deleitaba con la escena.

9

Entré en casa como un tornado buscando a mis compañeros de piso.

—¡Andrea! ¡Toni! ¿Dónde estáis?

—En la cocina —escuché a Andrea responder.

—¿Qué te ha pasado chocho? Vienes súper nerviosa.

—Necesito sentarme —me senté en una silla de la cocina —¿Os acordáis de las flores que me mandó Álex el lunes? Pues hoy he recibido otro ramo: rosas blancas.

—El sueldo de bombero no debe ser malo... —dijo Andrea sarcásticamente.

—¿Blancas? ¿Sabes lo que significan las rosas blancas? —saltó Toni más acelerado aún de lo que lo estaba yo.

—Ni idea. ¿Es que ahora eres un experto en rosas?

—Yo imagino que las rosas rojas simbolizan el amor. Entiendo que las blancas deben significar amistad —expuso Andrea.

—No, no, no, mis inocentes criaturas. Las rosas rojas no significan solo amor, también un intenso deseo. Las rosa blancas simbolizan la pureza del amor. Quieren expresar que el amor es sincero y que se busca una relación formal y comprometida. Los amantes se regalan rosas rojas, los que desean una relación estable y duradera regalan rosas blancas.

—Yo creo que no se trata de nada de eso. Creyó que las rosas rojas serían ir muy a saco y optó por las blancas —opinión de Andrea.

—Es que eso no es todo. Me ha llamado cinco minutos después de recibir las rosas. O tenía muy calculada la hora de entrega o ese mensajero que las ha traído le ha avisado.

—¿Y qué te ha dicho ese dios griego?

—Toni, por favor.

—¿Qué? ¿Qué pasa? No estoy diciendo ninguna mentira, ese cuerpo esta para ponerlo en una exhibición.

—Pues ese dios griego me ha pedido cenar juntos este sábado.

—¿Una cita? ¿Y tú qué le has dicho?

—He tenido que decir que sí. Lleva toda la semana insistiendo y es cierto que tenemos cosas de las que hablar.

—Tú lo que quieres es que te meta la manguera.

—No seas bruto loca del demonio.

—Tú llámame bruto pero no me digas que no lo estás deseando.

—Venga ya, parad de decir cochinas —soltó Andrea roja como un tomate, como siempre que hablábamos de sexo.

—Saltó la puritana —me dijo bajito al oído Toni —Vale, vale, no digo nada más chicas. Me voy que me está esperando mi mulatito, ¡chaito chochos!

A medida que se acercaba la noche del sábado me iba notando cada vez más nerviosa, cosa que no entendía. Era solo una cena con un amigo de la infancia, no iba a pasar nada más. Andrea y Toni se pasaron toda la tarde del sábado mofándose de mí. Se me notaba mucho que estaba nerviosa y esos dos eran como tiburones cuando olían la sangre.

—Por favor Maggie para ya de dar vueltas, me estas mareando.

—Es que no puedo Toni, estoy muy nerviosa. Faltan solo tres horas y aún no sé ni qué me voy a poner.

—Tú tranquila *amoremío* que hasta con una bolsa de basura estas guapísima.

—Sí, guapísima.

—Pensaba que Andrea se quedaría a ayudarte a elegir el vestido.

—Sí, pero la han llamado diciendo que había surgido una emergencia en el hospital.

—Mmmmm.

—¿Y ese mmmmm?

—No, nada. Es solo que últimamente la noto un poco rara. No hagas caso, serán imaginaciones mías, aunque de todas formas hablaré con ella a ver qué descubro.

No quise admitirlo pero la verdad es que yo también notaba a mi amiga

bastante rara últimamente.

—¡Coño!¿Has visto la hora que es?Al lio que al final vas a llegar tarde.

—¡Joder loco, que susto me has dado con ese grito!

A partir de ahí empezó una larga sesión de encontrar un vestido. Desmonté todo mi armario delante de Toni, descartando infinidad de vestidos que fui arrojando sobre la cama. Bien porque ya ni me lo planteaba o bien porque cuando se los presentaba a Toni ponía cara de estar comiendo limones. Finalmente coincidimos en aceptar como válido uno muy ceñido color celeste que iba cogido al cuello. Acababa justo por encima de las rodillas y con una raja que dejaba ver parte del muslo. Me peiné con una cola baja y dejando que me cayera todo hacia un lado. Cuando Toni me lo vio puesto se cayó de culo y casi se hace heterosexual (según palabras textuales tuyas). Me dijo que, si yo quería, esa noche podía probar todas las mangueras de Málaga. Eso me hizo plantearme si era lo mejor para una cena entre amigos pero cuando me volví a mirar en el espejo me dije a mi misma “¡Qué diablos, ya no tenemos seis años!”.

10

Habíamos quedado a las nueve en un restaurante italiano que Toni me había sugerido. El motivo principal de elegir restaurante era escapar de las opciones habituales que Leo podía tener controladas. Me pasé todo el camino vigilando que nadie sospechoso me siguiera. Llegué al restaurante puntual. Era un sitio más bien pequeño pero acogedor. Le había pedido a Toni que no fuese un lugar demasiado lujoso sino más bien algo recogido. Eso restaba posibilidades de encontrarme alguien conocido, como mis padres. Álex ya había llegado y estaba sentado en una mesa al fondo mirándome fijamente. Estaba bastante pálido, quizás él estaba tan nervioso como yo.

—Hola Álex, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—No, hace cinco minutos que he llegado. Por cierto, estás increíble.

—Gracias, tú también estás muy guapo pero ¿te encuentras bien?

—Sí, increíble ¿por qué?

—Estás algo pálido.

—Eso debe ser porque me has impresionado al verte con ese vestido. Sinceramente después de nuestras últimas conversaciones pensaba que vendrías con una sudadera y pantalones deportivos, por si tenías que salir corriendo. Además también estoy un poco nervioso —confesó.

—Anda calla que me vas a sacar los colores. ¿Por qué crees que iba a salir corriendo?

—Porque han pasado semanas desde que descubriste que había vuelto y me has estado evitando. He tenido que mandarte dos ramos de flores y varios mensajes para disculparme y que aceptaras hablar conmigo.

—Entonces las flores eran para pedir perdón —recordé la explicación de Toni sobre el significado de las rosas blancas. —Creo que soy yo la que te debo una disculpa.

—¿Tú a mí? ¿Por qué?

—Por el beso del otro día.

—No tienes que pedirme perdón por eso. Sinceramente me encantó ¿a ti

no?

—No, bueno sí, pero no era mi intención, siento mucho haberte usado.

—¿Usado? No te entiendo.

—Es que... —el camarero nos interrumpió.

Repasamos durante un minuto las cartas que nos había dejado sobre la mesa sin pronunciar palabra. Yo ni siquiera tenía hambre, estaba más nerviosa de lo habitual. El camarero tomó nota de nuestros pedidos sin mucho entusiasmo y se marchó para que pudiéramos reanudar la conversación.

—¿Por dónde iba?

—Creo que te estabas disculpando por el beso.

—Sí, eso. Sé que suena mal pero no se me ocurrió otra cosa.

—Explícate Margarita, porque no entiendo nada.

—Quizá debería empezar por el principio. Cuando el sábado fui al baño me encontré con mi ex.

—¿Y quisiste darle celos conmigo? —ahora Alex me mira muy serio, como decepcionado.

—No, no, para nada. Yo por Leo no siento nada que no sea mucho odio. Estuvimos saliendo una buena temporada pero nuestra relación nunca fue fácil, era muy dominante y controlador. Llegó un punto en el que se volvió violento.

—¿Te ponía la mano encima?

—Sí, alguna vez, hasta que un día se le descontroló del todo y fue ahí donde abrí bien los ojos y lo dejé. Él no se lo tomó nada bien y desde entonces nunca ha dejado de molestarme. Pensaba que me había librado de él después de cambiar de móvil y con el nuevo piso pero sabe dónde trabajo. Seguramente me siguió en algún momento.

—Ahora entiendo lo del acosador.

—El sábado me abordó en el pub y no se me ocurrió otra cosa que decirle que tenía pareja.

—Creo que empiezo a entender.

—Me dijo que no me creía y no sé lo que me pasó por la cabeza. Y por eso...

—Por eso me besaste.

Agaché la cabeza algo avergonzada de haberlo utilizado y temiendo su reacción. Álex estiró el brazo sin decir nada y me cogió la mano. Sentí una fuerte corriente por todo mi cuerpo.

—No te preocupes Maggie. Te entiendo y sigo diciendo que me encantó, ha sido el mejor beso de mi vida.

Permanecimos así un buen rato, como si el tiempo se hubiera detenido de repente. El camarero, muy oportuno, nos sacó de nuestra burbuja al traer los platos mientras los nombraba. Noté que estaba roja como un tomate mientras Álex me soltaba la mano con delicadeza. Decidí cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿Tienes novia, alguna ex loca o algo similar?

Eliminada la tensión inicial Álex fue recuperando el color y las piernas dejaron de temblarme. Poco a poco la conversación se fue volviendo más amena y ambos nos fuimos soltando. Un par de botellas de Lambrusco rosado también contribuyeron a que así fuera. Él me explicó como habían ido las cosas desde que se marchó veinte años atrás.

—Cuando mi padre me dijo que teníamos que mudarnos se me cayó el mundo encima. Me pasé toda la tarde gritándole y maldiciéndole. Le supliqué que nos quedáramos, que había hecho amigos y que no quería volver a empezar de cero. Le dije que prefería marcharme con Pablo que seguir dando vueltas con él. Eso le dolió. Aguantando las lágrimas me dijo que ya había perdido dos hijos y que no quería perderme a mí también. Eso me dejó desconcertado y sin réplica posible. Simplemente me resigné. Él se sentó a mi lado y me dijo que tenía que ser fuerte por el bien de la familia. Después de instalarnos pasé una temporada muy hundido. Me pasaba los días alejado de todo el mundo. Continuamente le pedía a mi padre poder llamaros para saber de vosotros. Créeme que lo hice. No obstante mi padre se mantenía inflexible. Me repetía que no íbamos a volver a Málaga, que lo mejor era que me olvidara de vosotros e hiciera nuevos amigos. Pero yo fui incapaz de relacionarme con nadie. Me llevaron a varios psicólogos durante años. Con el tiempo me fui endureciendo. Me apunté a un gimnasio donde pasé largas sesiones de entrenamiento. Mientras me machacaba en el gimnasio no pensaba en nada más. Me servía para aislarme. Convocaron unas oposiciones para acceder al cuerpo de bomberos y me pareció una buena opción. Superé todas

las pruebas y me cogieron. Después me llegó la oportunidad de venir a Málaga y no me lo pensé. Me moría de ganas de saber de Manu, de Andrea, de ti. Quería saber cómo os había tratado la vida, cómo habíais crecido. Pero entonces sentí miedo. Habían pasado muchos años sin noticias mías. No sabía cómo ibais a reaccionar, tal vez ya no vivíais aquí, tal vez no me recordaríais... Me costó un tiempo comprender que yo ya no era aquel niño asustadizo que necesitaba protección. Estaba convencido cuando me llegó la noticia de la muerte de mi padre.

—Lo siento mucho Álex. Tuvo que ser un golpe duro —esta vez fui yo la que cogí su mano.

—Lo fue. Yo quería mucho a mi padre a pesar de todo. Mi madre se había quedado sola y yo no podía pensar en otra cosa. Todo lo demás dejó de ser importante. Lo entiendes, ¿verdad?

Por un momento volví a ver en sus ojos a aquel niño asustado del patio y me conmoví.

El resto de la cena acabó siendo muy divertida. No paramos de reírnos al recordar las vivencias de la infancia. Le expliqué anécdotas con Manu y Andrea y cómo conocimos a Toni. Sin darnos cuenta nos dieron las doce de la noche. Ya no quedaba nadie en el restaurante y el camarero nos esperaba con la cuenta en la mano y unas ganas de cerrar que no disimulaba.

—¿Cómo has venido? —me preguntó.

—Caminando. Son apenas quince minutos desde nuestro nuevo piso aunque confieso que lo de los tacones no fue una gran elección.

—Entonces mejor que vayamos a buscar mi coche. No está cerca pero seguro que te ahorro diez minutos de sufrimiento en los pies.

—Es complicado aparcar por esta zona.

—Si te apetece vamos dando un paseo hasta el coche y te acerco a casa.

—No quiero ser una molestia, Álex.

—Para nada, a mí no me cuesta nada y así puedo estar un poquito más contigo.

Sentí que volvía a sonrojarme. Y aún más cuando cogió mi mano y me invitó a acompañarle con un gesto de la cabeza. Caminamos así un buen rato,

en el que él me explicaba algunos aspectos de su trabajo de bombero y yo asentía sonriendo sin entender muy bien qué me estaba explicando, centrada solo en el contacto de su mano. Unos minutos después se detuvo junto a un Peugeot rojo que nos saludó con las luces.

—Hemos llegado. Este es mi coche.

Nos subimos en el coche y sentí una sensación rara al soltarme de su mano, como si me faltara algo. “Ciertamente a mí no hay quien me entienda”.

—Bueno, ¿quieres que te lleve a casa?

—Creo que aún es pronto y no tengo sueño. Tenemos tiempo de una última copa.

—¿Vamos al pub del otro día?

—Mejor no. Allí trabaja mi hermano Nil y después de lo que pasó el sábado no quiero arriesgarme a cruzarme con Leo otra vez.

—¿Prefieres que vayamos a tu piso?

—No sé si estará la loca de Toni allí. Preferiría algo más de intimidad. ¿Qué tal el tuyo? No me has dicho donde vives.

Se pensó la propuesta un rato. Creí que no estaba seguro si era conveniente dar ese paso. Puso la llave en el contacto y arrancó el vehículo.

—Te lo enseñaré entonces. Pero no te asustes si lo encuentras algo desordenado.

—Vivo con Toni, estoy curada de espantos, créeme.

Me tomé la libertad de poner la radio en marcha. Como si hubiera estado preparado empezó a sonar una canción de Carlos Vives que parecía dedicada a nosotros:

“Hoy pagué las cuentas
Arreglé un poco el jardín
Decoré con flores
Como te gustaba a ti
De comer chatarra ya dejé
Y de ver la tele hasta dormir

Dejé el cigarrillo ya no me sabe el café
Como a mí me gusta solo a ti te queda bien
Ya la bicicleta la arreglé
Y por ti empecé a estudiar francés
Y traerá tu amor la primavera
Y una vida nueva que aprender
Nada volverá a ser como ayer
Cuando nos volvamos a encontrar
No dejaré de contemplar la madrugada
No habrá más llanto regado sobre tu almohada
No habrá mañana que no te quiera abrazar
Cuando nos volvamos a encontrar”

Al escuchar esa canción las lágrimas pedían salir de mis ojos pero no quería que Álex me viera llorar. Ni yo misma sabía el motivo. Tal vez estaba más sensible por todo lo sucedido las últimas semanas. Veinte minutos y ninguna palabra después aparcamos junto a un edificio de cuatro plantas que no reconocía. Me indicó que habíamos llegado y tras asegurarse de que el coche estaba bien cerrado me guio hasta su piso.

Álex vivía en un ático de dos plantas, con un pequeño recibidor y un comedor enorme. La decoración era funcional, sin demasiados complementos. Algún cuadro en la pared y un jarrón con flores altas de plástico en un rincón, junto a una mesita baja donde había varias revistas desordenadas. Me recordó a la sala de espera de una consulta médica. Un televisor de muchas pulgadas presidía un mueble con pocos adornos. Apenas un póker de fotografías en las que aparecía él, sus padres y alguien más que no reconocí junto a un par más con compañeros de trabajo. En la planta baja, aparte de una amplia cocina con diversos cacharros sobre la encimera y un pequeño lavabo, no había más habitaciones. Deduje que los dormitorios debían estar en la parte de arriba. Me ayudó a quitarme la chaqueta y el bolso y me invitó con un movimiento del brazo a sentarme en el sofá.

—Mi surtido de bebidas es limitado pero espero que sea suficiente. ¿Qué

te apetecería tomar?

—Preferiría algo sin alcohol.

—¿Una cola?

—Me parece bien.

Desapareció en la cocina en busca de los refrescos mientras yo me quedé sumida en mis pensamientos. ¿Sería yo la primera mujer a la que llevaría a ese piso? No me había explicado nada de sus relaciones anteriores, claro que tal vez tampoco era asunto mío. Me repetí que él y yo solo éramos viejos amigos, pero cada vez que lo pensaba estaba menos convencida de que así fuera. Cuando regresó con los refrescos se sentó junto a mí y nos pasamos un buen rato hablando, sobre todo de mis hermanos. Álex quería saber cómo les iba. Él conocía a David de cuando éramos críos pero Leire era muy pequeña cuando él se fue y Nil ni siquiera había nacido aún. Le fui explicando cómo eran y lo que hacían. Veinte años se resumieron en unos pocos minutos mientras él me miraba fijamente, sin perderse detalle de lo que le relataba. Cuando me di cuenta y miré el reloj descubrí que no habían sido unos pocos minutos. Eran más de las tres de la madrugada. Las horas habían pasado volando. Me disculpé con él ya que consideré que debía marcharme.

—Te llevo, tu piso queda muy lejos —se ofreció.

—No te preocupes, cogeré un taxi.

Me levanté tan bruscamente que al hacerlo perdí el equilibrio y caí sobre él.

—Lo siento, he perdido el equilibrio —le dije avergonzada al ver cómo me está mirando.

—Shhhhhhh. No digas nada —me dijo dulcemente poniendo un dedo en mis labios. Noté como me apretaba hacia su cuerpo y enredaba una de sus manos en mi pelo antes de empezar a besarme.

En ese momento desistí de cualquier amago de resistencia. Ya no existía nada más a mi alrededor, solamente Álex. Una vez me repuse de la sorpresa inicial decidí abandonarme a mis deseos. Me senté a horcajadas sobre él y lo besé con más ímpetu. Era el momento de dejarse llevar, que pasara lo que tuviera que pasar. Se separó un instante de mí pese a mis protestas para levantarse y conducirme a la planta superior. Una vez allí nos tumbamos sobre

una amplia cama con él encima de mí y comenzó a desnudarme mientras iba besando cada zona de mi cuerpo que dejaba al descubierto.

—Eres tan dulce, Margarita —ni siquiera me importó que me llamara así, en aquel punto ya no podía pensar, me había rendido a mis instintos que me acuciaban por tenerlo dentro de mí.

Bajó lentamente hasta mi monte de Venus y comenzó a lamirme. Estaba muy excitada. Introdujo un dedo dentro de mí sin dejar de lamirme con su lengua. Me estaba volviendo loca, jamás había experimentado un placer así. Estaba llegando al límite y él lo sabía. Levantó la cabeza para decirme:

—Córrete en mi boca princesa, córrete.

No hacía falta nada más, mi cuerpo comenzó a convulsionarse y me abandoné a un orgasmo increíble. Me permitió un breve descanso de unos segundos mientras se quitaba la camiseta mostrándome su pecho desnudo, el cual yo iba acariciando entretanto se deshacía de los pantalones y la ropa interior. Volvió a besarme desesperado, ya completamente desnudo. No sé de donde apareció un preservativo que se colocó con destreza y de una sola estocada me penetró. Los dos comenzamos a gemir hasta que simultáneamente llegamos al clímax. Álex rodó junto a mí con la respiración acelerada. Me puso una mano en la mejilla y mientras me acariciaba me susurró al oído.

—Mi Margarita, mi dulce Margarita.

En ese momento comprendí de sobra que estaba perdida.

11

Me desperté temprano. Apenas eran las siete de la mañana. Nos habíamos quedado dormidos abrazados pero me había escapado de sus brazos protectores disimuladamente al notar los primeros rayos del sol entrar por la ventana de la habitación. Intenté hacer el menor ruido posible para no despertar a Álex. Me detuve un segundo para recrearme en su torso desnudo antes de recoger el vestido y la ropa interior del suelo. Me vestí con cuidado y descalza bajé las escaleras. Escuché un ruido y me quedé inmóvil esperando ver aparecer a Álex en cualquier instante. Sin embargo no pasó nada. Me puse los zapatos, recogí el bolso y la chaqueta y salí de allí con el máximo sigilo posible. Al llegar a la calle busqué mi móvil, llamé a la compañía de taxis y esperé su llegada impaciente, confiando que Álex no se presentase corriendo. El taxi tardó solo cinco minutos en llegar. En el asiento de atrás respiré aliviada mientras se ponía en marcha. Necesitaba reordenar mis pensamientos.

Toni estaba en la cocina cuando llegué, vestido con una camiseta ancha y en calzoncillos. Agachado estaba recogiendo unos cacharros del suelo. Al escucharme entrar se incorporó y me miró con expresión burlona.

—Buenísimos días pendona.

No contesté, simplemente resoplé con los ojos entornados y me apresuré a esconderme en la habitación. Me deshice del vestido como si estuviese en llamas, arrojándolo a un cesto de ropa sucia que necesitaba que lo vaciaran urgentemente. Busqué una camiseta larga para ponerme y unos pantalones de deporte cortos. Vestida así me senté en una punta de la cama y caí en la cuenta de no haber visto a Andrea. No estaba en su cama ni daba la sensación de que hubiera pasado la noche en el piso. Una pequeña luz de alarma saltó en mi interior. No era la primera vez que tenía alguna emergencia y regresaba tarde a casa pero ya eran más de las ocho de la mañana. Salí a preguntar a Toni, que seguía peleándose con algo pegajoso del suelo.

—Buenos días Toni, ¿qué has liado ya en la cocina?

—No es culpa mía. La culpa es de las tortitas saltarinas. Pensé en prepararos el desayuno a ti y a Andrea pero la masa se volvió loca y me atacó.

Una pesadilla, te lo juro.

—Hablando de Andrea, ¿sabes algo de ella?

—Sin noticias. Pero como últimamente tiene ese comportamiento tan raro... ya no me extraña nada.

—Creo que voy a llamarla, me da miedo que le haya pasado algo.

Me marché en busca de mi teléfono. Tenía varios mensajes pero ninguno de Andrea. Busqué el contacto y pulsé para llamar. Tras varios tonos saltó el contestador. Colgué.

—No lo coge.

—Tal vez esté ocupada, no te preocupes tanto, *mamaíta*.

—Lo volveré a intentar luego.

Toni me cogió de la mano y me llevó al sofá obligándome a sentarme.

—¿Me lo vas a contar ya o tendré que torturarte?

Le miré a medio camino entre la sorpresa y el susto.

—¿Contar qué?

—¡Caperucita Roja!, ¿pues qué va a ser? Lo de la cita de ayer, ¡no te hagas la loca!

—Luego, a cambio de que me hagas el desayuno. Tengo un hambre terrible.

—Tendrás morro... pero no esperes tortitas, han acabado todas por el suelo de la cocina.

Mientras Toni se levantó a preparar algo revisé los mensajes del móvil. El primero que vi era de mi madre. Parecía ser que había organizado una comida familiar, había invitado a todos los hermanos y quería que asistiera. Le confirmé que allí estaría. El segundo mensaje era de Álex. Ya se había levantado y se había percatado de mi fuga mañanera. Me preguntaba si estaba todo bien, que era la manera suave de averiguar el motivo por el que me había marchado sin decirle nada. “Todo bien” fue mi única respuesta. No había acabado de escribirlo cuando entró un nuevo mensaje, esta vez de Andrea: “Se me ha complicado la noche pero ya voy para casa. No contéis conmigo para comer, estoy agotada”. Por lo menos ahora sabíamos que estaba bien. Respiré aliviada. Supuse que había visto mi llamada. Informé a Toni, que acababa de

aparecer cargado con unas tostadas, mantequilla, mermelada, dos cafés y un plato con dos huevos y beicon, todo dispuesto en una bandeja de colores llamativos.

—¿No crees que te has pasado un poco? Cuando decía lo del desayuno me refería a un par de tostadas y un café, no a todo esto con tanta grasa.

—Me has dicho que tenías mucha hambre y por la hora que has llegado seguro que has quemado mucha energía esta noche. Y además yo también tengo mucha hambre.

—¿Saliste anoche?

—Por fin lo preguntas. Si llegas a tardar cinco minutos más exploto —su voz cambió a una excitación total —Pasé la noche con mi mulato.

—¿Con Darío? ¿Y no comisteis nada en toda la noche? —nos reímos los dos al pensar en el doble sentido de esa pregunta.

—Sí, claro que cenamos, pero luego hemos estado toda la noche de local en local y tengo un hambre atroz.

—¿Solo de local en local?

—Si te refieres a si hubo sexo la respuesta es no. Aún no me he follado a ese chocolatito.

Empecé a atacar el banquete que Toni había preparado a modo de desayuno.

—Por cierto, anoche me pareció cruzarme con tu hermano.

—¿Con cuál? —pregunté con la boca llena.

—Con el guapísimo del pelirrojo —estaba claro que se refería a David.

—¿Iba solo? —tenía la sospecha que tenía alguna amiga, novia o amante pero como era tan reservado no nos contaba nada. Tal vez Toni había podido ver algo.

—Sí, iba solo —me decepcionó la respuesta —pero parecía tener mucha prisa.

—Tal vez iba al hospital por alguna urgencia. Hemos quedado para comer en casa de mis padres, quizá pueda preguntarle.

—Vale vale vale. Primero Andrea, luego hemos hablado de mí y ahora de

tu hermano. ¿No estás andándote con rodeos para no contarme tu cita de anoche? ¿Voy a tener que llamar al FBI?

—Está bien. La cena fue muy bien, fuimos al italiano que me recomendaste y estuvimos hablando. Me contó un poco su historia y luego recordamos momentos juntos de cuando éramos niños.

—¿Y la cena se alargó hasta las ocho de la mañana? Creo que no hacen pizzas tan grandes.

—¿Qué bruto eres! Después nos fuimos a tomar algo... a su piso.

—Y hubo lío, ¿verdad? Te lo noto en la cara. ¿Y que fueron, magdalenas sin sal o churros con chocolate?

—Se podría decir que la churrería entera.

—Amén, hija. Menos mal que ya te han quitado las telarañas.

—No seas payaso Toni, fue una noche increíble.

—Pero...

—Esta mañana me desperté muy temprano. Él aún dormía y sentí que tenía que salir de allí.

—¿Te largaste sin avisar?

—Y sin mirar atrás. No sé. Ahora estoy confusa. Creo que nos precipitamos.

—Pero a ti te gusta ¿no?

—No lo sé. Necesito tiempo, todo pasó muy rápido.

—¿Acabó rápido? No pasa nada algunas parejas necesitan conocerse en la cama y...

—Que no Toni, que no es eso. Quiero decir que estábamos sentados hablando y casi sin darme cuenta ya estábamos en su dormitorio.

—Bueno, cuando dos personas se desean esas cosas pasan. Y vosotros llevabais un retraso de unos cuantos años.

—Es que a veces cuando le veo me acuerdo de aquel niño regordete con gafas que conocía y no sé si a este Álex realmente lo conozco.

—Déjate de rollos —me dijo chasqueando los dedos ante mis narices — y vamos a lo importante. ¿Estuvo bien o no?

—¿Sinceramente?

—Claro.

—Pues creo que lo que sentí anoche no lo había sentido jamás.

Y Toni se puso a aplaudir dando pequeños saltitos en el sofá.

12

Mis padres llevaban más de treinta años viviendo en aquella antigua casa que compraron poco antes de casarse. No sé si era la más lujosa de toda la provincia pero era la más impresionante que yo había visto. Para mí era como abrir el baúl de los recuerdos cada vez que cruzaba la verja de acceso y me adentraba por el caminito de piedra que cruzaba serpenteante el florido jardín. Me acordaba de los juegos que solíamos hacer de pequeños, con nuestra Nana de monitora aplicada. Recordaba las regañinas que nos llevábamos cuando alguno intentaba saltarse las normas que ella nos explicaba tan pacientemente. Era una mujer muy estricta en el cumplimiento del deber pero lo compensaba con un amor tremendo por su trabajo, por aquella casa y por “sus pequeños diablillos”, como ella nos llamaba cariñosamente. Me detuve un minuto para tener una panorámica completa del exterior, analizando cada rincón y retrocediendo en el tiempo con nostalgia. Ahora ya no estaba el columpio que le habían regalado a mi hermano David para su quinto cumpleaños y por el que tantas discusiones habíamos tenido los dos. En su lugar había una fuente de piedra que servía como decoración y que había sido un antojo de mamá. Contemplé el cuidado jardín rodeado de flores de muchos colores diferentes que Ricardo, el jardinero y encargado de mantenimiento, regaba con mimo, como había hecho desde que yo tenía uso de razón. Mi madre me devolvió al presente al pronunciar mi nombre mientras bajaba los tres escalones de piedra que daban acceso a la casa.

—¡Hola, cariño! —un beso en la frente y un breve abrazo —Me alegra mucho que hayas podido venir. Tu hermana Leire ya ha llegado. Ella y tu padre están en el salón intentando montar el dron que se ha comprado tu padre. No preguntes. Ya sabes cómo le gusta comprar chismes que no entiende.

Me cogió del brazo como si fuéramos dos amigas que van a salir de compras y me acompañó al interior.

—¿Y Nil no está con ellos? Con lo que le gustan esos chismes...

—No, aún no ha bajado. Desde que trabaja en aquel pub está hecho un dormilón. Supongo que se levanta más tarde o se hace el dormido para no tener que aguantar los sermones de tu padre. Ya sabes lo que piensa él de

vuestro deseo común de independencia familiar. Desde que tú te marchaste tus hermanos nos han empezado a salir rebeldes. Lo último es ese trabajo por las noches.

—¿Tengo yo la culpa de que hayamos salido todos tan autónomos? Creo que va bien que os dejemos vuestro espacio.

—La casa es grande. Hay espacio de sobra para todos. Y tu padre y yo hemos trabajado muy duro para daros una buena educación y todas las comodidades posibles.

—Sí, mamá. Y sabéis que apreciamos mucho todo lo que nos dais y lo que nos habéis dado siempre, pero también entendemos que tenemos que labrarnos nuestro propio futuro.

Mi madre pareció conformarse con mi breve explicación y cambió de tema radicalmente.

—¿Ya comes bien? Te noto más delgada.

Cuando entramos en el salón papá y Leire estaban sentados alrededor de una mesita baja con un montón de piezas desperdigadas por toda la superficie. Papá las miraba muy concentrado con la mano en la barbilla y Leire se perdía entre un desplegable que parecía hacer la función de manual de montaje e instrucciones. Al escucharnos hablar se levantó de un bote y vino a abrazarme.

—¡Hola hermanita! No sabía si vendrías. Andrea me dijo que tenías una cita anoche —lo dijo más alto de lo que a mí me habría gustado y enseguida noté las miradas inquisitivas de mis padres, aunque no dijeron nada.

—Pues ya ves, aquí estoy.

—Un abrazo mi pequeña Margarita —mi padre se había levantado a saludarme —Tú no entenderás de drones ¿verdad?

—No, creo que en mi trabajo no utilizamos esas cosas todavía.

—Lástima porque llevamos un buen rato dándole vueltas a esa pequeña guía y seguimos sin saber si tenemos todas las piezas.

—¿Por qué no me acompañas a buscar a nuestro hermanito pequeño? Si está durmiendo le podemos dar un buen susto —me propuso Leire que parecía tener ganas de escapar.

—Claro, vamos.

La seguí escaleras arriba, dejando a mi padre nuevamente concentrado en aquellas piezas. Mi madre se marchó a la cocina a comprobar que todo estuviera listo para comer. En cuanto salimos de su campo de visión Leire se giró hacia mí.

—Necesito tu consejo pero necesitaba un poco de intimidad.

—¿De qué se trata?

—Sígueme.

Me condujo a través del pasillo que llevaba a los dormitorios. Pasamos por delante de la habitación de Nil, comprobando que permanecía en silencio. Pared con pared con ésta, un poco más al fondo se encontraba la habitación de Leire. Aunque ella ya no la usaba se mantenía igual. Mis padres no tenían decidido qué hacer con ella y no habían tocado nada, tal vez con la esperanza de que mi hermanita se arrepintiera y volviera al hogar familiar. Entramos y Leire cerró la puerta intentando no hacer ruido. Su habitación seguía teniendo el mismo aire adolescente, con libros y revistas de diversas clases bien ordenados en tres hileras de estanterías junto a una mesa baja con un ordenador portátil y un pequeño equipo de música. Junto a la mesa una columna con archivadores y diferentes soportes electrónicos. En la pared de enfrente dos posters de sus cantantes favoritos, por los que me había liado para que la acompañara a algún concierto. Al otro lado una cama ancha para ser individual y una mesita con un pequeño poni rosa que le había regalado cuando aún era muy pequeña y que ella guardaba con cariño. Sobre la cama una fila de varios peluches en formación que parecían estar preparados para realizar un saludo militar. Apartó un par de ellos para que nos pudiéramos sentar y sacó una cajita de un bolsillo de una chaqueta que tenía colgada pero que seguramente había traído puesta antes de que yo llegara. La tapó con las dos manos sin abrirla.

—¿Te acuerdas de que te hablé de Sergio?

—Sí, es ese chico de la universidad con el que estabas saliendo, ¿no?

—El mismo. La noche que salimos a celebrar vuestra mudanza con toda la pandilla os conté que no estaba muy segura de si seguir con él o no. ¿Te acuerdas de que os lo conté?

Asentí.

—Pues estaba decidida a cortar con él, así que le dije de quedar a tomar algo ayer para decírselo. Y cuando ya estaba a punto de soltárselo va y me da esto —abrió la cajita para enseñarme lo que había dentro —y el puñetero me dice que soy el amor de su vida, que está loco por mí y varias cursiladas más de esas.

Pensé fugazmente en lo mucho que me gustaban a mí esas “cursiladas” pero conociendo a Leire entendí porque no estaba segura de estar con ese chaval. La caja contenía un colgante cuyo brillo casi me obligó a ponerme gafas de sol. Tenía un pedrusco espectacular y, seguramente, muy caro.

—Bonita piedra —es lo único que se me ocurrió.

—¿Cómo se le ocurre al cabrón regalarme esto el día que voy a cortar con él?

—Ya, pero eso él quizá no se lo esperaba. ¿Y cómo se lo tomó?

—No se lo tomó de ninguna manera. Me quedé tan flipada que no se me ocurrió qué decir.

Me imaginé la escena y me entró la risa al pensar en mi hermana tirándole la caja a la cabeza al pobre muchacho. Ahora hasta sentía lástima por él.

—¿Y ahora qué hago? No puedo seguir con él solo porque me haga regalos caros como este y me diga que está loco por mí. Que está loco seguro por gastarse un pastón en esto.

—Es bonito —se me escapó la risilla y Leire frunció el ceño. Le pedí disculpas juntando las manos.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Menos mal que me lo has preguntado a mí y no a Toni, porque seguro que te habría dicho algo así como “pues te lo quedas, no le dices nada y mientras te vas tirando a otro” —mi imitación de la voz de Toni sí consiguió hacerla sonreír. —Pero como tu hermana mayor tengo que aconsejarte que lo mejor es que le confieses tus sentimientos. No vale la pena seguir con alguien por el que no te sientes atraída. Si es un buen tío lo entenderá.

Unos golpecitos en la puerta nos interrumpieron.

—Adelante —invitó Leire que había escondido rápidamente la caja

detrás de los peluches.

Nil asomó la cabeza.

—¡Hola hermanitas! A ver si no habláis tan flojo que no me dejáis espiaros desde mi habitación —los dos peluches que simultáneamente salieron volando le hicieron esconderse tras la puerta.

Unos minutos después escuchamos a mamá llamarnos desde abajo para informarnos que David había llegado y que todo estaba preparado. Los tres bajamos al comedor mientras nos hacíamos bromas y compartíamos unas risas juntos. Cuando llegamos papá y David estaban sentados ya a la mesa, atacando el pan y debatiendo sobre cosas de médicos. Nos saludamos y ocupamos nuestro sitio. Siempre que nos juntábamos para comer o cenar nos sentábamos igual. Papá presidía la mesa conmigo a un lado y David al otro. Junto a mí se sentaba mamá y enfrente Leire. A Nil siempre lo dejábamos en la otra punta quizá porque era el que había llegado más tarde a la familia.

—David, ¿tuviste alguna urgencia en el hospital anoche? —pregunté sin dejar de mirar mi plato. Cuando levanté la vista papá miraba a David como si esperara alguna explicación y mi hermanito parecía confundido.

—¿Urgencia? No. No estuve en el hospital anoche. ¿A qué viene esa pregunta?

—No, por nada. Toni creyó verte cruzar corriendo anoche como si tuvieras prisa.

David me miró sin disimular enfado.

—Gracias por preocuparte por mí, hermanita —dijo sarcásticamente — Me debió ver correr porque había quedado con unos amigos y llegaba tarde.

—¿Con qué amigos habías quedado? —insistí.

David parecía no saber si contestar o lanzarme el cuchillo que tenía sobre la mesa. Sin embargo pasó al contraataque.

—Tuve que quedar con unos amigos para poder salir a tomar unas copas, ya que tú no estabas disponible. Por cierto, ¿ya te has vuelto a liar con tu amiguito de la infancia?

La sonrisa macabra de David contrastaba con mi repentina mirada de odio.

—¿Te has vuelto a liar con el bombero? —Saltó inmediatamente Leire —
¿Y no me has contado nada después de lo que te he enseñado en mi habitación?

—¿Qué le has enseñado? —preguntó Nil con los ojos como platos.

—¿Qué bombero? —preguntó mi madre sin entender nada.

—¿Se ha vuelto a quemar algo? —se asustó mi padre.

—Sí, sus bragas... —dijo flojito David, aunque todos lo escuchamos.

—¿Qué tipo de bragas usas hermanita, que salen ardiendo? —se descojonaba Nil mientras mamá le reprendía con la mirada.

—¿Quedaste con Álex anoche? —insistió Leire.

—¿Quién es Álex? —le preguntó mamá a Leire.

—Es el niño regordete con gafas, mamá.

—¿Y para qué quedaste con un niño?

Me tapé las manos con la cara, aquello rayaba lo absurdo.

—Es el bombero, mamá.

—¿Ahora hay niños bomberos?

Nil casi se atraganta de la risa.

—Es el bombero que la rescató del incendio, se llama Álex y te aseguro que no es un niño porque está como un queso.

—¡Leire!

—Pero a ver que yo lo entienda —hizo una pausa papá —Ayer quedaste con un amigo de la infancia, que se llama Álex y que ahora es bombero. Y os liasteis.

—¿De dónde has sacado que nos liamos? —me mostré indignada.

—¿No os liasteis? —Leire parecía decepcionada.

—¿Qué hay de postres mamá? —había que salir de esa espiral de alguna manera y fue lo único que se me ocurrió.

El resto de la comida transcurrió sin más preguntas incómodas a cambio de prometerle a Leire que ya hablaríamos de nuestras cosas más tarde. Me levanté un momento antes de que empezaran a servir los postres para consultar mi móvil. Tenía dos llamadas perdidas de Álex. Volví a dejar el teléfono en el

bolso pero justo en ese momento volvió a sonar. Era Álex otra vez. Descolgué. Se mostraba muy amable y parecía medir muy bien las palabras pero estaba algo preocupado por mi huida de su casa y por el breve mensaje que le había escrito como única respuesta. Yo me limité a decirle que todo iba bien y que yo le llamaría porque estaba comiendo con mis padres y no podía hablar. Él no pareció muy conforme pero lo aceptó. Sin embargo no le llamé ese día. Ni tampoco el siguiente. Ni el otro.

13

“ALEX”

Cuando la vi en esa terraza muerta de miedo no tuve ninguna duda, ese pelo negro y esos ojos verdes tan intensos no podían ser de nadie más, solo de mi Margarita. Muchas veces hice el intento de buscarla pero siempre algo me frenaba o sucedía algún imprevisto y acababa por tener que desistir. Sin embargo, cuando se me presentó la oportunidad de regresar al único lugar donde realmente había sido feliz no vacilé. El temor al rechazo, como cuando era aquel niño asustadizo, había vuelto a aparecer aunque el destino se había encargado de unirnos otra vez. Desde que la vi el día del incendio no pude dejar de pensar en ella. La noche que me besó de aquella manera tan inesperada ya caí rendido a sus pies. Y después de la noche que habíamos pasado juntos no me la podía quitar de la cabeza.

—¿Qué te pasa? Estás embobado —me preguntó Darío mientras guardaba las cosas en su taquilla.

—Perdona, estaba perdido en mis pensamientos.

—Ni que lo digas. Y estoy seguro de que esos pensamientos tienen pelo negro y ojos verdes.

—El sábado fuimos juntos a cenar.

—Lo sé, Toni me lo dijo. Así que las flores funcionaron ¿eh?

—Tuve que insistir un poco.

—Yo creo que está coladita por ti. Al final fue ella la que te atacó sin cuartel en el pub.

—Tenía un motivo para hacerlo.

—Sí, se llaman hormonas.

—No, se llama Leo.

—¡Coño tío, que hormonas más raras!

—Leo es su ex. Por lo visto no hace más que acosarla. La llama, la sigue y el otro día la esperó en el lavabo.

—Joder que capullo ¿no? ¿Necesitas que le demos un susto? Seguro que Víctor se apunta.

—Cuenta conmigo —intervino un armario ropero con cabeza de bulldog rabioso que había abierto su taquilla justo al lado de Darío.

—Gracias tíos pero creo que por ahora mejor no involucrarme. Es algo que tiene que solucionar ella. Además existen métodos legales para esos casos.

—¿Métodos legales? Una mierda la ley —volvió a intervenir Víctor mientras acababa de ponerse el uniforme —Esos tíos solo entienden las cosas cuando les rompes los morros.

—Muy educativo Víctor.

Víctor acabó de vestirse, me dio una palmadita en el hombro y salió de los vestuarios.

—¿Fue bien la cita?

—Mejor de lo que podía esperar.

—¡Qué cabrón! Te la llevaste a la cama, ¿a que sí?

—No puedo decirte que no. La verdad es que fue muy especial. O eso es lo que yo sentí. No puedo hablar por ella porque cuando me desperté al día siguiente se había largado.

—Tendría prisa.

—Es una posibilidad porque al día siguiente la llamé y me dijo que había ido a comer con sus padres. Quedó que me llamaría y no lo ha hecho. No tengo noticias de ella desde el domingo.

—Llámala.

—Cuando le insistí en quedar me dejó caer que ahora ya tenía dos acosadores. No quiero ponerme pesado. Prefiero dejarle espacio.

—Tú mismo, pero...

—¿Qué?

—Que por tu bien no esperes otros veinte años en esperar su llamada.

—Ya veremos. Igualmente ahora tengo otra cosa en la que pensar. El lunes cuando llegué a casa tenía cuatro llamadas perdidas. Al principio creí

que podía ser Maggie pero todas eran de mi madre. Suele llamarme de vez en cuando pero no suele insistir tanto, así que me asusté.

—¿Está bien?

—El domingo cuando volvía a casa un ladrón le tiró del bolso, con tan mala suerte que cayó y se hizo daño.

—Nada grave espero.

—Solo algunas contusiones por la caída y el susto en el cuerpo. Bastante tiene con lo de mi padre. Y ahora que está sola... encima esto. A veces me culpo por haberme ido.

—Tú no podías esperar lo de tu padre y ya eres mayor para seguir tu propio camino.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme culpable. Cuando pasó lo de mi padre me planteé volver con ella.

—¿Y por qué no se viene ella a vivir aquí?

—Se lo propuse. Ella dice que a su edad ya no quiere más cambios, que bastantes viajes tuvo que hacer por el trabajo de mi padre.

—¿Con lo que has peleado por volver aquí si quiera te planteas volver a marcharte?

—No lo sé. Supongo que todo dependerá de cómo vayan las cosas con Margarita. Si ella me rechazara... no sé.

Vuelvo a pensar en la maravillosa noche que pasamos juntos. Se la veía tan feliz, tan entregada, ¿qué pudo llevarla a marcharse así? ¿Por qué se había mostrado tan fría? ¿Hice algo mal? ¿Por qué me dijo que me llamaría y no sabía nada de ella desde hacía tres días? ¿Es que me seguía viendo como su amigo de la infancia? ¿Debería haberla llamado? Demasiadas preguntas no podían ser buenas.

Empezaron a sonar las alarmas, ya no había tiempo para seguir pensando. Teníamos un aviso urgente y nos tocaba salir a trabajar. Y en nuestro trabajo necesitábamos estar con todos los sentidos en alerta.

14

Nunca fui una gran entusiasta de los miércoles, era un día en el que el fin de semana todavía estaba demasiado lejos y el cansancio de los dos anteriores se iba acumulando. Lo mío eran los viernes, ese día en el que podía llegar a casa pensando que hasta el lunes no tenía que volver a ponerme en marcha. Era el día de tele y sofá, de acostarse tarde riendo con Toni o de escuchar las confidencias de Andrea, las cuales últimamente eran pocas. Los miércoles eran un día de transición, uno más del calendario, aunque ese en especial no lo iba a ser.

Me levanté temprano, como cada día de trabajo. Andrea roncaba tumbada hacia un lado, completamente destapada y con medio culo al aire. Yo no había dormido del todo mal comparada con las noches anteriores. Mi reflejo no parecía expresar lo mismo. Me lavé la cara tres veces pero eso no haría desaparecer las ojeras. Después de una ducha rápida y vestirme con lo primero que encontré me apliqué especialmente en el maquillaje. Llevaba tres noches acostándome más tarde de lo normal. Toni llegaba a media tarde y se pasaba horas al teléfono hablando con su nuevo ligue. Andrea solía llegar muy tarde desde hacía algunas jornadas. Comía cualquier cosa rápida y se metía en nuestra habitación. Nuestra relación cada vez echaba más en falta una comunicación más fluida. Mis intentos por iniciar cualquier conversación encontraban una férrea oposición a base de excusas: un mal día, mucho trabajo, me duele la cabeza, necesito descansar... ¿Qué le pasaba a mi Andreita? Habíamos sido inseparables desde muy chiquititas y ahora estaba distante y reservada. Si tenía algún problema no quería contármelo y eso me preocupaba.

Álex había respetado mi voluntad de no recibir llamadas desde el domingo. Yo había prometido que le llamaría y no lo había hecho. Mi cabeza estaba hecha un lío. Con el corazón en la mano me moría de ganas de volver a verle, de abrazarle, de besarle, de tumbarlo en la cama y volverme totalmente loca. La cabeza me dictaba otra cosa. Me decía que nos habíamos precipitado, que hacía unos meses había escapado de una relación tormentosa, marcada por los celos y la falta de autocontrol de Leo. Una relación que no había acabado

bien y que, por lo visto, no había ni acabado para él. El lunes mientras desayunaba en la cafetería de siempre me había parecido verlo al otro lado de la calle. De pie. Mirándome. Estaba casi segura de que era él pero no podía afirmarlo al cien por cien. Álex tal vez no era así pero casi no lo conocía. Había cambiado mucho después de tanto tiempo. Obviamente físicamente no se parecía en nada al pequeño Álex. Y había perdido esa timidez y falta de confianza. Ahora era un hombre lanzado, seguro de sí mismo y muy valiente. Su profesión lo requería. Lo había demostrado entrando en aquel edificio en llamas para rescatarme. También al enviarme dos ramos de flores para que le diera la oportunidad de vernos. Y también en su piso cuando demostró tener iniciativa. Más bien parecía que ahora las tornas se habían cambiado y era yo la que me mostraba vacilante y poco segura de mis sentimientos. Debía volver a recuperar la confianza y la seguridad en mí misma. Al salir del trabajo le llamaría. Sí. Decidido. Ya había pasado el tiempo suficiente para comprobar que no estaba obsesionado conmigo, que respetaba mi espacio porque así se lo había pedido yo indirectamente. Era el día justo para poder disculparme por haber salido corriendo y comprobar si él estaba realmente interesado en mí o solo había sido un rollito pasajero más.

La mañana pasó lenta, como de costumbre, rodeada de informes, cuentas y listados variados. Clientes muy agradables que llegaban con una sonrisa y te explicaban su vida y otros que se acordaban de buena parte de tu familia, especialmente de los parientes más cercanos. Tocaba aguantar a unos y a otros. Ante todo se trataba de ser educada y profesional, así me habían formado, sin perder nunca el control y las buenas maneras. Mi único confidente era Manu, con el que compartíamos anécdotas de la oficina y nos desahogábamos juntos.

Volví a casa algo más tarde de lo normal, ya que tenía que preparar dos expedientes y no había tenido tiempo de hacerlo en toda la mañana. Descargué el bolso y la chaqueta en el sofá (algo que a Toni le ponía de los nervios) y me cambié los zapatos por unas cómodas zapatillas. Lo siguiente fue llamar a Álex. Un tono, dos, tres... contestador. Nuevo intento con el mismo resultado. Caí en que era media tarde, aún estaría en el trabajo y era posible que no pudiese contestar. Lo recogí todo antes de que llegara Toni y me cambié de ropa. Como yo llegaba habitualmente la primera me tocaba buena parte de la limpieza del piso, así que me puse a ello con la esperanza de que Álex viera mis llamadas y se atreviera a contestar. Así pasó una hora y nada. Ni un

mensaje. Volví a marcar su número. Idéntico resultado. Decidí dejar un mensaje: “Álex, soy Maggie. Llámame cuando puedas”. Toni entró por la puerta como un rayo.

—¡Maggie! ¡Maggie! La tele rápido, Canal Sur. Me acaba de llamar Andrea porque tú comunicabas.

Estaba acostumbrada a ver a Toni alterado por cualquier cosa, pero esta vez parecía preocupado. Andrea me debió haber llamado mientras intentaba contactar con Álex. Una notificación de llamada perdida que acababa de recibir parecía confirmarlo. Desconcertada por tantas prisas hice caso a Toni y puse la tele.

—¿Qué ha pasado Toni? —pregunté asustada buscando el canal que me había dicho.

Toni no contestó. Estaba con el teléfono en la oreja como si esperara hablar con alguien al que acababa de llamar.

—Darío no lo coge. ¡Ay, virgencita!

En Canal Sur estaban dando un especial informativo. La presentadora tenía en un recuadro a su derecha unas imágenes ciertamente desconcertantes.

“A estas horas seguimos sin conocer la identidad de los afectados por el derrumbe de parte de un edificio en las afueras de Málaga. Las autoridades nos han confirmado que hay al menos dos fallecidos confirmados, uno de ellos un bombero. También hay dos heridos, uno de ellos en estado grave, que han sido trasladados hace unos minutos al Hospital Virgen de la Victoria. Nuestro corresponsal nos ha indicado que se trata también de dos bomberos que estaban realizando labores de rescate en el instante en el que el tercer piso se vino abajo. Por el momento no tenemos más información al respecto pero iremos ampliando en los próximos boletines”

La sangre se me acababa de helar por todo el cuerpo. El mando se me cayó rebotando violentamente contra el suelo. Ví a Toni llorando a lágrima viva. El corazón me latía a 2000 por hora y parecía que quería salirse de mi pecho. Me faltaba el aire. Tuve que sentarme, cogiendo de nuevo el móvil con manos temblorosas. Se me pasaban muchas ideas por la cabeza y ninguna de ellas era buena. Me imagine a Álex entrando en aquel edificio en llamas, como unas semanas atrás había entrado en el mío para salvarme. Lo vi peleando

contra el fuego, buscando supervivientes. Lo vi asustado al ver desprenderse el techo sobre ellos. Lo vi...

—¿Y si les ha pasado algo, Maggie? ¿Y si son ellos los bomberos de los que han hablado en la tele? —Toni se estaba derrumbando.

—Tenemos que averiguarlo. —Me levanté muy decidida y cogí las llaves —Vamos al hospital.

—No creo que pueda ni moverme, las piernas me tiemblan.

—Quédate aquí y mira de contactar con Andrea o David, a ver si ellos saben algo más. No apagues la tele y sigue atento a las noticias. Cualquier cosa me informas. —Me acerqué a él y le cogí por los hombros —Seguro que Darío está bien.

—¿Y Álex?

No contesté. Salí disparada hacia la puerta. Esa pregunta había acabado con el poco valor que había logrado reunir. La duda regresaba con mucha fuerza a mi cerebro. Podía ser Álex. Y la última imagen que guardaría de él sería tumbado desnudo en su cama. La mañana en la que me había marchado sin despedirme.

15

El tráfico a esa hora de la tarde solía ser caótico. En esas fechas especialmente y más si se había producido un accidente como el que acababa de ver en la tele. Era muy posible que algunas calles estuvieran cortadas o colapsadas por la intervención de policía, bomberos y ambulancias. Ese miércoles los coches no parecían moverse, los semáforos tardaban una eternidad en ponerse verdes y los demás conductores no parecían tener ninguna prisa. El hospital quedaba bastante lejos de nuestro piso. No era el hospital donde trabajaba mi padre, eso habría facilitado las cosas. Era necesario coger el coche para llegar allí, aunque tenía la sensación de que si hubiera ido corriendo habría llegado antes. Cada minuto que pasaba el miedo se hacía más patente. Había dejado el móvil en el asiento del copiloto por si alguien llamaba, especialmente Álex, lo que habría supuesto un alivio. Me daba igual si me pillaban hablando en el coche y me caía una buena multa. En esa situación lo único que quería sentir es que Álex estaba bien. Después de muchos minutos que parecieron horas y sin ninguna llamada llegué al parking del hospital. Estacioné mi coche de cualquier manera y bajé corriendo cerrando el vehículo desde unos metros de distancia y sin mirar atrás. No esperé al ascensor, salí disparada por las escaleras, recorrí un interminable pasillo de paredes blancas y sobrios paneles de color gris hasta llegar a un mostrador donde dos empleadas comentaban algo relacionado con unos papeles que una de ellas llevaba en la mano.

—Disculpen —interrumpí.

—Un segundo señorita —me dijo la que llevaba los papeles en la mano.

—¡Es urgente!

—Para urgencias debe coger por ese pasillo de la derecha. Ya verá las indicaciones —me informó la otra y siguió a lo suyo.

Corrí hacia el pasillo que me había indicado. Había uno de esos carteles grises con muchas flechas. Una de ellas era la que indicaba la ruta hasta urgencias. Arranqué de nuevo a correr esquivando un camillero que me miró con muy mala cara y varias personas que iban arriba y abajo por el pasillo.

Una nueva indicación me obligaba a desviarme a la izquierda. Finalmente llegué a una sala rectangular, con varias filas de asientos de color verde ocupados por algo más de una veintena de personas y un mostrador al fondo. Me dirigí hacia allí sin demora. Había una mujer joven tecleando en el ordenador.

—Buenas tardes. —me tomé un segundo para decidir cómo lo iba a enfocar —Me he enterado del derrumbe de un edificio en la tele y de que los heridos han sido trasladados aquí. —La mujer levantó la cabeza y me miró con interés —Mi novio es bombero —mentí (¿mentí?) —y no sé si es uno de los ingresados. Estoy muy preocupada porque no he podido contactar con él. ¿Podría ayudarme? Estoy desesperada.

La mujer se tomó un tiempo para contestar que me pareció eterno. Volvió a teclear en el ordenador.

—¿Cómo se llama su novio? —preguntó sin dejar de mover el ratón del ordenador.

—Álex. Álex... —tuve que hacer un ejercicio de memoria de nuestra época en el colegio —Álex Hurtado.

—Permítame un minuto, por favor.

Consultó algo en el ordenador y después se levantó desapareciendo tras una puerta que quedaba tras ella. Revisé toda la sala esperando ver alguna cara conocida. No hubo suerte. La mujer regresó un par de minutos después.

—Álex Hurtado ingresó sobre las cinco de la tarde. —Pareció leer algo en la pantalla —Fuerte contusión en el costado izquierdo, heridas de diversa consideración en todo el cuerpo y pérdida de conocimiento.

—¿Es grave? —a pesar de todo me alegré de saber que estaba vivo.

—Le estaban haciendo algunas pruebas. Tendrá que hablar con el doctor pero ahora deberá esperar. Solo se permite el acceso a los familiares y a nadie mientras se le realizan las pruebas. Informaré de su presencia al doctor.

—Él no tiene más familia aquí.

—Lo entiendo pero ahora lo único que puede hacer es esperar.

Me acordé de Darío y de lo preocupado que debía estar Toni.

—¿Pueden decirme si hay otro bombero ingresado con el nombre de

Darío?

—¿También es su novio? —la pregunta fue muy intencionada.

—Es el novio de un amigo mío.

La respuesta pilló a la mujer por sorpresa, como si no la hubiera entendido del todo bien o me esperara corregir lo de “amigo” por “amiga”.

—Lo lamento, no puedo darle esa información. Si es tan amable de esperar en la sala...

Me senté resignada junto a una pareja mayor sin saber bien qué hacer. El hombre tosió bruscamente y yo me desplazé disimuladamente un asiento. Mi teléfono sonó y todo el mundo se giró hacia mí. Descolgué levantándome y aislándome en un rincón. Era Toni.

—Maggie, acabo de hablar con Darío. Está bien pero me ha dicho que Álex ha sido trasladado al hospital. ¿Estás ahí?

—Me alegro de que esté bien, Toni. Estoy en la sala de espera de urgencias. Me han informado de todo. Tiene algunas contusiones, aunque no me han sabido informar de la gravedad porque aún le están haciendo pruebas. Por lo menos está vivo.

Sentí a Toni respirar aliviado.

—Menos mal. Esperemos que no sea nada. Otros no han tenido tanta suerte. Han confirmado en la tele la identidad del bombero fallecido. Se llamaba Víctor Torres.

Las esperas nunca son agradables pero cuando estás en una sala de urgencias de un hospital esperando un diagnóstico se convierten en interminables rozando la agonía. Pasaron tres horas más antes de que un médico preguntara por los familiares de Álex. La mujer del mostrador me señaló a mí resaltando la palabra novia. El doctor se me acercó y me pidió que lo acompañara para tener un poco de intimidad.

—Su novio está fuera de peligro. Tiene un fuerte golpe en las costillas pero por suerte no se ha roto nada. Aparte de diversas magulladuras sin importancia no hay ningún órgano afectado. Parece que perdió el conocimiento pero no hay ninguna lesión. Pasará un par de días en observación pero está bien. Se puede decir que ha tenido mucha suerte.

—¿Puedo verlo?

—Lo más conveniente sería que descansara pero le permitiré verlo si me promete que será breve.

—Gracias doctor.

—Estoy seguro de que se alegrará de verla. Cuando le hemos informado de que su novia estaba aquí se ha sorprendido mucho y luego se ha reído bastante. —Me dijo con una sonrisa condescendiente.

Le acompañé hasta una habitación con dos camillas. Álex estaba tumbado con los ojos cerrados en la que quedaba más alejada de la puerta. En cuanto me escuchó entrar sonrió girando ligeramente el cuello pero sin mover el resto del cuerpo.

—¡Hola amor mío! —me dijo burlón.

—Les dejo solos unos minutos. Recuerde que tiene que descansar.

Cuando el doctor salió de la habitación me incliné para darle un beso en la frente.

—Así que ya somos novios. Me alegro de estar vivo para enterarme — me dijo Álex sin dejar de sonreír.

—Lo siento. Pensé que si decía que somos amigos no me dirían nada ni me dejarían verte.

—¡Que decepción! Así que ya volvemos a ser solo amigos —puso una cara de pena fingida.

—No sé lo que somos pero estoy segura de que quiero que seamos algo más que amigos.

—Yo también.

—En la tele dijeron que había un bombero muerto y dos heridos y me asusté mucho. No sabes lo preocupada que estaba. Te llamé pero no lo cogías. Y Darío tampoco. Y creí que no volvería a verte. —Solté todo eso de un tirón, hablando torpemente mientras luchaba por contener las lágrimas.

—Me pondré bien aunque ahora me duele todo. Se lo debo a Víctor — entristeció de repente —Ha sido él quien me ha salvado la vida.

—¿Qué ha pasado?

—Recibimos un aviso por un incendio. Hasta tres unidades nos dirigimos hasta allí porque el fuego era muy intenso. Respiré al ver que no habíais vuelto a quemar nada —al reír se quejó del costado—, pero nos informaron de que aún quedaba gente dentro. Víctor y yo entramos junto con otro compañero. Había mucho humo pero la estructura parecía estable. Conseguimos abrirnos camino hasta un hombre que estaba en el suelo inconsciente, seguramente por el humo. Óscar, el otro compañero le puso una mascarilla y logramos ponerlo de pie pero entonces escuchamos un crujido. A partir de ahí todo pasó muy rápido. Solo recuerdo que Víctor me dio un fuerte empujón y me tiró al suelo. Entonces vi que el techo se venía abajo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la ambulancia y me trasladaban aquí.

No estaba del todo segura si sabía que Víctor había muerto pero supuse que sí, así que no dije nada.

El doctor entró en la habitación recordándome que era necesario que el paciente descansara. Cuando ya estaba a punto de salir escuché que Álex me llamaba.

—¡Margarita! —Me giré sin atreverme a corregirle. —Te quiero.

Salí de la habitación incapaz de pronunciar una sola palabra pero con una sonrisa de oreja a oreja.

16

Álex pudo salir del hospital dos días después, pero el médico le recomendó por lo menos una semana más de reposo. Manu, Darío y yo fuimos a buscarlo para acompañarlo a su casa. Lo dejamos cómodamente instalado y prometimos pasar a visitarlo para que no se aburriera en esos días de reposo. Por si acaso Manu le había grabado un montón de películas de acción para matar el tiempo.

—Espero que no haya ninguna de bomberos —había pedido Álex y Manu le dijo que había sido muy cuidadoso con ese detalle.

Manu y Darío se marcharon una vez comprobaron que Álex no precisaba de sus servicios. Yo me quedé con la excusa de prepararle algo para cenar. Una vez a solas me senté junto a él en el sofá y le cogí la mano.

—Puedo quedarme contigo esta noche. Es viernes y mañana no trabajo. Y los viernes son días de sofá y tele, así que puedo hacerlo aquí, si quieres.

—Ya has hecho mucho por mí, no quiero molestarte.

—No seas tonto. Te debo el poder despertarte una mañana junto a mí.

—Espero poder despertarme muchas mañanas a tu lado.

Nos besamos. Me fui dejando llevar y me abrace a él sin dejar de besarle pero un quejido de dolor me hizo retirarme.

—Creo que aún tendré que estar unos días en el banquillo —se lamentó.

Pasamos toda la tarde juntos en su sofá viendo una de las pelis de Manu. Le preparé una cena sencilla pues yo tampoco fui nunca una gran cocinera. Él me dio las gracias por la comida y por la compañía. Eran ya más de las doce cuando nos fuimos a la cama. Me puse en el lado que no estaba herido y le abracé con mucho cuidado. Así nos quedamos dormidos los dos. Me despertaron varias convulsiones. Estiré el cuello para comprobar que Álex dormía pero no parecía feliz y relajado. Se quejaba, movía la cabeza de lado a lado y susurraba algo que no llegaba a entender. Estaba teniendo una pesadilla. Le acaricié la cara y el pelo con cuidado intentando calmarlo pero no parecía surtir efecto. Como si tuviera un muelle en la espalda se despertó

repentinamente incorporándose y gritando. Estaba sudando. Parecía desconcertado. En un principio ni se dio cuenta de que yo estaba a su lado mirándole asustada.

—Margarita... ha sido una pesadilla...

—Ya ha pasado. Ven a relajarte a mi lado.

—No es la primera vez. Llevo teniendo pesadillas toda mi vida. Me veo en casa de mis padres. Estoy jugando en mi habitación y me asomo por la ventana. Mis hermanos están jugando en el jardín. Parecen felices pero entonces ambos miran hacia arriba y me señalan. Y mis padres están también ahí de repente señalándome. Entonces yo levanto la vista y veo un coche que se acerca a gran velocidad. Y grito para avisarles pero no me escuchan. Solo me señalan con el dedo. Y entonces el coche entra en el jardín destrozándolo todo y llevándose los por delante. Y yo intento gritar pero no tengo voz. Y después miro a mi alrededor y ya no hay casa, ni jardín, ni nadie. Estoy solo y todo es oscuridad a mi alrededor.

—Tuviste que pasar un duro trauma cuando eras pequeño y se ha quedado latente en tu subconsciente. Imagino que has debido pasarlo mal.

—No es solo por lo que le pasó a mi hermano. Siento como si todo el mundo se apartara de mí o yo me apartara de ellos. Siempre me he sentido muy solo. Primero fue el accidente. Después mi hermano Pablo se marchó. Y cuando por fin parecía que era feliz nos tuvimos que volver a trasladar. Y luego con la muerte de mi padre y mi madre viviendo sola lejos de aquí. Me siento culpable.

—Lo de Pedro no fue culpa tuya y Pablo tomó sus propias decisiones. Y lo de tu padre fue una desafortunada coincidencia, tú no podías saberlo. No debes culparte. Y no estás solo.

—Las pesadillas han empeorado desde el incidente. Cuando Víctor me salvó y todo se derrumbó me sentí como si estuviera de nuevo en aquella ventana, viendo como el mundo se derrumbaba y no podía salvar a las personas que me importaban.

—A mí me salvaste —le besé —Y yo no te abandonaré.

A la mañana siguiente Álex se despertó sonriente y feliz al ver que yo seguía junto a él. Estuvimos remoloneando un buen rato en la cama, hasta que

el hambre ya era insoportable. Nos levantamos juntos y le preparé un desayuno a lo Toni, con huevos, salchichas y todas esas cosas tan saludables. Yo tenía que ir a cambiarme pues no había llevado nada de ropa así que le propuse ir a buscar un par de mudas y pasar el fin de semana juntos. Álex me dijo que lo mejor era que saliera a pasarlo bien con Andrea y Manu, que él aprovecharía para descansar y curarse y prometió un fin de semana solos cuando estuviera recuperado. A regañadientes acepté con la condición de que me llamara esa misma tarde. Siguiendo su consejo llamé a Manu y toda la pandilla quedó para salir esa misma noche. Cumpliendo con su promesa Álex me llamó puntual justo cuando salía de la ducha. Con la impaciencia por cogerlo casi me gané un buen resbalón.

—Hola guapo.

—Hola preciosa, ¿qué haces?

—Pues me has pillado saliendo de la ducha.

—Es una lástima, cielo. No sabes cómo me gustaría estar ahora mismo ahí para lamerte enterita.

—Buf, no me digas esas cosas que estoy muy necesitada.

—Dame un poco de tiempo para ponerme bien o mi médico se enfadará mucho conmigo. Te prometo que valdrá la pena.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Solo hace unas horas que te has ido. Me halaga que me eches de menos. Yo también te echo de menos.

—Si te lo has pensado mejor puedo renunciar a la súper juerga que hemos planeado y pasar la noche contigo.

—Sigo pensando que es mejor que salgas a divertirte y que yo me quede recuperándome.

—Lástima. Tenía que intentarlo.

Toni y Andrea ya estaban listos cuando terminamos de hablar y me estaban esperando mirando fotos en el móvil. Me puse unos tejanos ceñidos y un top ajustado. Manu y Darío montaban guardia en la puerta del edificio cuando bajamos. Toni parecía muy feliz con Darío. Yo estaba encantada porque era un amor de chico y tenía a Toni enamorado. Él se lo merecía.

Leire también se había apuntado. Se había armado de valor y había cortado con aquel chaval de la universidad esa misma semana.

—Ya estoy chicos, cuando queráis nos vamos.

—¡Virgen de la Macarena! Si has tardado una eternidad en arreglarte hoy. Creíamos ya que te habías quedado atrapada en la ducha. Ya iba a enviar a mi Darío a buscarte —Toni le guiñó un ojo.

—No seas exagerado, no he tardado tanto. Álex me ha llamado cuando salía de la ducha y por eso me he retrasado un poco.

—No me digas que habéis estado chingando por teléfono. Claro como el pobre casi no puede moverse.

—¡Toni por Dios, no seas guarro! —le dijo Andrea con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

La cena fue estupenda. Esta vez habíamos escogido cenar en un japonés y estaba todo buenísimo. El sushi era una de mis pasiones no tan secretas. El buen rollo que teníamos todos era increíble y ver como se había unido a nosotros Darío, como si nos conociera de toda la vida, era estupendo. Para que la felicidad hubiera sido completa solo me faltaba mi Álex. Sentía un poco de pena por dejarlo solo en casa después de lo que me había confesado la noche anterior pero él me lo había pedido.

Como solíamos hacer últimamente, después de la cena nos dirigimos al pub donde trabajaba Nil. Era una garantía de alguna que otra copa gratis y de alguna manera yo estaba más tranquila si lo tenía controlado. No dejaba de ser mi hermanito pequeño. Además el local estaba muy bien, con dos zonas diferenciadas: una sala con música más suave para poder tomar algo sin necesidad de estar gritando y otra al lado separada solo de una cortina con una pequeña pista de baile, para los que les apetecía más mover el cuerpo. En esa segunda sala estaba todo rodeado de sofás y la música era más fuerte y variada. Nada más entrar nos dirigimos hacia la pista, ese día nos apetecía bailar un poco. Leire, Andrea, Toni y yo no parábamos de movernos al ritmo de la música mientras Manu y Darío se acomodaban en uno de los sofás hablando muy animados y compartiendo unas risas. Nil se acercó a ellos con una bandeja y dejó algunas bebidas sobre la mesa. Andrea y Leire se acercaron a ellos justo cuando empezaba a sonar una canción de Enrique Iglesias y Toni tiró de mí.

—Vamos a seguir moviendo nuestros cuerpos preciosa.

Toni y yo nos quedamos en la pista bailando. A media canción noté que alguien se pegaba a mi espalda. Intenté darme la vuelta pero no podía, me agarraba fuertemente de las caderas. Al sentir su voz en mi oído toda la piel se me puso de gallina.

—Hola preciosa. ¿Me has echado de menos?

—Suéltame Leo —protesté a codazos.

—No, para nada, sabes que eres mía.

—Yo no soy tuya imbécil, ¡suéltame!

Toni, que había estado contemplando la escena alucinado comenzó a encenderse de la rabia.

—¡Ya la has oído cabrón, suéltala!

—Tú no vas a decirme lo que tengo que hacer con mi chica, maricón.

El grupo se había puesto en alerta al ver que algo sucedía en la pista. Toni se acercó aún más, con los ojos inyectados en sangre. Tenía miedo de que Leo pudiera hacerle daño. Di un tirón muy fuerte para separarme de su agarre con tan mala suerte que me caí y me golpeé en un costado. Inmediatamente todos salieron disparados hacia mí y pude ver como mi hermano Nil avisaba a los de seguridad. Lastimada intenté ponerme de pie con la ayuda de Toni.

—Vete cabrón, ya te he dicho que no quiero volver a verte.

—Maggie, cariño... —parecía suplicar.

—¡Que te largues! —grité justo cuando todos llegaban a nuestra posición.

Andrea y Leire pusieron sus brazos a mi alrededor mientras Manu y Darío formaban una pantalla entre Leo y yo. La presencia de Darío, mucho más alto y musculoso pareció hacer efecto en Leo. Dos tipos enormes de dos metros irrumpieron en la sala con cara de muy pocos amigos. Nil habló con ellos señalando a Leo. Mientras tanto, Manu se había puesto muy cerca de su cara, desafiante.

—Vete de aquí ahora mismo y como vuelva a ver que te acercas a ella te mato.

Leo se marchó escoltado por los dos miembros de seguridad pero la

fiesta se había acabado para todos. Les di las gracias a mis amigos y le pedí por favor a Darío que no le contara nada a Álex. Sin demasiado entusiasmo finalmente accedió.

17

Una semana después Álex ya estaba en plena forma. Había pasado a verle todos los días para estar con él, ayudarle con las tareas de la casa pese a sus quejas y llevarle comida. Él había prometido que me lo compensaría llevándome fuera el fin de semana pero no había querido darme ninguna pista más. El sábado había llegado y yo estaba ansiosa por descubrir lo que había preparado. Miré el reloj y vi que eran las ocho de la mañana. Fui al cuarto de baño y me di una buena ducha. Me vestí con ropa cómoda porque no sabía adónde pensaba llevarme Álex. Habíamos quedado a las diez así que me daba tiempo de tomarme un café para acabar de despejarme antes de que pasara a recogerme. Una mañana más Andrea no estaba en su cama. No nos comentó que hubiese quedado con nadie aquella noche y tantas urgencias ya eran sospechosas. Todo estaba en silencio, supuse que Toni aún dormía. Al entrar en la cocina me encontré un cuerpo de infarto en bóxer con una taza en la mano y mirando por la ventana. “¡Madre del amor hermoso que bueno está el jodío!”, pensé.

—Buenos días Darío.

—Buenos días guapísima.

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Toni duerme como un angelito y a mí me toca trabajar este sábado.

—¡Vaya putada! ¿Y mañana domingo también?

—Esta vez sí. Es lo que tiene nuestro trabajo. Además estamos un poco en cuadro desde que Víctor nos dejó y Álex no empieza hasta el lunes.

—Supongo que no le habrás contado lo que pasó con Leo.

—No lo he hecho, pero pienso que Álex debería saberlo. Le importas mucho.

—Prefiero no contárselo. Ya viste que no fue nada y él sabe todo sobre mi relación con Leo. No quiero que, si se entera, pueda hacer alguna tontería.

—En eso tienes razón, lo conozco perfectamente y sé que si se entera se pondrá como un loco, pero insisto que aun así no se lo deberías ocultar.

—Quizás tengas razón.

—¿Sabes una cosa Maggie?

—Dime.

—Álex tenía razón cuando decía que no solo eres preciosa sino que también eres una gran persona. Solo te pido que no le hagas daño. Él se ha portado muy bien conmigo desde que nos conocimos y sé que a veces se siente culpable de todo lo que le ha pasado.

—¿Te ha hablado de mi?

—Constantemente desde que le conozco.

—Créeme Darío, sería incapaz de hacerle daño.

Sonó el timbre de la puerta pero antes de ir a abrir me acerqué a Darío y le di un beso en la mejilla. Al abrir la puerta estuve a punto de caerme de morros al ver a Alex tan guapo y con esa sonrisa. ¡Estaba buenísimo el puñetero!

—Buenos días cielo, ¿estás lista?

—Sí, sí, pasa. Cojo el bolso y nos vamos.

—No quise decírtelo ayer pero sería mejor que cogieras algo de ropa. No volveremos hasta mañana por la noche.

—¿A dónde vamos?

—Tú confía en mí y sube a preparar una pequeña maleta.

—Bueno. Tómate algo mientras la preparo, en la cocina está Darío.

Salí corriendo a la habitación a buscar un par de mudas pensando a dónde puñetas me iba a llevar. Álex se dirigió a la cocina a hablar con Darío. Coloqué una bolsa de viaje encima de la cama, no tenía ni idea de que llevarme porque no había querido decirme adónde íbamos. Lo primero que eché fue un par de conjuntos de ropa interior monísimos, mi pijama y el neceser. Después de darle algunas vueltas me decidí echar también un par de tejanos y camisetas y, por si acaso, un par de vestidos. Aproximadamente media hora después aparecí con mi bolsa en la cocina. Darío ya no estaba, solo Álex, sentado en un taburete mirando por la ventana.

—¿Y Darío?

—Se acaba de meter en la habitación de Toni, quería despedirse de él y prepararse para ir a trabajar. —Mientras me lo explicaba se acercó a mí cogiéndome de la cintura y aferrándome a su cuello nos fundimos en un profundo beso lleno de deseo.

—Te echaba de menos cariño.

—Y yo a ti, ¿vas a decirme adónde vamos?

—No. Tendrás que esperar un poquito más pero solo voy a decirte que, hasta mañana por la noche, vas a ser solo para mí.

Así abrazados y entre beso y beso noté que mi entrepierna se humedecía y no sabía si era por la forma en que me miraba, por sus besos o porque estaba más caliente que el pico de una plancha.

—Pues venga, no perdamos más el tiempo.

Nos montamos en su coche y salimos de la ciudad. Yo iba tan ensimismada mirándolo todo que ya no volví a preguntarle por nuestro destino. Cuando le miré y le vi tan guapo se me vinieron a la mente recuerdos de nuestra infancia, de lo rechonchito que era. Y ahí estaba ahora con ese cuerpo de infarto que me iba a hacer hiperventilar. Recordé cuantas trastadas le había enseñado y cada vez que me encaraba a algún otro niño por defenderlo.

—¿De qué te ríes?

—Me estaba acordando de cada vez que se metían contigo y yo te defendía.

—¡Ay no me lo recuerdes, qué vergüenza!

—¿Vergüenza por qué? ¿Por qué te defendía una niña? ¡No me seas ahora machista!

—No, no soy machista y lo sabes, pero hubiera sido más normal que yo te defendiera a ti y no al revés.

—Bueno tú sabes que yo nunca lo necesité.

—Claro que lo sé, lo veía con mis propios ojos.

Comenzamos a contarnos anécdotas y él me preguntó por algunos de nuestros antiguos compañeros. Yo le conté que quitando a Manu y Andrea poco sabía de los demás. Había coincidido con Pilar alguna vez en el pub y de Sara me había enterado de que se había ido a vivir a Cádiz con su novio un

par de años atrás, pero nada más.

—Bueno, ya hemos llegado.

Estábamos en Marbella. Yo había estado allí varias veces con mis padres y conocía perfectamente su paseo marítimo y el puerto. Álex bajó del coche y sacó las dos bolsas de viaje del maletero. Yo estaba un poco en las nubes, ante mí se ofrecía uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Un enorme porche de columnas blancas nos daba la bienvenida cuando un botones se ofreció a llevar nuestro equipaje permitiendo que Álex me cogiera de la mano y con un tierno beso me diera la señal de ponernos en marcha. La recepción era un inmenso espacio abierto con ventanales a los lados, un mostrador de madera de estilo clásico y una enorme columna en el centro rodeada de sofás de piel. De las columnas colgaban unos candelabros que aunque parecían sostener velas tradicionales en realidad eran artificiales, pero muy bonitas ya que le daban un toque antiguo. Había jarrones con flores sobre el mostrador y vasijas enormes a los costados. El suelo era de un gris muy claro casi blanco con rombos negros y en el techo infinitos ojos de buey con luces led le daban el toque más moderno. Si Álex pretendía impresionarme lo había conseguido. Estaba deseando ver las habitaciones.

—¿Te gusta? —me preguntó al verme sonreír.

—Es precioso.

—Mi princesa no se merece menos.

Noté que me sonrojaba, algo que era raro en mí. Mientras Álex hablaba con un señor muy simpático y uniformado de recepción para confirmar la reserva yo seguía embobada mirando para todas partes. No nos íbamos a engañar, yo siempre había vivido rodeada de lujos y no era el primer hotel de cinco estrellas que pisaba, pero no sé porque desde que había llegado notaba que ese era muy especial.

—¿Vamos cielo?

—Sí, vamos.

Un chico bastante joven nos acompañó hasta nuestra habitación cargado con las dos bolsas. Era una suite preciosa a la que no le faltaba ningún detalle, toda decorada con pétalos de rosa, una mesita baja donde lucía una bandejita con bombones y una cubitera muy brillante con una botella de cava, un

dormitorio muy amplio con dos mesitas con velitas y una terraza abierta al mar con dos tumbonas y un impresionante jacuzzi. El chico nos fue enseñando la habitación y se quedó plantado de pie hasta que Álex dio el visto bueno y le despidió previa propina bien disimulada. No había tenido tiempo de recrearme cuando se lanzó sobre mí. Me vi atrapada entre un espejo del salón y su cuerpo, con su lengua hasta la campanilla. Empezamos a besarnos como si el mundo se fuese a acabar. Me colgué de él rodeando su cintura con mis piernas y seguimos besándonos hasta que nos dimos una tregua y nos apartamos para coger aire juntando nuestras frentes.

—Cielo, no sabes las ganas que tenía de besarte y tenerte así.

—Y yo cariño, te he echado mucho de menos.

—¿Te gusta el hotel?

—Me encanta cariño, pero no hacía falta tanto, yo contigo estaría en cualquier sitio y esto debe haberte salido por un riñón.

—Y yo contigo, pero quería que nuestro primer fin de semana juntos fuera especial.

—Solo estando contigo ya lo haces especial.

Volvimos a besarnos, esta vez de un modo más dulce y lento. Él me llevó en volandas hasta el sofá. Una vez allí sus labios se separaron y me giró quedando a mi espalda sin parar de besarme el cuello. Me estaba poniendo cachondísima y me incliné un poco hasta quedar mi pecho apoyado contra el sofá. Sin perder un segundo comenzó a desabrocharme los pantalones y a bajármelos mientras iba besando mis piernas hasta quitármelos por completo y arrojarlos en un rincón.

—¿Le tienes mucho cariño a este tanga?

—No, ¿por...?

No me dejó acabar la pregunta, me lo arrancó de golpe.

—Tengo tantas ganas de saborearte...

—Álex.

Instintivamente separé un poco las piernas notando que uno de sus dedos se colaba dentro de mí y empezaba a jugar. Con una habilidad y una fuerza asombrosa pero a la vez con suavidad me elevó del sofá para dejarme sentada

sobre una mesa. Me recliné hacia atrás mientras me separaba los muslos y comenzaba a lamirme. Cerré los ojos mientras su lengua seguía jugueteando con mi clítoris. Estaba a punto de estallar, apreté con fuerza los bordes de la mesa abandonándome a un volcán de sensaciones.

—Álex, te necesito dentro de mí.

Volvió a levantarme con sus fuertes brazos y me llevó hasta la cama. En una maniobra rápida que él no esperaba conseguí tumbarle en la cama boca arriba mientras desabrochaba torpemente sus pantalones con impaciencia. Álex sacó un preservativo de su cartera y se lo colocó mientras me deshacía de mi blusa. Sin esperar ni un segundo trepé sobre él y me senté a horcajadas sintiendo que me penetraba.

—Dios, cielo, eres estupenda.

—Esto es solo el principio, tenemos todo el fin de semana.

Comencé a moverme rápidamente con envites cada vez más intensos mientras sus manos se deleitaban con mis pezones para estallar de placer al llegar al clímax entre jadeos y convulsiones.

—No pares cariño, me vuelves loco.

Y noté como se corría empapado en sudor quedando totalmente rendido entre mis piernas. Ya totalmente relajado me incliné para volver a besarle.

—Es un sueño tenerte aquí —me susurró.

—Para mí también. Después de tantos años no imaginaba volver a verte y menos que estuviéramos así.

—¿Así cómo?

—Pues juntos en la cama después de un magnifico polvo.

—Es lo que hacen las parejas ¿no?

Me aparté un poco de su cara mirándole fijamente a los ojos.

—¿Somos pareja?

—Pues claro, ¿qué te creías? ¿Que te iba a echar unos cuantos polvos y ya está? Te quiero y después de encontrarte no pienso soltarte más.

—Yo tampoco quiero que me sueltes.

—¿Qué te apetece hacer lo que queda de día?

—Mmmm, quedarme contigo todo el día en la cama.

—Y a mí, pero tenemos que alimentarnos.

—Sí, eso sí, se me ha abierto el apetito.

—¿Sexual? —Me miró con cara pícara y entre risas y yo le solté un manotazo sin intención de hacerle daño.

—De ese también bobo pero me refiero a otro tipo de comida. Lo que tu mente pervertida piensa me lo reservo para el postre.

Nos dimos una ducha sin dejar de besarnos y nos vestimos con lo primero que encontramos en nuestro equipaje. Bajamos al restaurante para reponer fuerzas. Sentados uno frente al otro, con dos copas de vino, mientras esperábamos que nos sirvieran vi que Álex se ponía serio como si estuviera decidiéndose a decirme algo.

—Cielo, ¿qué es lo que te ha pasado?

—No te entiendo Alex.

—En la ducha me he dado cuenta de que tienes un enorme moratón en el lado.

Mi cara cambió por completo y el vaso que estaba a punto de tocar mis labios quedó congelado.

—No es nada, solo un golpe tonto.

—Cariño, no me mientas. He visto como has reaccionado, la cara que has puesto cuando te lo he preguntado. ¿Qué no quieres contarme?

—Vale, está bien, pero solo si me prometes que no te enfadarás.

—Me estas asustando.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Le conté lo que había pasado el fin de semana anterior y me excusé en que no quería preocuparlo mientras su mandíbula se tensaba de rabia.

—¡Será hijo de puta! Voy a matarlo.

—Me has prometido que no te enfadarías.

—Sí, pero como comprenderás es un poco difícil no hacerlo sabiendo que te han hecho daño.

—No fue nada. El moratón me lo hice al caer al suelo, él no me golpeó. No dejemos que ese desgraciado nos estropeeé estos días juntos. Manu y Darío ya se encargaron de él.

—Tienes razón mi vida pero prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo amor.

Después de la charla y de no dejar nada en los platos nos dirigimos al paseo marítimo para dar una vuelta cogidos de la mano. El resto del fin de semana solo salimos de la cama para ducharnos y comer algo. Fueron los días más maravillosos que había pasado hasta ese momento.

18

Las semanas habían ido pasando y nos encontrábamos ya en pleno verano, con sus días más largos, sus terrazas abarrotadas y los pintorescos turistas que comenzaban a llegar en masa buscando sol y playa. Los veía pasear junto a la playa como cangrejos despistados hablando las lenguas más dispares. Álex y yo pasábamos mucho tiempo juntos y la mayoría de las noches insistía en que me quedara en su piso alegando que era más grande que el mío y así Andrea y Toni tendrían también más espacio para ellos. Él me llevaba en coche al trabajo, pues su piso quedaba más alejado de la oficina y después de incorporaba al suyo. Yo temía cada día volver a enterarme de que había habido cualquier otro accidente que pudiera arrebatarme de mi lado. Él se había acercado al cementerio a depositar flores y rendir homenaje a la tumba de Víctor, con el que sentía que había contraído una deuda que jamás podría saldar. Se había acercado a visitar a sus padres, que estaban destrozados, para dedicarles su más sentido y emocionado pésame y agradecerles que su hijo le hubiera salvado la vida. Ellos se sintieron orgullosos y le agradecieron el gesto.

Me sentía mucho más tranquila porque mi relación con Álex iba viento en popa y no había vuelto a tener noticias de Leo. Tal vez esta vez habría desistido para siempre de su obsesión. Pasar cada noche en los brazos de Álex me hacía sentirme segura. Lo peor era cuando nos teníamos que separar por la mañana. Costaba mucho el esfuerzo de apartarme de él para ir a trabajar. Como ya hacía bastante calor apetecía salir a tomar algo al aire libre, aunque fuera un día laborable. Por eso había quedado con mi hermana Leire. Quería que conociera mejor a Álex. Bueno, para qué nos íbamos a engañar, yo tenía ganas de llegar a casa y esperar a mi novio desnuda en la cama, pero mi hermana había insistido tanto en quedar con su cuñadito como ella lo llamaba, que había tenido que ceder. Solo le había visto una vez, en el pub, y estaba muy pesada con eso desde que estuvimos comiendo aquel domingo en casa de nuestros padres. Yo le había hablado de él por teléfono y la curiosidad le comía por dentro. Al salir de trabajar ese día quedé en esperarlos en una terraza del paseo marítimo. No llevaba allí sentada ni diez minutos cuando vi

a mi chico y a mi hermana acercándose a mí, riéndose a carcajadas.

—Hola cielo, ¿llevas mucho rato esperando? —Me preguntó Álex acercándose a mí y dándome un beso.

—No, apenas unos minutos.

—¡Hola hermanita! —Saludó Leire con una sonrisa —¡Menudo novio te has echado! Es de un divertido. Sin contar que está como un queso.

—Y vosotros, ¿de dónde venís juntos?

—Creo que mi hermana está celosilla —se burló Leire sentándose frente a mí.

—No digas tonterías, solo que me ha extrañado veros llegar juntos.

—Cielo, nos hemos encontrado en el *parking* que hay al final del paseo.

—Sí y mi *cuñi* venía contándome alguna de tus hazañas de cuando eras pequeña.

—A saber que te habrá contado —respondí aparentando incomodidad.

Pasamos los tres un rato muy agradable, estuvimos picoteando algo y tomando unas cervecitas. A mi hermana y a Álex se les veía con mucha conexión y parecía que se conocían de toda la vida. Nos reímos los tres mucho. Me sentía feliz al ver el buen rollo que tenían, mi familia era muy importante para mí y ver lo bien que Alex y Leire se llevaban me llenaba de felicidad. Nos anocheció allí charlando por lo que decidimos acompañar a Leire hasta su coche y marcharnos a casa. Álex fue a darse una ducha y yo aproveché para sacar de una pequeña maleta un mini camisón rosa de tirantes y tumbarme en la cama a esperar que llegara mi chico. Sin embargo el sueño me venció antes y me quedé dormida. Me despertó la luz del día entrando por la ventana, aún quedaban cinco minutos para que me sonara el despertador según mi móvil. Observé a Álex a mi lado, profundamente dormido, tumbado boca arriba y con el pecho desnudo. Solo le cubría la sábana de cintura para abajo. La levanté un poco con cuidado. No llevaba nada puesto y al verle como dios lo trajo al mundo se me pasó una sola idea por la cabeza. Me deslicé bajo la sábana hasta llegar a la altura de su polla y poco a poco se la fui besando y lamiendo mientras se iba poniendo dura. Escuché a Álex gemir ligeramente aún dormido y me lancé. Me la metí entera en la boca mientras la sujetaba firmemente con mi mano derecha y empecé a succionar y a lamer. Álex levantó

la cabeza un poco mirándome con los ojos bien abiertos y empezó a tensar todos sus músculos.

—Cariño, para o me correré en tu boca —me dijo sin apenas voz.

—Hazlo. Lo estoy deseando.

Apenas unos segundos después su miembro explotó entre espasmos. Le vi volver a cerrar los ojos, aun jadeando de placer.

—¿Piensas despertarme así todos los días?

—Ya veremos, según cómo te portes.

El despertador hacía rato que había sonado sin que nadie lo parara. Se me había ido el santo al cielo y tenía que correr para no llegar tarde.

—Me voy a dar una ducha rápida amor que voy muy justa de tiempo.

—Ya sabes dónde está todo.

—Gracias amor. Voy volando que al final llegaré tarde. Claro, como me has entretenido... —le guiñé un ojo y me metí en el baño.

—¡Serás bruja!

Al salir de la ducha Álex ya se había vestido y me esperaba abajo preparando café.

—¿Ya estás lista, cariño?

—Sí.

—En la mesa te he dejado un café y un par de tostadas.

—Gracias amor, eres un sol.

—Ten. Para que puedas entrar y salir cuando quieras. Sabes que yo suelo llegar mucho más tarde y quiero que te sientas en tu casa. —Me dijo después de entregarme un juego de llaves que había rescatado de un cajón.

—No sé qué decir.

—Entonces no digas nada. Me conformo con un beso.

Llegué al trabajo unos minutos tarde. Manu ya me esperaba con una torre de expedientes. Estaba claro que no me iba a aburrir. A media mañana Manu se ofreció a acompañarme para almorzar en la cafetería habitual. Una vez allí me preguntó por cómo iban las cosas con Álex, si había vuelto a ver a Leo y acabamos hablando de Andrea. Me confesó que estaba un poco preocupado

por ella.

—Llevo varios días viendo a Andrea de bajón. Se lo comenté a Toni pero no le ha podido sacar prenda. Ya sé que últimamente no os veis mucho al estar en el piso de Álex pero tal vez sepas el motivo.

—Andrea lleva rara muchas semanas pero ni Toni ni yo sabemos por qué. No la veo desde el domingo. No sabía que estuviera de bajón.

—Ella niega que le pase nada pero la conozco desde hace muchos años y sé que hay algo que no nos cuenta. Igual tú consigues que te lo explique.

—Lo intentaré, aunque no puedo asegurarte nada, ya sabes cómo es.

—Sí, de sobra, pero si te enteras de algo llámame.

—Lo haré.

—Bueno, creo que deberíamos volver. El deber nos reclama —dijo señalando el reloj.

Ya en mi despacho le escribí un mensaje a Andrea invitándola a comer antes de seguir con mi trabajo. Ella me contestó afirmativamente un rato después. Sobre las tres y cuarto nos encontramos en un restaurante de comida rápida. Andrea no tenía mucho tiempo porque después tenía que volver a su consulta.

—Hola guapísima —la saludé dándole dos besos. Para mí Andrea era como otra hermana y tenía la sensación de que en las últimas semanas nos habíamos distanciado un poco.

—¡Dichosos los ojos que te ven! Se te nota radiante.

—Lo estoy, Álex es increíble.

A pesar de intentar mostrar una expresión alegre me di cuenta de que estaba muy apagada. Andrea nunca había sido la alegría de la huerta, era la antítesis de Toni, siempre muy prudente y responsable. Sin embargo esta vez se le notaba la tristeza en el rostro y hasta sus movimientos parecían lentos y cansinos.

—Andrea, cariño, te he dicho hoy de quedar para comer porque necesito hablar contigo.

—¿Ha pasado algo?

—Eso es lo que quiero que me digas.

—No te entiendo.

—Todos estamos preocupados por ti. Llevamos un tiempo viendo que no eres la misma. Estas apagada y, aunque sé que te encanta tu trabajo, estás todo el día fuera. Haces turnos que ni siquiera te tocan y casi no nos vemos. Y no lo digo ahora que paso poco tiempo en nuestro piso, ya viene de antes. Toni lo ha notado y Manu también.

Agachó la cabeza convenciéndome totalmente de que algo no andaba bien. Conocía esa expresión, se la había visto otras veces, pero ella acababa contándomelo todo. Esta vez parecía atrincherada en su silencio.

—Es complicado Maggie.

—Inténtalo. Sabes que te quiero como a una hermana y no me gusta verte así.

—Lo sé. Para mí también eres como una hermana.

Observé atónita como se derrumbaba y aparecían lágrimas en sus mejillas. Le cogí la mano intentando tranquilizarla. Se limpió las lágrimas pero parecía no tener fuerzas para hablar. Empezaba a pensar que me había equivocado al incitarla a hablar del tema.

—Vamos a hacer una cosa, Andrea. Iré al súper y cargaré el cesto de porquerías y tarrinas de helado. Cuando salgas de trabajar nos sentaremos en nuestro sofá y nos daremos un festín. Seguro que Toni también se apunta. Y si lo crees oportuno nos lo cuentas.

—Me parece bien —no parecía estar del todo convencida pero al menos había aceptado. Pensé que en un ambiente más íntimo se animaría a hablar — pero ¿no vas a volver a casa de Álex esta noche?

—Hoy mi mejor amiga me necesita y no puedo fallarle.

Comimos a toda prisa. Andrea casi no habló en todo ese rato, yo me encargué de hablar por las dos, consiguiendo sacarle alguna sonrisa de vez en cuando con mis payasadas. Una vez sola le escribí un mensaje a Toni explicándole el plan. Él acostumbraba a ver el lado positivo de las cosas y podría resultar de gran ayuda. Pensé en lo bien que estaban Toni y Darío. No se separaban ni un momento pese a ser muy diferentes. Toni era muy afeminado, soltando más pluma que en un gallinero. En cambio Darío no aparentaba ser homosexual ni en la forma de hablar ni en la de comportarse.

Toni era todo locura y espontaneidad. Darío era más centrado y tranquilo. Tal vez ese era el secreto por el que se llevaban tan bien: uno complementaba al otro.

Llené el cesto de todo tipo de guarrerías de las que ningún nutricionista se sentiría orgulloso: pastas de chocolate, galletas, golosinas, patatas fritas y varias tarrinas de helado de diferentes sabores. Eché también varias botellas de vino y una de ginebra por si necesitábamos recurrir al alcohol. Llegué al piso cargada como una mula. Al cabo de un buen rato Toni y Darío aparecieron por la puerta. Toni entró como un vendaval. Darío se fue directamente hacia mí y me dio dos besos

—¡Hola Maggie! Me he acercado a traer a Toni y he pensado en subir a saludar.

—Gracias por la visita. ¿Te apetece tomar algo?

—Muy amable pero solo he subido a saludaros. Tengo un poco de prisa. En otra ocasión.

—A ver si un día quedamos todos y salimos a divertirnos.

—Estaría bien.

Andrea llegó justo cuando Darío salía por la puerta. Un breve saludo y nos quedamos los tres solos. Dejamos que Andrea se ponga cómoda y nos sentamos los tres en el sofá, con ella en medio. Habíamos dispuesto un banquete de grasas sobre la mesita.

—Bueno Andrea. ¿Vas a explicarnos lo que te pasa? —Toni directo al grano. Le regañé con la mirada.

—Veréis... hay un chico.

—¡Madre del amor hermoso que nuestra Andreíta se nos ha *enamorado*!

—Déjala hablar, Toni.

—Perdón chicas que me he emocionado.

—Pues como os he dicho hay un chico. Llevo enamorada de él muchos años pero hasta hace unas semanas no comenzamos a tener algo.

—Pero eso es genial cariño —le dije cogiendo su mano.

No parecía que fuese una noticia alegre para ella. Había algo más.

—¿Y por qué tienes esa cara de muerta? ¿Es un desastre en la cama? ¿No te da mambo?

—Toni, por favor, no seas bruto y cállate de una vez hasta que termine — le regañé. Él se me quedó mirando haciendo el gesto de cerrarse la boca con llave. —Sigue Andrea que éste ya se calla o lo amordazamos.

—Como os decía, hace mucho que estoy enamorada de un chico pero es todo muy complicado. Él no me corresponde como yo quisiera.

—¿No siente lo mismo?

—Parece que no. Hace mucho que lo conozco pero nunca fui capaz de acercarme a él en ese sentido. A mí me bastaba con verlo y hacía todo lo posible para estar siempre cerca de él. Durante una cena del hospital estuvimos hablando. Nos fuimos animando y no sé cómo acabamos liándonos en su casa. Supongo que los dos habíamos bebido un pelín. Desde entonces nos hemos ido viendo a escondidas cada vez que se presentaba la ocasión. Él no quería que nos vieran juntos.

—¿Está casado? —se le soltó el candado de la boca a Toni.

—No, no está casado. No quería que nos vieran juntos porque decía que no estaría bien visto que dos empleados se liaran. Yo quería estar con él como fuese, así que accedí a todo lo que me pedía. Pero hace dos semanas, después de acostarnos juntos y estando aún en su cama, se me escapó decirle que le quería. Desde entonces empezó a mantener las distancias y no hemos vuelto a estar juntos. Me evita y no me llama ni me escribe ni contesta mis mensajes.

—Andrea, entiendo que lo ocultes porque estás enamorada pero no creo que el hospital diga nada porque dos empleados estén juntos. Sabes de sobra que hay varios médicos que están casados y jamás ha habido ningún problema. Entiendo que te sientas mal si él se comporta así pero tal vez no te merece. Tú eres una mujer preciosa y una gran persona y cualquier hombre querría tenerte a su lado. Será duro pero si se comporta así tal vez deberías olvidarte de él y pasar página.

—¿Quién es él? ¿Lo conocemos? —preguntó Toni. La pregunta hizo suspirar a Andrea y empezó a morderse el labio inferior.

—Es David —lo dijo tan bajito que nos costó entenderlo.

—¿Qué David? No recuerdo que me hayas presentado nunca a ninguno.

Claro que si lo teníais en secreto es normal que no lo hayas presentado. ¿Y es del hospital? —soltó Toni como si pensara en voz alta.

—Toni, se refiere a mi hermano.

Andrea asintió avergonzada.

—¡Joder, joder, joder virgencita santa! —es lo único que sabía decir Toni poniéndose de pie y caminando en círculos.

Ahora me empezaba a cuadrar todo.

—Cuando hable con ese imbécil se va a enterar de quién soy yo.

—No por favor Maggie, no le digas nada.

—Pero es que él no te puede tratar así. Si no quería nada o solo sexo te lo tendría que haber dicho desde el principio y no comportarse como un capullo.

—Ya, pero en el fondo la culpa la tengo yo. No debería haberme hecho ilusiones.

—De eso nada mi niña, ni se te ocurra culparte por haberte enamorado. —Toni frenó su paseo por el salón y se puso frente a nosotras con sonrisa siniestra. —No te preocupes que no le vamos a decir nada, pero como que me llamo Antonio que se va a enterar de quienes somos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Tú déjalo en nuestras manos y déjate llevar. Como bien has dicho llevas toda la vida pendiente de él. Ahora le vamos a dar un poco de su propia medicina.

Creí entender a qué se refería Toni.

—De momento no hagas planes para este sábado por la noche. Toca salir todos juntos.

—No sé si me apetece mucho salir chicos —intentó escabullirse Andrea.

—Tú a callar y a dejarte llevar. Hazme caso —ordenó Toni.

Como el chocolate y el resto de las guarradas que había comprado esa tarde parecían no surtir efecto decidimos optar por la bebida. Tres botellas de vino y una de ginebra después estábamos estirados en el suelo riéndonos hasta de nuestra sombra. Andrea se había liberado del peso que llevaba guardado en

su corazón y se había dejado arrastrar por la energía arrolladora de Toni. Un poco de música y nos pusimos los tres a bailar y saltar en el sofá como unos niños rebeldes. Ese fue el escenario que se encontraron Álex y Darío al llegar al piso.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —preguntó Álex que alucinaba con el espectáculo.

—Hola cariño, estábamos tomándonos unas copitas —me acerqué a él dando tumbos y casi sin poder vocalizar para caer en sus brazos intentando darle un beso. Él se retiró un poco enarcando las cejas, alertado por mi aliento a alcohol.

—¿Unas copitas? Más bien unas cuantas botellas —señaló los envases vacíos sobre la encimera.

—¡Holaaaaaa mi amooooo! —gritó Toni saltando y colgándose del cuello de Darío como un mono.

Andrea estaba tirada en el suelo viendo todo el piso girar a su alrededor. Había dejado salir su secreto y se sentía liberada. Casi no podía moverse, pero lucía una cara de felicidad como hacía tiempo que no mostraba.

19

Me dolían todos los músculos del cuerpo. La cabeza parecía estar a punto de estallar en cualquier momento y el sonido del despertador me taladraba el cerebro. Realicé un esfuerzo sobrehumano para despegar mis párpados y poder abrir los ojos. Álex estaba ya vestido sentado al borde de la cama con una taza en la mano.

—Buenos días dormilona —me saludó sonriendo —¿Mucha resaca?

—Mucha, me duele todo. No pienso volver a beber alcohol en la vida.

—Es que ayer os pasasteis unos siete pueblos. Anda, tómate esto —me tendió la taza —es para la resaca.

—¿Qué es?

—Es una fórmula especial que me enseñó mi madre. Lleva verduras básicamente. No es que sea lo más delicioso del mundo pero te ayudará.

—Está malísimo —dije al tomar el primer sorbo con cara de asco.

—Te sentará bien.

—¿Qué hora es? ¡Tengo que ir a trabajar!

—Tranquila. Hablé con Manu y le dije que llegarías tarde porque se te fue un poco la mano con la terapia de Andrea. Se habrá inventado alguna excusa para cubrirte.

—¿Cómo llegué aquí? Lo último que recuerdo es abrazarte en mi piso.

—No estoy muy seguro —dijo pensativo —en tu estado yo creo que viniste subida en una nube o a lomos de un dragón.

—Te lo pasas bien ¿no?

—No te enfades. Como estabas tan mal y Andrea y Toni también estaban muy perjudicados creí que lo mejor era traerte aquí para que descansaras mejor y poder cuidarte. Y tú insistías en que me ibas a... ¿cómo lo dijiste? ¡Ah, sí! “Follar como si tuviéramos que repoblar el planeta entero”.

Me tapé la cara imaginando la de barbaridades que debí decir y que no recordaba.

—No me acuerdo de nada.

—Me costó Dios y ayuda llegar aquí. No había manera de meterte en el coche, te me tirabas al cuello y no me soltabas. Y mejor, porque no te aguantabas de pie. Y tuvimos que hacer dos paradas en el camino para que echaras la pota. Por cierto, esta mañana debe haber un jardinero del ayuntamiento muy cabreado con el que le potó sobre las flores. Ya le daré tu número —me guiñó un ojo.

—¡Qué vergüenza! —me acabé el potingue como pude.

—Darío se quedó a cuidar de Toni y, ya que estaba, también de Andrea.

—Luego les llamaré para ver cómo están. Ahora voy a darme una ducha a ver si me despejo.

Al levantarme de la cama me di cuenta de que solo llevaba puestas las braguitas. Supuse que Álex debió desnudarme antes de que cayera como una piedra sobre el colchón. La cabeza me seguía doliendo horrores y seguía sintiendo náuseas. Esperaba que la ducha me ayudara a recuperar un mínimo de autocontrol. Funcionó mejor de lo que esperaba. Cuando bajé las escaleras, la resaca había remitido ligeramente. “Tal vez sí que funciona el mejunje ese”, pensé. Álex tenía libre ese día, así que no tenía mucha prisa. Se ofreció a llevarme al trabajo como solía hacer todas las mañanas que me despertaba en su cama. A medio camino, detenidos en un semáforo, se acordó de algo.

—Anoche no te lo pude comentar porque no estabas en condiciones, pero ayer hablé con mi madre.

—¿Todo bien?

—Mejor incluso. Me ha dicho que quiere venirse aquí una temporada. — Eso no me lo esperaba.

—¿A tu piso?

—No, no. Yo se lo ofrecí claro, es mi madre. Pero me dijo que no, que no quería entrometerse en mi relación contigo.

—No quiero ser una molestia. Al fin y al cabo yo tengo mi propio piso.

—Sí, se lo dije también, pero ella insistió en que ya tenía reservado un pequeño apartamentito no muy lejos de aquí. Solo hay un pequeño inconveniente que quería comentar contigo.

—¿De qué se trata?

—Me ha pedido si puedo ir a buscarla el sábado para ayudarle con el equipaje y sus cosas. Volveríamos el domingo.

—No tengo nada que hacer el sábado.

—Ya, eso no era todo. Es que sería mejor que te quedaras aquí.

—¿No quieres que te acompañe?

—El viaje es largo y conociendo a mi madre necesitaré algo más que el maletero para traerlo todo. Espero que no te importe.

—No, claro. Lo entiendo. —Mentí porque en realidad me hubiera gustado acompañarle. —Aprovecharé esa noche para salir con la pandilla. Prometo no beber... demasiado.

—Me alegro de que seas tan comprensiva. Esa es otra razón por la que te quiero.

Un minuto después llegamos a la oficina. Álex paró un momento en doble fila mientras yo me deshacía del cinturón de seguridad y salía del vehículo.

—Nos vemos esta tarde —le dije ya desde fuera, aguantando la puerta y asomando la cabeza.

—Te quiero.

Sonreí y cerré la puerta. Él esperó a verme entrar para reanudar la marcha. Entonces pensé que yo no le había respondido. De hecho, en ese momento me di cuenta de que nunca le había dicho “te quiero”.

20

El sábado llegó. Era un día muy soleado. Las temperaturas se habían disparado y el calor empezaba a ser ya considerable. Álex y yo habíamos vuelto a pasar la noche juntos. Como no nos íbamos a ver hasta el día siguiente aprovechamos la noche anterior para desatar nuestra pasión y dormir bien abrazaditos.

Manu había pillado un cabreo considerable cuando le había contado lo de David. Se llevaba bien con mi hermanito pero quería mucho a Andrea. Él siempre se había preocupado mucho por nosotras y nos había cuidado desde que éramos niñas. Le había pedido que no se entrometiera, que Toni ya había maquinado un plan para darle un buen escarmiento.

Álex me dejó en su piso después de comer. Él partiría de inmediato a casa de su madre y se quedaría a pasar la noche. Nos despedimos con un largo beso y un fuerte abrazo, no sin antes hacerle prometer que tendría mucho cuidado al volante. Él levantó la mano como si de un juicio se tratase y me pidió que fuese buena esa noche pero que me lo pasara genial. Aprovecharía para echarme una siesta y así estar más despierta para la juerga. Después una ducha y a prepararse para ir a mover el cuerpo. Leire se había encargado de llamar a David y, según nos contó después, le había costado convencerlo para que se apuntara. Por supuesto también vendrían Manu, Andrea, Toni y Darío y dos amigos suyos: Carlos y César. Me maquillé solo con un poco de sombra de ojos, la raya muy fina y un poco de brillo en los labios. Me puse el vestido negro con escote de pico y que había comprado esa misma semana y unos tacones de color rojo. Un bolso negro y un fular rojo a conjunto con los zapatos y ya estaba lista para comerme la noche. Al final decidí coger un taxi, no es que el sitio donde habíamos quedado estuviera muy lejos, pero entre los tacones y que ya llegaba muy justa de tiempo no quería empezar la noche con la lengua fuera. Todos estaban ya sentados en una mesa alargada del restaurante cuando llegué. Darío me presentó a Carlos y César y me senté en un hueco que me habían dejado entre Andrea y Manu. Andrea se había situado premeditadamente al lado de Carlos, con David en la otra punta. La verdad era que los amigos que había traído Darío parecían muy simpáticos y, en especial

Carlos era realmente guapo. Tenía una melenita corta de color rubio y los ojos de un azul profundo. No era mucho más alto que Andrea pero a pesar de ser más bien delgadito se notaba que se machacaba en el gimnasio. Tenía ese no sé qué que le hacía atractivo. Toni me había llamado esa misma mañana para hablarme de él, ya que lo conocía de su relación con Darío. David estaba más serio de lo que en él era habitual. Noté en varias ocasiones como miraba de reojo a Andrea y como ésta y Carlos no paraban de hablar y reírse juntos. En una de esas ocasiones se dio cuenta de que yo le miraba y disimuló contarle algo interesante a Leire. Andrea estaba guapísima esa noche, no la había visto nunca con ese vestido que llevaba, demasiado escotado y la falda demasiado corta para su estilo. Toni me confirmó más tarde que había sido cosa suya. Se la había llevado de compras esa misma mañana. Toni pareció leerme el pensamiento y me guiñó un ojo. Acto seguido se levantó con la excusa de ir al lavabo y me hizo un gesto para que le siguiera intentando que nadie lo viera. Esperé unos segundos y me levanté tras él con el mismo pretexto. Toni me esperaba escondido sin llegar a entrar y nos pusimos a cuchichear fuera del campo de visión de los demás.

—¿Has visto la cara que tiene tu hermano desde que ha llegado? Todo lo que tiene de guapo lo tiene de serio, pero hoy se nota que esta cabreado.

—¡Que se joda! Él se lo ha buscado. Si no quiere nada con Andrea que la deje hacer su vida.

—Pues sí, eso es lo que yo le he ido diciendo a Andrea todos estos días y parece que ha cambiado el chip.

—Sin duda. Vaya vestido. Nunca la había visto con algo tan atrevido.

—Se acabó el vestir como una monja. Tú tal vez no te has fijado pero hay varios tíos en el restaurante que no le han quitado el ojo desde que llegó.

—Pues conociéndola me extraña que no se haya escondido detrás de aquel jarrón enorme.

—¿Escondirse? Nuestra Andrea ha salido del nido y ahora vuela libre. ¿No has visto lo suelta que está con Carlos?

—Sí, me alegro por ella. A ver si esta noche se lleva una alegría para el cuerpo con Carlos. No está nada mal el muchacho.

—Realmente sería una sorpresa para todos —ríó y yo sentí como si se

me escapara algo —pero no hace falta que lo haga. Basta con que tu hermano piense que puede hacerlo. ¿Te has fijado que está a punto de reventarle la vena del cuello? Creo incluso que en vez de pelirrojo se está volviendo albino.

Asomé la cabeza para fijarme en mi hermano sin que él pudiera verme y Toni tenía razón. La cara era todo un poema y por debajo del mantel tenía los puños tan apretados que se le empezaban a poner morados. Al girarme hacia Toni no pudimos evitar estallar en carcajadas. Tanto que incluso vimos cómo se daban la vuelta varias mesas.

El resto de la cena fue tan divertida como siempre que nos juntábamos. Echaba de menos a Álex pero estaba disfrutando de la compañía de mis amigos. Una vez acabamos de cenar decidimos seguir la fiesta en una discoteca de moda de las afueras de la ciudad. Era necesario ir en coche porque quedaba un poco lejos, así que nos repartimos en la puerta del restaurante. Por primera vez en toda la noche escuché hablar a mi hermano.

—Andrea, tú podrías venir conmigo en mi coche.

Toni, Manu y yo que conocíamos la historia nos quedamos mirando a Andrea y, seguidamente, a David.

—¡Uy, no David, lo siento! Carlos se ha ofrecido a llevarme en su moto y ya sabes que me gustan mucho las motos. No podía rechazar su oferta —acto seguido le cogió la mano a Carlos y le invitó a guiarla hasta la moto.

—¿A Andrea le gustan las motos? ¿Desde cuándo? —me preguntó al oído Manu aguantando la risa.

—Por lo visto desde esta noche —le respondí muy bajito.

—Pues ole con ella porque menudo *zasca* le ha dado a tu hermano —me volvió a susurrar Manu al oído.

—¡Ahí, que coño tiene la tía! Y se lo ha soltado sin despeinarse —nos dijo Toni cuando David ya se había marchado con Leire.

Entonces Manu ya no pudo aguantar la risa y nos echamos los tres a reír al recordar la cara de gilipollas que se le había quedado a mi hermano.

Llegamos a la discoteca y la cola para entrar era deprimentemente larga. Por suerte Toni tenía contactos y nos la ahorramos casi por completo. La *disco* tenía dos plantas. En la primera estaba la pista de baile en el centro y alrededor todo era barra. Quedaba abierta para la segunda planta, donde

estaban los reservados con sofás y mesas, desde donde se podía ver a la gente bailar pero también tener algo más de intimidad. Andrea y Carlos ya estaban allí sentados, riéndose. Carlos tenía una copa en una mano mientras la otra reposaba sobre la rodilla de mi amiga.

—¡Helloooo chicos! ¡Ya estamos aquí! —los interrumpió Toni.

Manu, Darío y César se fueron directamente a la barra a pedir alguna bebida. Toni estaba como loco por ir a bailar, me cogió de la mano y me llevó escaleras abajo, casi arrastrándome hasta la pista de baile. A los pocos minutos vimos a Leire que acababa de llegar con David y estiraba el cuello buscándonos. Le hice una señal para que se acercase. David le comentó algo y se marchó para otro lado. Varias canciones después el resto del grupo se unió a nosotros, menos Darío y César que se apoyaban en la barra explicándose cosas que nos escuchábamos desde donde estábamos, pero que parecían muy graciosas por cómo se comportaban. Tampoco estaba David, al que fugazmente vi en otra barra apurando un cubata, totalmente solo. Solo por una pequeña fracción de segundo sentí algo de pena por él, no dejaba de ser mi hermano, pero se me pasó rápido al ver lo bien que se lo estaba pasando Andrea.

Sobre las tres de la madrugada, después de algunas copas y sin haber dejado de bailar ni un minuto, mis pies empezaron a protestar. Necesitaba sentarme. Decidí subirme un rato a recuperar fuerzas en el sofá de la parte superior. Allí se habían trasladado Darío y César para seguir con sus historias. Me pasé un rato hablando con ellos, preguntándoles de que se conocían y recabando información sobre Carlos. Observé a todos los demás, en medio de la pista dándolo todo, con Toni como maestro avanzado. Bien, a todos no, Andrea y David no estaban con ellos. Me acerqué a la barandilla para intentar localizarlos y los vi en una zona un poco apartada de la pista. Parecían estar discutiendo. Me los quedé mirando sin plantearme ni siquiera intervenir, al fin y al cabo ya eran mayorcitos para solucionar sus problemas. Repentinamente me vino a la cabeza Álex. Me había escrito un mensaje durante la cena para informarme de que había llegado bien y de que ya estaba en casa de su madre. Me vino a la memoria la cara de felicidad con la que me había explicado que su madre iba a venir. Sabía que la echaba de menos y que tenerla cerca era como recuperar una parte de la familia que creía haber perdido. Me sentí algo melancólica y el cansancio empezó a superarme. Opté por despedirme y

marcharme a casa. Tenía las llaves del piso de Álex y él me había propuesto que me quedara allí para poder verme cuando él llegara el domingo.

—Bueno chicos, yo me voy a ir ya —le dije a Darío.

—¿Y eso?

—Estoy agotada. Ya son las cuatro y prefiero no volver muy tarde.

—Espera un minuto que bajo a buscar a Toni y te llevamos.

—¿Y romperle el ritmo que lleva? Se ha hecho el rey de la pista.

—No puedo dejar que te marches sola, si te pasa algo Álex me mata. Le prometí que te vigilaría aunque se supone que no debía decírtelo.

—No, de verdad. No hace falta. Sé cuidarme sola. Quedaos y disfrutad un poco más. Álex es demasiado protector.

—¿Y cómo vas a volver?

—Llamaré un taxi.

—Bueno, pero al menos deja que te acompañe hasta coger el taxi. Me quedaré más tranquilo.

—Bueno vale, eso sí —concedí.

Me despedí de todos en un ritual de besos, abrazos y súplicas para que me quedara al que ya me tenían acostumbrada. David se había marchado sin despedirse y Andrea volvía a estar pegada a Carlos.

—Ya me dirás como acaban estos dos —le dije a Toni, haciendo un gesto hacia Carlos y Andrea.

—No creo que acaben de ninguna manera, cielo. ¿De qué crees que conoce a Darío?

Puse cara de no entender nada mientras Toni se descojonaba.

—Carlos es gay. Y un gran actor, ¿no te parece?

—Pero Andrea parece coladita por él y se suponía que teníamos que ayudarla, no volver a putearla.

—Andrea lo sabe todo. Yo se lo expliqué y ella estuvo de acuerdo. Lo que queríamos es ver la cara de gilipollas que se le quedaba a tu hermano y creo que lo hemos conseguido con creces. Ella no tenía ganas de revolcarse con nadie esta noche, ya la conoces. Solo quería que David se llevara un buen

chasco. Ahora nuestra Andrea ya está lista para ir a buscar otro *pescaíto*.

Me la quedé mirando mientras escuchaba a Toni. Allí bailando, totalmente desinhibida, con ese precioso vestido y sin parar de sonreír. Me sentí muy feliz por haber recuperado la alegría de mi mejor amiga. Y también me fijé en cómo la miraba media discoteca. Si tenía seguridad en sí misma y había conseguido olvidar a David no tendría problemas en encontrar a alguien que realmente valorara todo lo que ella era capaz de ofrecer.

Darío se había encargado de llamar a un taxi que ya estaba esperándome en la puerta. Hasta que no lo vio marcharse conmigo dentro no volvió a entrar. Me hizo prometer que le escribiría un mensaje para confirmar que había llegado bien. Eché la cabeza hacia atrás acomodándome en el asiento, sintiendo mis pies hinchados. Me relajé tanto que un poco más y no me quedé dormida. Aproximadamente en media hora el taxi se detuvo frente al piso de Álex. Estaba deseando quitarme esos zapatos, quedarme en pelotas y meterme en la cama. Subí por el ascensor y aproveché para escribir a Darío mientras me aproximaba a la puerta. Conociéndole seguro que llevaba un buen rato con el móvil en la mano, esperando mi mensaje. Le puse que ya había llegado y le di las gracias por preocuparse tanto. Acababa de apretar el icono de enviar cuando alguien me agarró por detrás, sujetándome con fuerza y tapándome la boca con una mano.

—¡Hola, amor mío! ¿Me has echado de menos? —escuché la voz de Leo pegada a mi oído.

Me empujó obligándome a quedar con la espalda pegada a la pared del pasillo, junto a la puerta. Rápidamente se abalanzó sobre mí y, mientras me tapaba de nuevo la boca con su mano izquierda, me enseñó un afilado cuchillo que llevaba en la otra mano. Me miró fijamente a los ojos. Yo noté que la sangre se me helaba al notar el frío filo del cuchillo en mi cuello.

—Ahora vas a abrir la puerta, zorra. Y ni se te ocurra gritar o esta pequeña aventura acabará con sangre. ¿Me has entendido?

Asentí muerta de miedo y él fue aflojando la presión de mi boca pero sin apartar el cuchillo.

—Leo, por favor...

—Te he dicho que abras la puerta y cierres la boca, ¿o es que aparte de

ser una puta ahora eres sorda?

Preferí no arriesgarme a decir nada más. Con las manos temblorosas abrí la puerta del piso. Nada más abrirla un fuerte empujón me arrojó contra la pared del recibidor, golpeándome en la cadera con el mueble. Retorciéndome por el dolor traté de girarme hacia Leo pero él ya había cerrado la puerta y me agarró del pelo obligándome a echar la cabeza atrás. En un intento por soltarme de él me caí al suelo. Él volvió a agarrarme y empezó a arrastrarme mientras yo pataleaba intentando escapar. Era inútil, Leo era mucho más fuerte que yo y mi resistencia cedió aún más cuando me golpeó con su puño en la boca del estómago.

—¿Ves lo que me haces hacer? —me gritó.

—Dime qué quieres, Leo.

—Ya lo sabes. Tú sabes que eres mía.

—No soy tuya. Lo nuestro terminó —intenté recuperar el aliento aprovechando que me había soltado el pelo.

—Lo nuestro nunca terminará, siempre estaremos juntos.

Reuní fuerzas para levantarme y echar a correr hacia la salida, pero Leo reaccionó rápido impidiéndome abrir la puerta. Empezamos a forcejear y de un nuevo empujón me lanzó contra el sofá. Reaccioné rápido y agarrando la lámpara de la mesita le golpeé en la cabeza cuando se abalanzaba sobre mí. Él no parecía sentir dolor y cada vez estaba más furioso. Un pequeño hilillo de sangre empezó a resbalarle por la frente. Se la limpió con la manga y se preparó para volver a la carga. Giré el cuello buscando algo más con lo que golpearle y vi que el cuchillo estaba tirado a unos dos metros de mí. Cogí impulso y me lancé a cogerlo. Leo pareció haberme leído el pensamiento y fue más rápido. Sentí un fuerte golpe en la cabeza y todo quedó a oscuras.

21

“ALEX”

Eran las doce de la mañana cuando llegamos a Málaga. Había hecho el trayecto en menos tiempo del previsto. Nos habíamos levantado muy temprano. Mi madre quería llegar antes de la hora de comer para instalarse y poder familiarizarse con el apartamento. Un hombre que rozaba la cincuentena nos estaba esperando para entregarnos las llaves. Ayudé a mi madre con las maletas y le prometí volver más tarde para comprobar que todo estuviera en orden. Me disculpé alegando que tenía que pasar por mi piso para ir a buscar un par de cosas pero la realidad era que me moría de ganas de ver a mi Margarita. No hacía ni veinticuatro horas que nos habíamos separado pero habían parecido meses. Estaba algo cansado del viaje y de haber cargado maletas y me apetecía una ducha reparadora y algo de comer. Darío me había escrito un mensaje sobre las cinco de la madrugada explicándome que Margarita se había marchado antes pero que había llegado bien. No tenía noticias de ella desde unas horas antes. Me había enviado algunas fotos haciendo el burro con Toni y los demás. Me sentí un poco mal por no haberla podido acompañar aquella noche. Pensé en encontrármela todavía en la cama descansando. Esta vez iba a ser yo el que la despertara cariñosamente mientras jugaba con su sexo, como había hecho ella unos días antes. La imagen de ella tumbada desnuda en la cama, con los ojos cerrados, apareció en mi mente y no pude evitar excitarme. Borré esa imagen para centrarme en el tráfico, no era plan de tener un accidente a unos metros de casa cuando había recorrido tantos kilómetros. Aparqué un par de calles más allá y fui acelerado hasta la entrada del edificio, como un niño que acaba de levantarse el día de reyes y corre a ver los juguetes que le han traído. Cuando llegué me di cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave. Era raro, pues solíamos cerrarla siempre. Pensé que igual Margarita no estaba acostumbrada a hacerlo y se había descuidado. Entré intentando no hacer ruido para no despertarla si aún dormía. Nada más cruzar la puerta vi un pequeño cuenco que tenía en el recibidor y que habitualmente utilizaba para dejar las llaves cuando llegaba. Estaba tirado en el suelo. También el juego de llaves que le había dado a

Margarita junto a su bolso. Lo recogí todo y lo dejé sobre el mueble, asomando la cabeza al salón. Darío no me había dicho que Margarita estuviera tan borracha como para tropezarse y que se le cayeran las cosas al entrar. Más bien me dijo que casi no había bebido esa noche. Las alarmas se encendieron totalmente al ver cómo estaba el salón. Había una lámpara en el suelo, rota junto al sofá, que a su vez estaba como si una manada de leones hubiera estado allí peleando. Incluso había una pequeña mancha de sangre. La mesita baja estaba movida y al caminar por allí crujieron algunos cristales. ¿Qué demonios había pasado? Con el corazón en un puño salí corriendo escaleras arriba con la esperanza de encontrármela durmiendo plácidamente. No estaba en la cama. Ni en el lavabo. Ni en ningún sitio. Grité su nombre varias veces. Silencio. Había desaparecido. Marqué su número. Su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intenté dos veces más con idéntico resultado. Decidí que lo mejor era llamar a la policía. Después de estar un rato en espera cambié de opinión y marqué el número de Darío.

—Diga —sonó al otro lado de la línea. Por el tono parecía que le había despertado.

—Darío, por favor, ¿puedes venir a mi casa? Es urgente.

—Hola Álex, ¿qué ocurre?

—A Margarita le ha pasado algo. No está en casa y su teléfono no da señal.

—Puede que haya salido un momento y no tenga cobertura —escuché que Toni le comentaba algo de fondo.

—No lo sé Darío, no lo sé, pero acabo de llegar a casa y me he encontrado con varios cosas tiradas y sangre en el sofá. Y ella no está. Su bolso estaba en el suelo. Y las llaves. Y...

—Tranquilo Álex. Salgo disparado para tu piso. ¿Has llamado a la policía?

—Lo he intentado pero no cogen el teléfono. Te cuelgo y volveré a probar.

Volví a marcar el número de la policía mientras recorría el salón con la mirada y rezaba en mi interior porque Margarita estuviera bien. Me imaginé lo que debió sentir ella cuando se enteró por la tele del derrumbe que acabó con

la vida de Víctor y de la incertidumbre por saber si podía ser yo. El pánico empezó a adueñarse mí y comencé a llorar. No quería volver a perderla. No con lo que me había esforzado porque estuviéramos juntos. Estuve un buen rato hablando con una señorita muy agradable que después me pasó con algún responsable de algo así como un departamento de desaparecidos. El hombre, que se notaba que estaba acostumbrado a tratar estos casos intentó por todos los medios que me tranquilizara mientras ordenaba que una patrulla se desplazara a mi domicilio. Nada más colgar me derrumbé en el sofá, con las manos la cara. Una mano en mi hombro me hizo reaccionar. Darío y Toni habían llegado. Al entrar me había dejado la puerta abierta.

—Tranquilízate, verás como estará bien —me dijo Toni mientras me abrazaba.

—No entiendo que ha podido pasar. Ella me escribió y me dijo que había llegado bien. Lo siento mucho Álex.

—No te culpes, Darío. La policía está de camino. Creo que lo mejor será que no toquemos nada. Incluso mejor si esperamos fuera.

Toni estaba muy pálido y casi no se atrevía a abrir la boca. Desde que lo había conocido era la primera vez que lo veía tan callado. Nos dirigimos los tres al rellano en el momento en que salían del ascensor Manu y Andrea.

—Toni nos ha llamado para contárnoslo y hemos venido todo lo rápido que hemos podido. ¿Aún no ha llegado la policía? —preguntó Manu.

—Están de camino.

—He probado de llamarla yo también y no contesta —informó Andrea.

—Alguien debía estar esperándola. Su bolso y sus llaves estaban en el suelo junto a la puerta.

—Anoche llevaba un vestido negro. ¿Has visto si está en algún sitio? — la pregunta de Andrea nos pilló a todos en fuera de juego.

—No he visto ningún vestido salvo que lo guardara en el armario o en su maleta, pero no entiendo por qué crees que eso es importante.

—Si el vestido está aquí es que llegó y se cambió. Tal vez dejó las llaves y el bolso en la entrada y se preparó para meterse en la cama. Entonces la persona que la atacó tuvo que haber llamado a la puerta o haber forzado la cerradura.

—La cerradura no parece forzada —inspeccionó Darío sin llegar a tocar la puerta.

—¿Por qué crees que alguien la atacó?

—Si las cosas estaban en el suelo, había cristales rotos y sangre es que alguien debió atacarla. Y luego se la llevó.

—Entonces si el vestido no está es porque se la llevó con él puesto. Eso querría decir que había alguien esperándola. Si la cerradura no estaba forzada descartamos a un ladrón. Todo junto me hace sospechar de cierto acosador que todos conocemos —Andrea parecía toda una detective.

—Leo —sentenció Álex.

—Sé que es la primera opción que se nos viene a la cabeza pero solo son suposiciones. No somos detectives y no tenemos ninguna prueba. Creo que lo mejor es dejar que la policía haga su trabajo —sugirió Manu.

—¿Habéis avisado a su familia? Tal vez la han secuestrado para pedir un rescate. Su familia tiene mucho dinero.

—Ahora llamo a Leire —se ofreció Andrea.

Dos policías hicieron su aparición. Mientras uno revisaba el piso con la mirada el otro escuchó mi declaración. Le expliqué que yo había llegado esa mañana y me había encontrado el piso así. Que por lo que sabíamos todos, Margarita había llegado allí aproximadamente a las cinco de la madrugada porque era la hora en la que Darío había recibido su mensaje. Darío enseñó el mensaje al policía. Que no parecía haber constancia de que hubiese estado durmiendo allí y que no respondía a nuestras llamadas. El policía escuchó atentamente y anotó un par de datos. Su compañero apareció con guantes y algo en la mano.

—¿Sabéis si esto es de la desaparecida? —nos enseñó una bolsita de plástico en la que había una pulsera de cuero negra y marrón.

—No ha habido visto nunca —dije yo.

—Yo sé de quién es —intervino Andrea.

—¿De quién es, Andrea?

—De Leo.

—¿Quién es Leo? —preguntó el otro policía.

—Su exnovio. ¿Estás segura Andrea?

—Segurísima. Yo estaba con ella cuando la compramos. Me dijo que se la iba a regalar.

Eso confirmaba nuestras sospechas. Leo se la había llevado. O algo peor.

—¿Cómo se apellida ese tal Leo? —volvió a preguntar el policía.

Andrea empezó a relatarle al policía todo lo que sabía de Leo. No sabía su apellido pero Manuel sí, ya que trabajaban en la misma empresa. Yo notaba un fuego que iba creciendo en mi interior. Si le había hecho algo a mi Margarita lo iba a lamentar y mucho. Me sentía capaz de cualquier cosa. Debía aparcarme mi furia para no cometer ninguna locura pero mis esfuerzos eran en vano. Odiaba a aquel cabrón.

Después de reunir toda la información el policía realizó un par de llamadas mientras su compañero seguía fotografiándolo todo.

—Hemos averiguado el domicilio de Leo. Una patrulla va de camino. Ahora vamos a precintar el piso. Sería mejor que nadie entre mientras acabamos de revisar todas las posibles pruebas. Les recomiendo que se marchen a casa. Si se trata de un secuestrador tal vez contacte con la familia para pedir un rescate.

—Si ha sido Leo no se trata de un rescate. ¡Ese tío está loco! —protestó Toni.

El policía insistió en que se marcharan todos menos yo, por supuesto, ya que era mi piso y además aquel policía parecía que me consideraba también sospechoso por ese motivo. Yo no lo entendía pero debía ser habitual en cualquier investigación que el novio fuese el primer sospechoso, especialmente si encontraban sangre en su piso. Valoré si mi madre tendría que declarar para validar mi coartada pero decidí que de momento no me estaban acusando. Al menos formalmente. Si habían enviado una patrulla a casa de Leo era por algo. Bajé a acompañar al grupo hasta la calle para dejar trabajar a los policías. Una vez allí Andrea se acercó a mí.

—Estoy segura de que no está en su piso —su seguridad me pilló por sorpresa.

—¿Por qué crees eso?

—Porque Leo es un cabrón, pero no es tonto. Sabe que allí sería el

primer sitio donde irían a buscarla.

—Entonces puede haberla llevado a cualquier sitio.

—No estoy tan segura.

Se giró para hablar con Toni y Manu.

—Necesito que me acompañéis a nuestro piso. Necesito ir a buscar una cosa. Deprisa.

Y después de la sorpresa inicial por la reacción de Andrea los tres desaparecieron calle abajo. Darío y yo nos quedamos allí. Él no quería dejarme solo. Mis pensamientos cada vez eran más horribles. A saber de lo que era capaz ese maníaco. Volví a derrumbarme como un niño asustado, llorando de impotencia sobre el hombro de Darío.

22

Me desperté tumbada en una cama, con un espantoso dolor de cabeza, sin saber bien lo que había pasado. No estaba en el piso de Álex. Recordé que el loco de Leo me había atacado allí y me había golpeado fuerte en la cabeza. Intenté levantar la mano derecha para tocarme la nuca, sospechaba que debía tener un buen chichón. Reparé entonces en que tenía las manos y los pies atados a la cama. No podía moverme. Seguía llevando el mismo vestido negro de esa noche pero estaba todo sucio y descosido en algunas partes. Inspeccioné como pude lo que tenía a mi alrededor. Aquella habitación me era familiar. Ya había estado allí alguna vez pero no acababa de recordar cuándo. Intenté liberarme sin éxito. Vi por la ventana que empezaba a oscurecer. Debía llevar horas en ese sitio. Me animé pensando que Álex ya debía haber vuelto de su viaje y que estaría buscándome. Ojalá llegara a tiempo. Leo estaba muy trastornado y debía agradecer estar viva. Un golpe como el que había recibido podía haberme matado. Levanté como pude el cuello y distinguí una cómoda con varios cajones. Sobre ella había varias fotos. Reconocí a Leo en una de ellas. Había una especie de casa de campo detrás. Entonces recordé donde estaba. Se trataba de una casa de campo que sus padres tenían a unos cuarenta kilómetros de la capital. Habíamos estado allí algunas veces. Sus padres ya no iban nunca y habían pensado en venderla. Fue en aquella casa donde Leo y yo nos acostamos juntos por primera vez. Recordaba lo agradable que había sido aquel día y lo cariñoso que se había mostrado. Lamenté mucho en lo que se había convertido. Deseé con todas mis fuerzas que aún quedara algo bueno dentro de él.

El pánico se adueñó nuevamente de mí y me puse a gritar asustada. Sabía que era inútil. No había más casas por allí cerca. La casa de los padres de Leo estaba apartada de todo y de todos. Me sentí desfallecer. Mis gritos debieron alertar a Leo, que inmediatamente entró en la habitación con una sonrisa de satisfacción.

—Ya era hora de que despertaras. Empezaba a pensar que te había golpeado demasiado fuerte.

—Suéltame por favor. No sé qué quieres de mí.

—Claro que lo sabes —me dijo acercándose a la cama y empezando a acariciar mis rodillas para luego ir subiendo lentamente.

—¡No me toques!

—No creo que estés en disposición de decirme lo que debo y no debo hacer. Ya no. Te has pasado meses repudiándome. Ahora estamos tú y yo solos, como antes.

—¡Estás loco! La policía debe estar buscándome. ¿No te das cuenta de que esto no puede salir bien?

—¿Acaso piensas que tu bomberito va a aparecer a rescatarte? —movió el dedo negando.

—¡Desátame ahora mismo!

—Creo cariño que aún no has entendido como va esto. Tú aquí no das las órdenes. Como te he dicho eres mía, siempre lo has sido. Y si no puedo tenerte no serás de nadie más y mucho menos de ese bomberito.

—Leo —intenté parecer calmada —necesitas ayuda. No estás bien. Ahora me doy cuenta de que debería haberte ayudado. Déjame hacerlo. Aún no es tarde.

—Ahora mismo no creo que sea yo el que necesita ayuda, cielo. Ahora te vas a estar muy quietecita o lo lamentarás. Voy a desatarte los pies.

Deshizo los nudos y sentí un poco alivio al poder mover las piernas, que empezaban a agarrotarse.

—¿Recuerdas que fue en esta cama donde echamos nuestro primer polvo? —Empezó a acariciarme los muslos por debajo de la falda —Desde ese día te clavaste en mi alma. Sentí que no podría ser nunca más el que había sido antes de conocerte. Me volviste loco de amor.

—Creo que confundes amor con obsesión.

Sus manos subieron hasta rozar mis bragas. Sentí la bilis subiendo por mi garganta. Tenía ganas de vomitar. Sin dejar de acariciarme se puso sobre mí. Podía oler su aliento. Tuve que controlar las arcadas.

—Llevo meses soñando con estar aquí los dos juntos como en aquella ocasión —introdujo una mano en mis bragas —y sé que en el fondo tú también lo deseas.

Intenté mantener la calma buscando una escapatoria mientras empezaba a mover la mano acariciándome.

—Te voy a follar como nadie lo ha hecho jamás —sacó su mano y empezó a desabrocharse el pantalón.

Intentando contener las lágrimas decidí jugar mi última carta.

—Está bien, Leo. —Mis palabras le pillaron por sorpresa y se detuvo — Tienes razón. No he sido sincera contigo.

Su expresión estaba a medio camino entre el halago y el escepticismo pero me permitió continuar.

—Yo también te deseo. Lo he hecho siempre pero me empeñaba en negarlo. Aquella noche aquí fue muy especial, inolvidable. Nunca había amado a nadie como te amé a ti —mentí.

Leo no parecía muy convencido pero mostraba curiosidad por saber cómo iba a acabar aquello.

—Sin embargo no me gustaría empañar aquel recuerdo tan bonito. Si tenemos que estar juntos debemos reiniciar nuestra relación como la primera vez. Quiero que nos amemos aquí y ahora.

Terminó de desabrocharse el pantalón más lentamente y empezó a bajárselo. Pude ver su erección pero intenté seguir aparentando calma.

—Pero no puedo amarte como aquella vez atada a esta cama. Quiero poder abrazarte y besarte como aquel día. Déjame demostrarte que aún sigo queriéndote.

Leo no se movía. Me miraba serio sin estar convencido de mis palabras. Estaba a punto perder toda esperanza cuando, sin decir nada, empezó a aflojarme uno de los nudos.

—Si descubro que me estás mintiendo lo lamentarás —me amenazó.

En cuanto tuve una mano libre empecé a acariciarle el pelo y acerqué su cara para besarle conteniendo el asco que sentía y confiando que no se diera cuenta de ello. Liberó mi otra mano. Ahora tenía su cara entre mis manos. Seguí besándole mientras notaba como me acariciaba un pecho. Entonces saqué toda la rabia contenida y con un gesto rápido levanté la rodilla para impactar en sus huevos con toda la fuerza que pude. Él cayó a un lado de la

cama retorciéndose de dolor y con los pantalones por los tobillos. Eché a correr descalza por toda la casa mientras le escuchaba maldecirme. Traté de hacer un mapa mental de la casa buscando una salida. Bajé las escaleras que daban a la planta inferior a toda velocidad y me abalancé sobre la primera puerta que vi que daba al exterior y giré el pomo. Estaba cerrada con llave. El muy cabrón me había encerrado allí con él.

—¡Te voy a matar, puta! Te avisé de que lo lamentarías —escuché como se dirigía hacia mí amenazándome.

Corrí a la cocina. Creía recordar que allí había otra salida. Era una cocina enorme, con una isla en medio donde se hacía la comida, una mesa grande y una barra americana que daba al salón. La puerta estaba al fondo. Accioné la maneta desesperada, pero tampoco se abrió. Al escuchar que se acercaba me escondí detrás de la isla intentando que el corazón no me saliera por la boca. Me latía a mil por hora.

—¿Dónde estás Margarita? No puedes escapar. Voy a hacerte pagar por lo que has hecho.

Entró en la cocina moviéndose despacio. Yo sentía sus pasos cada vez más cerca. Aún agachada hice una rápida inspección visual buscando algo con lo que defenderme. No tenía nada a mi alcance. Abrí con cuidado una de las puertas del mueble. Había diferentes utensilios de cocina. Agarré una sartén y la apreté contra mi pecho. Una mano apareció por el lado izquierdo del mueble agarrándome del brazo.

—¡Te encontré!

Con un giro rápido le propiné un golpe certero con la sartén en toda la cara. Me liberó de su agarre y se sujetó la nariz, que empezó a sangrar abundantemente. Sin perder ni un segundo arrojé la sartén y hui escaleras arriba. Escuché como abría los cajones de la cocina. Al girar instintivamente la cabeza lo vi con un cuchillo de grandes dimensiones en la mano. Recordé que había una terraza en la planta superior. Con un poco de suerte tal vez pudiera escapar por allí. Tropezando con los muebles entré en un amplio estudio que tenía una puerta corredera con acceso a una gran terraza. Las puertas estaban abiertas pero la reja no. Estaba atrapada. Sentí que todo estaba perdido. Me acordé de Alex. Vi su cara, sus labios que no volvería a besar nunca más. Recordé cómo me había dicho que me quería el día que fui a verlo

al hospital. Me horrorizaba pensar que iba a morir sin haberle dicho que yo también le quería. Me daba miedo pronunciar esas palabras. Se las había dicho a Leo y desde aquel día se había transformado en un psicópata. Temía que Álex cambiara como lo hizo él. Al pensarlo me di cuenta de que era absurdo. Una persona no cambiaba por un “te quiero”. ¡Cuánto deseaba poder tener otra oportunidad para decírselo! Se lo repetiría una y mil veces.

Escuché los pasos de Leo que acababa de subir las escaleras. Había cinco habitaciones en aquella planta. La escalera daba a un pasillo que se dividía a ambos lados. Leo no podía saber dónde me había escondido. Me estaba buscando. Entonces recordé algo que Leo me había contado una vez que habíamos estado en esa casa. Me acerqué a la puerta de la habitación. Como iba descalza no hacía ruido. La cerré con mucho cuidado. Una vez cerrada empecé a mover un mueble bajo que parecía destinado a servir de archivo hasta bloquearla. Después corrí hasta el escritorio que estaba pegado a la pared. Busqué en los cajones hasta encontrar una llave. Leo me había enseñado una vez que sus padres guardaban allí una copia de la llave de la reja, para tenerla más a mano. Introduje la llave y la reja se abrió pero hizo tanto ruido que alertó a Leo. No había acabado de salir cuando sentí como golpeaba la puerta intentando entrar. Sabía que aquel archivador no aguantaría mucho. Una vez fuera volví a cerrar la reja con llave y la arrojé lejos. Leo empezó a asomar un brazo y parte del cuerpo por la puerta del estudio. Vi su mirada asesina y me convencí de que si me atrapaba me mataría. Me asomé al borde. No había manera de bajar de allí. La altura era considerable pero la única opción era saltar. Descalza y con ese vestido no creía que pudiera salir ilesa de una caída así. Recordé el día del incendio, atrapada en la terraza de nuestro piso con Toni. Las palabras del jefe de bomberos hablándome desde el móvil resonaron en mi cabeza: “*vamos a montar aquí abajo unas colchonetas por si tuvieran que saltar*”. ¡Ojalá hubiera tenido unas colchonetas para saltar en ese momento! Subí al bordillo. No tenía otra opción. Tenía que arriesgarme. Me giré para comprobar que Leo se había deshecho del archivador. Ahora solo la reja se interponía entre él y yo. Con una sonrisa macabra sacó una llave de su bolsillo y me la enseñó. Era una copia de la de la reja que yo había utilizado. Abriría y se lanzaría a por mí cuchillo en mano. Cerré los ojos dispuesta a saltar. Tomé aire y...

—¡No lo hagas, Maggie! ¡No lo hagas!

Abrí los ojos y vi a Andrea y Toni. Estaban en el jardín de la casa y me hacían señales con los brazos para que no saltara.

—¡Aguanta Maggie! —gritaba Toni.

No sabía cómo pero me habían encontrado. Me emocioné al verlos pero quizá era demasiado tarde. Leo había abierto la puerta y me enseñaba el cuchillo.

—No te muevas o salto —amenacé.

—No tienes lo que hay que tener —me desafió —Ahora baja de ahí y ven conmigo. Prometo que no te haré daño.

Fue acercándose paso a paso escondiendo el cuchillo en su espalda.

—Vamos cariño. Sabes que no vas a saltar. Dame la mano.

Otro paso más. Estaba a un par de metros de mí. Estiró la mano para tocarme.

—Quizás prefieras esta otra mano —la voz de Álex surgió de la nada, como su puño, que se estampó en la cara de Leo cuando éste se giró sorprendido.

El puñetazo fue tan contundente que el cuchillo se le cayó al suelo. Álex estaba loco de rabia. Darío intentó que parara, pero sin dejar que se recuperara le soltó otro derechazo. Leo se tambaleó sin sentido y se golpeó la cadera contra el borde. Se precipitó al vacío pero al hacerlo me hizo perder el equilibrio. Iba a caerme. Solo tuve tiempo de cerrar los ojos. Al volver a abrirlos me vi colgando cabeza abajo. Leo estaba en el suelo del jardín. Su cabeza había impactado contra una piedra y había un gran charco de sangre a su alrededor. Darío y Álex me sujetaban por las piernas. Tenía la suerte de tener no uno, sino dos bomberos fuertes para rescatarme. Me subieron entre los dos y nos quedamos sentados en el suelo de la terraza. Álex me sujetaba entre sus brazos.

—Ya estás a salvo mi amor. Ya estás a salvo.

No pude escuchar más. Tanta tensión y el cansancio emergieron y perdí el conocimiento.

23

Desperté en una cama de hospital. La cabeza aún me dolía. Levanté la mano y noté que la tenía totalmente vendada. Me miré los brazos: estaban llenos de arañazos y moratones. En un pequeño sofá a mi izquierda mis padres se cogían de la mano hablando en voz baja. Fue mi padre el primero en percatarse de que estaba despierta. Ambos se levantaron a la vez y rodearon mi cama.

—Estás despierta cariño. Nos has dado un buen susto. —Mi madre se agachó para darme un beso en la frente.

—¿Por qué llevo esta venda tan aparatosa en la cabeza, papá?

—Ese loco te golpeó muy fuerte para dejarte fuera de combate. Estuvo a punto de matarte en casa de Álex. Tenías una herida importante y la zona estaba muy inflamada. Es normal que te desmayaras. Lo raro es que fueses capaz de defenderte como lo hiciste. Debió ser la adrenalina. Cuando todo pasó tu cuerpo se relajó y perdiste el conocimiento —me explicó.

—La adrenalina y el instinto de supervivencia. Nuestra hija es una luchadora.

—¿Dónde está Álex?

—Está fuera con tus amigos. No se ha apartado de tu lado ni un minuto pero le sugerimos que se aireara un poco. Tus hermanos también están aquí —respondió mamá.

—¿Por qué no nos dijiste que Leo te acosaba? —papá parecía un poco decepcionado.

—Sabía que estaba obsesionado conmigo pero no creí que fuera capaz de algo así. Lo siento, papá.

—Lo importante es que te vas a poner bien —intervino mamá —dando el tema por finiquitado.

Llamaron a la puerta y Álex apareció. La historia volvía a repetirse. Yo tumbada en una cama de hospital y mi salvador entrando por la puerta. La diferencia era que ésta vez no era un bombero desconocido, era la persona de

la que estaba enamorada. Mis padres se despidieron con un par de besos y nos dejaron solos.

—Es un gran hombre. Me gusta. —me dijo mi madre al oído cuando se agachó para darme un beso y despedirse.

Álex me miraba con ojos tiernos, allí de pie y sin decir palabra.

—Álex, yo... —como si esperara una señal se acercó y me cerró la boca con un beso.

—Pensaba que te había perdido para siempre. Cuando descubrí que habías desaparecido y no sabía si estabas viva el mundo se me vino encima. Sentí que si no podía volver a besarte ya nada tendría importancia.

—Estando en aquella casa con ese psicópata, con mi vida en peligro y sin encontrar la manera de escapar pasé mucho miedo —Álex agachó la cabeza como si se avergonzara —pero solo había una cosa que me daba miedo de verdad: no poder verte una vez más.

Levantó la cabeza y volvió a besarme. Nos quedamos un buen rato así, mirándonos fijamente a los ojos e intercambiando tiernos besos.

—Tengo una pregunta, Álex.

—Dime.

—¿Cómo me encontrasteis?

Álex sacó una foto de un bolsillo y me la enseñó. Recordaba esa foto. Leo y yo habíamos ido a la casa de campo de sus padres por primera vez. Aparecíamos los dos muy sonrientes con la casa al fondo. ¡Parecíamos tan felices!

—La policía fue a buscarte a casa de Leo. Encontraron una pulsera que tú le habías regalado en mi piso. Eso les puso sobre su pista. Eso y que les explicamos que Leo te había estado acosando desde que cortaste con él.

—¿Y la foto?

—Andrea estaba segura de que no iba a llevarte a su piso. Ella decía que no era tan tonto. Recordó que tú le habías enseñado esa foto. Dijo que para ti había sido muy especial porque allí fue la primera vez que Leo y tú... bueno, ya sabes. Nos contó que tú se lo habías explicado todo, al fin y al cabo es tu mejor amiga. Que cuando lo dejaste habías guardado todas esas fotos porque

te daba pena tirarlas. Así que las habías metido en una caja de zapatos.

—Cuando Leo y yo lo dejamos no podía imaginar lo que vendría después.

—Andrea se acordó de eso y fue corriendo a buscar la caja. Sabía que la debías tener en algún lugar entre tus cosas. La única pega era que ella no sabía dónde quedaba la casa.

—¿Y cómo supisteis llegar hasta allí? ¿Se lo dijisteis a la policía?

—Tal vez debimos hacerlo, pero pensamos que no les serviría para enviar una patrulla. Ellos seguían su propia investigación y sabíamos que el tiempo jugaba en tu contra. Así que hicimos algo mejor. Llamamos a mi jefe y le enviamos la foto.

—¿Tu jefe? ¿El jefe de bomberos?

—Sí. Él lleva muchos años trabajando por esta zona. Ha apagado incendios y realizado trabajos de rescate por toda la provincia. Enseguida reconoció el paisaje que se ve en la foto. Incluso le sonaba la casa, aunque no podía decirnos exactamente dónde estaba. Pero eso nos acotó mucho la búsqueda. Nos dividimos en tres grupos y salimos a buscar la casa. Darío también conoce la zona. Él la encontró y nos pasó la ubicación. Cuando yo llegué estaba intentando forzar la puerta.

—¿Y Leo?

—No volverá a hacerte daño nunca más.

—Está muerto ¿verdad?

—Se golpeó en la cabeza al caer. Cuando llegó la policía ya estaba muerto. Nos tocó contestar muchas preguntas. Y tendremos que contestar más, nos avisaron que la investigación seguía abierta.

—Papá se encargará de todo. Conoce a los mejores abogados.

—No será necesario. Tenemos tres testigos que vieron como perdía el equilibrio y se precipitaba desde la terraza al intentar agarrarte.

Sonreímos y nos quedamos mirando sin decir nada más. Me sentía feliz de estar con él. De repente me vino a la memoria el motivo por el que Álex no había estado conmigo.

—Por cierto ¿cómo está tu madre?

—Deseando conocerte.

Una avalancha entró por la puerta de la habitación con Toni a la cabeza, corriendo para abrazarme nada más verme. Tras él Andrea, muy emocionada. Le di las gracias por cómo había ayudado a localizarme y se unió al abrazo con Toni, que no quería soltarme ni a la de tres. Manu, Darío y mis hermanos también estaban allí. David me abrazó cuando logré que Toni me soltara y me dio un beso en la frente que salió de su corazón.

—Espero que esto de venir a visitarme al hospital no se convierta en una costumbre —me soltó el muy idiota burlándose —Ya tengo bastante con aguantar a papá y a Andrea todo el día.

—¡Cállate zanahoria! —le solté sonriendo.

La estancia en el hospital se me hizo eterna. Tenía muchas ganas de volver a casa para estar con Álex. Él me pidió que nos fuéramos a vivir juntos a su piso, con mi ropa colgada en el armario y no en una maleta. Mis padres habían insistido en que me quedara con ellos una temporada pero nos comunicaron esa misma semana que los problemas con nuestro antiguo piso ya estaban solucionados y que podíamos volver a mudarnos. De todas maneras yo solamente quería estar en un sitio: donde estuviera Álex. Así que me fui a vivir con él. Toni y Andrea regresaron cada uno a su piso.

—¡Que ganas tenía de salir de allí! —exclamé nada más traspasar la puerta.

Mi chico me abrazó por detrás apoyando su barbilla en mi hombro.

—Ya estás en casa.

Esa noche prácticamente no cenamos nada. Solo deseábamos estar juntos en la cama, abrazándonos. Hicimos el amor lentamente, expresando nuestros sentimientos con un millón de besos y caricias. Allí tumbados, el uno junto a otro, con nuestros cuerpos desnudos pensé que no podía haber nadie más feliz en todo el mundo. Me apoyé en un costado y le rodeé con un brazo mientras me asomaba para mirarlo a los ojos.

—Tengo que decirte algo.

—Ahora puedes decirme cualquier cosa.

—Te quiero.

Sonrió y volvió a besarme.

—Pensaba que no me lo ibas a decir nunca —me dijo.

Alargó el brazo bajo la almohada y en su mano apareció como por arte de magia una cajita.

—¿Y esto?

—Cuando pensé que te había perdido para siempre me juré a mí mismo que si te encontraba no me separaría nunca más de ti.

Abrió la caja. Había un anillo dentro. Era un precioso círculo dorado con piedrecitas brillantes en forma de corazones. No sabía qué decir.

—Esta alianza se la regaló mi padre a mi madre cuando le pidió matrimonio. Mi madre me la dio cuando fui a buscarla, la noche que te secuestraron. Quiero estar siempre a tu lado. Entre llamas te volví a encontrar y quiero que te cases conmigo para que la única llama que nunca se apague sea la de nuestro amor. Te amo Margarita.

En esa frase mi nombre no me sonaba tan mal. Sabía que para él siempre sería Margarita. Y no me importaba.

—Yo también te amo como jamás pensé que se podría amar. Quiero casarme contigo y que pasemos el resto de nuestra vida juntos, mi héroe.